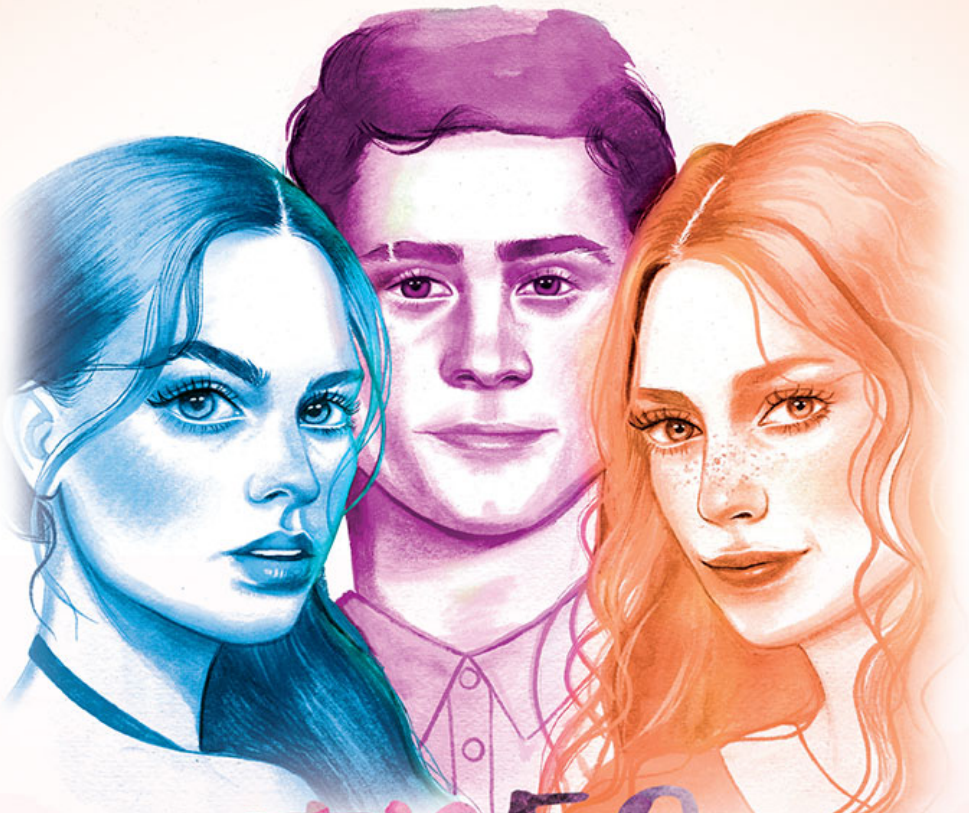
TRES PROMESAS

LESSLIE POLINESIA



TRES PROMESAS

LESSLIE POLINESIA

TRES PROMESAS

LESSLIE POLINESIA

montena

SÍGUENOS EN

megustaleer

@Ebooks

@megustaleermex

@megustaleermex

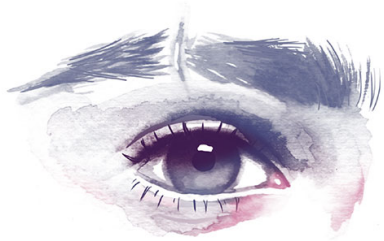
Penguin
Random House
Grupo Editorial

Para mis hermanos, Karen y Rafa, que me han enseñado que la vida solo se vive una vez y tenemos que arriesgarlo todo (*tres puntos*).

"Debo decir que no fuiste el amor de mi vida, ni de mis días, ni de mi momento. Pero te quise, y te quiero, aunque estemos destinados a no ser".

—Julio Cortázar

1



PABLO

Cuando desperté todavía continuábamos volando. Creí que había dormido más, aunque el vuelo no era tan largo. Me interrumpió el sueño la misma pesadilla de siempre, que me hace abrir los ojos empapado de sudor y con una taquicardia que dura varios minutos.

En mi sueño tengo seis años y me encuentro en el asiento trasero del coche. Algo acaba de suceder, algo que mantiene el tráfico parado a media carretera. Mamá está asustada. Papá baja del coche y ofrece su ayuda. Me deslumbra una luz roja y blanca que proviene de una ambulancia que alcanzo a distinguir a lo lejos. Mamá está tan preocupada que no se da cuenta de que me acabo de escapar, aun cuando me prohibieron que bajara del auto. Camino a escondidas entre el resto de los automóviles que conforman una fila interminable. Entonces llego hasta un espacio abierto donde se encuentra un vehículo totalmente destrozado. La gente se forma alrededor, como si aquello fuera una función de circo. Hay restos de cristal por todos lados y el olor a gasolina es insoportable. En mi sueño me escabullo hasta acercarme a los restos del coche y es entonces cuando lo veo: el cuerpo de una mujer sin vida, cubierta de sangre, que tiene los ojos fijos en mí. Aterrorizado, me quedo paralizado y no recupero la movilidad hasta después de unos segundos. Tan pronto como puedo, escapo de allí y voy en busca de mis padres. Pero, en

lugar de llegar a nuestro coche, me topo con la ambulancia que minutos antes me cegaba la vista. Me siento perdido y, por un segundo, considero la posibilidad de no poder volver a casa. Entonces mis ojos descubren el rostro más tierno y dulce que jamás han visto, a pesar de que su mirada se esconde detrás de la tristeza. De pronto, todo alrededor desaparece: los coches, la ambulancia, el bosque alrededor, la carretera, todo. Me encuentro en un espacio oscuro e infinito. Se apodera de mí una ansiedad que me roba un grito de desesperación, ni siquiera mi voz existe. ¿O será que en mi sueño soy mudo? Entonces un latido en la ceja derecha, que luego se convierte en dolor, me saca inmediatamente del sueño; es tan real que al despertar parece que aún lo siento.

Siempre he tenido claro que las imágenes de mis sueños son más que eso. En realidad, son recuerdos de una tragedia que sucedió hace muchos años y que mi subconsciente jamás ha podido olvidar. Ni aunque intentara recordarlo podría hacerlo con tanto detalle como sucede en mis sueños.

Respiré profundamente tres veces y sequé mi frente con la servilleta de los cacahuates. La señora del asiento a un lado me miró como si yo fuera portador de algún virus contagioso y todo el avión estuviera condenado.

Faltaba muy poco para descender, pero el tiempo se me hacía eterno, y más porque sabía que Ana estaría esperándome en el aeropuerto. Sin duda alguna, fue lo que más me costó dejar atrás durante los dos años en Londres. Le había hecho tres promesas, y en mí estaba poder cumplirlas.

La vi desde que estaba recogiendo mis maletas en el carrusel. Bella como siempre, con su rostro tan dulce y tierno, una chica que sin duda llamaría la atención de quien la viera en cualquier lugar: delgada, alta, la piel blanca como de porcelana y las pecas que le daban un encanto especial, además de los ojos verdes y el cabello pelirrojo. Esta vez lo llevaba recogido con una coleta que la hacía ver más elegante. Conozco a Ana desde que éramos niños. A partir de entonces hemos estado juntos.

Tanto tiempo separados me hizo trastabillar a la hora de inclinarme para darle un beso. Apunté a sus labios, pero terminé en su mejilla. Y su perfume... puedo jurar que no era el mismo al que yo estaba acostumbrado. O quizá sí, y lo que pasaba es que ya me había olvidado de su esencia.

—¿Tienes una idea de cuánto te extrañé? —me dijo con una sonrisa.

Hoy en día no sé cuánto se pueda extrañar a alguien, con la tecnología de ahora eso se vuelve prácticamente imposible: estamos conectados casi el cien por ciento del tiempo. Papá alguna vez me contó que, cuando él se fue a estudiar al extranjero, se comunicaba con mamá a través de cartas que tardaban a veces más de un par de semanas en llegar. Mamá dice que las celebraba casi como un cumpleaños.

—No me lo puedo imaginar —le dije.

—Imagínate la distancia que había entre nosotros, y multiplícalo por infinito. —Me miró a los ojos.

Yo sentí que me ruborizaba.

—Pero si nos veíamos todos los días.

—¿Y tú crees que a mí me basta con verte detrás de una pantalla? No hay nada como en vivo y en directo, poder abrazarte y estar contigo en cualquier momento.

Nos dimos un abrazo que duró unos minutos.

No me costó mucho lograr que Ana me confesara que mis padres me tenían preparada una cena sorpresa al llegar a casa. Son tan predecibles que lo sospechaba desde antes de salir del aeropuerto de Londres. Claro que me hizo prometerle que actuaría sorprendido, así que hice un gesto de asombro cuando la tía Gema, hermana de mamá, salió por detrás de la puerta principal.

Tuve una sensación extraña al llegar a casa.

Por un momento me sentí rodeado de extraños, aun cuando todos los allí presentes eran familiares o pertenecían a mi grupo de amigos. Por eso le pedí a Ana que no se separara de mí. Ser el centro de atención no es tan divertido, sobre todo cuando quieren que les cuentes en una hora lo que viviste durante casi dos años fuera.

Evité quedarme hasta tarde con la excusa de que estaba cansado por el viaje. A las diez de la noche me despedí de todos y me fui a mi habitación. Eso no fue motivo para que los invitados se marcharan y no continuaran con la fiesta, lo sé porque me quedé mirando desde mi ventana hasta que se fue el último coche, cerca de la una y media de la madrugada.

Como me temía, papá me invitó al club a desayunar al día siguiente, con el pretexto de que teníamos muchos pendientes que retomar ahora que yo estaba de regreso. El restaurante del club era nuestro lugar especial, donde habíamos desayunado o tomado una malteada después de pasar horas ahí, cuando me enseñaba a jugar golf o me acompañaba a prácticas de futbol siendo pequeño. Yo sabía que tarde o temprano este encuentro con él tenía que suceder. Soy hijo único y heredero de una fortuna que, según varias revistas financieras, nos coloca como parte de los empresarios más acaudalados en Europa. La riqueza de la familia viene desde mi bisabuelo paterno y ha crecido exponencialmente en cada generación. Hasta ahora, papá ha sido el que más ha hecho aumentar el valor de las acciones del corporativo, y estoy seguro de que sus expectativas sobre mí consisten en que yo supere sus hazañas. El problema es que no sólo no me siento capaz de dar el ancho, sino que nunca ha estado en mis planes de vida. Con esto no quiero decir que no tenga interés por encontrar un trabajo y, algún día, convertirme en alguien productivo, es decir, vivir una vida normal de acuerdo con el destino dentro de la familia. Sin embargo, a mi parecer, la vida que llevan mis padres no tiene nada de normal. El ritmo de vida de la sociedad a la que pertenecemos no me llama para nada la atención. Jamás le he confesado eso a mis padres.

Mi relación con papá nunca ha sido muy cercana, sobre todo porque estuvo ausente la mayor parte de mi infancia y adolescencia. De una u otra manera siempre supe que eso cambiaría en el momento en que llegara a la edad de poder involucrarme en los negocios.

No me equivoqué.

Papá, al igual que con sus empleados, fue muy directo conmigo. Lo primero que hizo fue aclararme las responsabilidades que conlleva ser miembro de nuestra familia; aunque ya me las había explicado en repetidas ocasiones, actuó como si fuera la primera vez. Luego comenzó a explicar las ventajas. Nunca, en todo su discurso, mencionó nada del lado negativo. Quizá será porque para él ese lado no existe.

Me había preparado desde meses atrás para este encuentro. En mis ensayos había considerado la posibilidad de que papá fuera una persona razonable y

entendiera mi rechazo a ocupar mi lugar en el corporativo familiar. Fui ingenuo al pensar que sería tan fácil.

—¿De qué estás hablando? —preguntó en un tono tajante, cuando le dije que ocuparme del negocio familiar tal vez no era lo mejor para mí.

Me temblaron ligeramente las piernas y comencé, como siempre que estoy nervioso, a rascarme una pequeña cicatriz que tengo justo en la muñeca derecha. Tomé la servilleta de mantel, la coloqué sobre mis rodillas y luego le di un trago a mi copa de vino blanco mientras esperaba el desayuno. En mis dieciocho años de vida nunca había tenido una conversación así de seria con él, así que en realidad no sabía cómo iba a reaccionar.

—Desde que naciste tienes un asiento reservado en el concejo de administración del corporativo. El día que yo me retire, tú pasarás a ocupar mi lugar como presidente. No es una oferta de trabajo, es una obligación que tienes con la familia.

—¿Qué pasa si no quiero, papá? —le dije, y por un segundo contuve el aire —. ¿Qué pasa si quiero dedicarme a otra cosa?

Papá permaneció en silencio por unos segundos. Se acomodó las gafas, gesto que normalmente hace cuando necesita tomar una decisión, y luego le dio un trago a su vino.

—¿Papá? —insistí al ver que se mantenía en silencio.

—Si no quieres seguir el negocio familiar, entonces ¿qué es lo que quieres hacer con tu vida?

No le pude mantener la mirada y me quedé cabizbajo. Me daba vergüenza que supiera que aún no tenía nada planeado, que no sabía qué quería de la vida.

Papá me leyó como si yo fuera un libro abierto.

—Tengo empleados con más de cincuenta años que todavía no saben qué quieren hacer en la vida.

Sentí que su mirada me acariciaba el rostro.

—Yo todavía no lo sé, papá. Siento que no hay nada que me llame la atención. Nada que me haga sentir que necesito hacerlo. Ni siquiera sé qué quiero estudiar, y ya sólo me queda el último año del colegio.

—Eso que no te preocupe ahora, hijo. Si te sientes así es porque ésa es la decisión más difícil en la vida de una persona. —Él sonrió ligeramente.

—¿Te refieres a elegir una carrera?

Papá negó con la cabeza.

—Muchos creen que la carrera profesional que elijas es lo que va a determinar si te va bien en la vida o no. Por eso la consideran la decisión más importante. Otros aseguran que lo realmente trascendente es escoger con quién te casas. Todos ellos están equivocados.

—¿Entonces?

—La decisión más importante de tu vida es descubrir en qué vas a usar tus talentos.

Por un momento permanecí en las nubes.

—¿Y si no tienes talentos?

Papá soltó tal carcajada que hasta los de la mesa de junto se giraron para vernos. A veces dejaba de ser el hombre prudente de siempre, y parecía que nuestro desayuno en el restaurante del club le daba la confianza para soltarse y hablar conmigo con toda sinceridad.

—Todos, absolutamente todos los seres humanos en esta vida, tenemos al menos un talento. Algo que nos distingue de los demás.

—No lo sé, papá. Fuera de los videojuegos, hasta ahora no he descubierto cuál es el mío.

—Lo que pasa es que identificar tu talento no es nada fácil. Hay personas a quienes se les va la vida y nunca lo logran. No hay nada más triste que un talento desperdiciado.

Papá se quedó pensativo durante unos segundos.

—¿De verdad todavía no sabes qué quieres estudiar?

Agaché la cabeza.

—No.

—Yo, si fuera tú, estudiaría algo que pudiera emplear en el futuro. Administración, por ejemplo.

—¿Administración? —pregunté, algo sorprendido—. ¿Por qué administración?

Por alguna razón, en ese momento la palabra me sonó exageradamente aburrida.

—Porque me serías muy útil en el negocio. Un buen administrador que saque adelante todos los asuntos de la empresa es casi imposible de encontrar.

—Papá, yo...

—Lo digo en broma, hijo. Al final de cuentas eres tú, y sólo tú, quien va a tomar esa decisión. Yo te voy a apoyar en lo que tú elijas.

Me sorprendió mucho su actitud. Por primera vez en toda mi vida conocí ese lado de papá.

—¿De verdad no estás enojado?

—Claro que no —me dijo—. Quizás un poco decepcionado, pero no de ti, sino de la idea de que, tal vez, no seas tú el siguiente presidente del concejo. Tu mamá ya me había hablado de esta posibilidad. Ella te conoce más que nadie. Sinceramente pensé que estaba exagerando cuando me lo dijo, pero ya veo que no.

—Papá, no me lo tomes a mal, pero es que no me veo en tus zapatos. No me veo al frente del corporativo ni viviendo la vida como tú. No me veo en traje y corbata a diario.

—Pablo, la pregunta es: ¿cómo te ves?

Yo me encogí de hombros.

—No tienes que contestarme ahora, pero sí vas a tener que hacerlo pronto. Eres mi hijo y me gustaría saber para dónde va tu vida y cómo puedo ayudarte.

Le prometí a papá que pronto resolvería mi problema. Mientras tanto, me ofreció un trabajo para que no holgazaneara el resto del verano. Quizá también lo hizo con la intención de despertar en mí la inquietud por unirme a las filas del corporativo.

—Es una tarea que requiere de mucho trabajo de investigación.

—¿De qué se trata?

—Vas a ser el responsable de encontrar una asociación de beneficencia que comulgue con los valores de nuestro grupo con el fin de asignarle nuestro fondo anual para los programas sociales. Vas a ser tú quien decida a qué organización se hará la aportación.

—¿No hay alguien que ya se encarga de eso?

—Claro. Pero quiero que el dinero del fondo de este año lo administres tú. Vas a ser tú, y sólo tú, el que decida a quién vamos a beneficiar con nuestro

fondo anual.

Cuando me dijo la cantidad de dinero de la que se trataba, supe que la tarea no sería tan sencilla. Con ese monto podrían financiarse varias medianas empresas, incluso simultáneamente.

—¿Qué te parece? —Papá me sonrió.

Así comencé mi vida laboral, con un año de bachiller todavía pendiente.

Ana y yo quedamos de vernos para la comida esa tarde. Como era habitual, me pidió que yo eligiera el lugar pero, como siempre, terminamos en su restaurante favorito de sushi. Si en verdad hubiese escogido yo, habríamos acabado en un restaurante sencillo de comida casera, tal vez uno que está frente al parque cerca de su casa, ese lugar me trae muchos recuerdos. Fue allí donde le conté, hace dos años, que partía hacia Londres para estudiar buena parte del bachiller. Todavía recuerdo su rostro cuando le compartí la noticia, la forma en que me miró, triste y decepcionada. Un par de horas en avión no era mucho, pero estaría en otro país, con una vida totalmente distinta.

Ana pidió lo mismo de siempre: arroz con verduras y un *Spicy Tuna Roll*. Algunas cosas no cambian nunca. Nuestra conversación tampoco fue muy diferente. Y es que no hay muchas novedades que contarse cuando intercambias correos y mensajes de texto con alguien a diario; no importa si te encuentras en el otro extremo de Europa. Por ejemplo, sabía todo acerca de su última exposición individual en una galería de arte del centro de la ciudad: por primera vez en su vida había logrado vender un cuadro. También, que cabía la posibilidad de que la incluyeran en una exposición en un par de ciudades importantes del país, como artista promesa. Ella llevaba años pintando y ya comenzaba a abrirse camino seriamente en el mundo del arte. También sabía que había solicitado una plaza en una escuela especializada en artes plásticas, algo que le cambiaría la vida: podría dedicarse de lleno a lo que más le interesaba. Me daba mucho gusto que estuviera a un paso de cumplir uno de sus más grandes sueños.

La historia entre Ana y yo comenzó cuando gozábamos de la inocencia de la niñez. Todavía recuerdo aquel día en que le hice tres promesas que juré mantendría por siempre.

Yo tenía seis años y ella cuatro cuando sucedió el acontecimiento que determinaría el rumbo de nuestras vidas. Lo recuerdo por partes, como un rompecabezas al que le faltan varias piezas. Viajábamos en caravana por la carretera nacional rumbo a la casa de descanso, cerca del mar Mediterráneo, para convivir con nuestras familias cuando, de pronto, el coche que iba frente a nosotros se salió de la carretera. Con la intención de esquivar algo en el camino, dio un volantazo y se estrelló contra un enorme árbol. Papá tuvo que maniobrar para evitar sufrir la misma suerte.

En aquel accidente murió una pareja de amigos de mis padres; sin embargo, sobrevivió su hija de cuatro años. En menos de un segundo la pobre inocente se quedó prácticamente sola en el mundo; no tenía tíos, primos ni abuelos. Casi medio año después encontraron a una tía abuela, por parte de la madre, que estaba dispuesta a hacerse cargo de ella. Al principio optó por mandarla a estudiar a Francia, pero después decidió que lo mejor era que permaneciera cerca de sus amigos y la poca gente con quien había convivido al llegar a la ciudad, y Ana y su tía se quedaron ahí. Debido a la cercanía que había entre su familia y la mía, mamá siempre estuvo al pendiente y se encargó de garantizar que a la niña no le faltara nada. Lamentablemente, Ana se culpó a partir de entonces: decía que si no hubiera distraído a sus padres mostrándoles el dibujo que estaba haciendo en el auto, nada de eso habría sucedido.

Un par de años después, bajo la sombra de un antiguo rododendro que cubre una buena parte del jardín de mi casa, desde lo más profundo del corazón de un pequeño que creía estar enamorado, nacieron tres promesas. La primera, producto de la inocencia de un niño que aún no dimensionaba la realidad, fue la de nunca dejarla. La segunda, amarla siempre. Y la tercera, ayudarla a perdonar.

—¿Cómo te fue con tu papá en el desayuno? —preguntó, y sus ojos se iluminaron.

Le hablé de mi nuevo trabajo como administrador del fondo de beneficencia y de lo interesante —y a la vez complicado— que podía ser encontrar una buena fundación que necesite de nuestra asistencia.

Después de contarle mis planes para el resto del verano, Ana pasó un buen tiempo hablando sobre el mundo del arte. Lo hizo con tal emoción que me dio

mucho gusto verla tan contenta.

—¿Ya decidiste si vas a la escuela de artes?

—Aún no. —Bajó la mirada.

—¿Por qué dudas tanto?

Ana levantó la vista y clavó sus ojos en los míos.

—Porque lo último que quiero es volver a separarme de ti. Es una escuela de tiempo completo, con viajes al extranjero, tutorías, actividades en todos los horarios. Estaríamos igual de separados que cuando te fuiste a Londres.

Su comentario me causó sentimientos encontrados. Y es que yo, en su lugar, tomaría de inmediato una oportunidad de ese tamaño sin importar si esto implicara pasar los siguientes meses, o años, apartado de ella. Últimamente, quizá debido a la distancia y el tiempo, mis sentimientos hacia ella habían cambiado.

No significaba que no la siguiese queriendo con todo mi corazón, eso jamás sucedería, pero la veía con otros ojos y desde una perspectiva diferente. No obstante, durante mi estancia en Londres siempre fui fiel, a pesar de que hubo ocasiones en que pude no serlo. Cualquiera que haya tenido la oportunidad de vivir lejos, sabe que puede hacer muchas cosas sin miedo a que los demás se enteren.

Siempre me había mantenido fiel a las promesas que le había hecho siendo niños, pero la vida comenzaba a presentarme situaciones, cambios, escenarios que antes no conocía, y en mi interior tenía miedo de romper con ellas, cuando mi intención era cuidarla, protegerla y nunca hacerle daño.

Desde un par de meses antes de mi regreso había tenido la intención de hablar con Ana sobre lo que me sucedía con ella pero, por obvias razones, debí esperar al momento adecuado. Y es que decirle a tu novia de más de seis años que ya no sientes lo mismo por ella y que tienes la necesidad de conocer a más personas y, tal vez, tener otras relaciones, no es precisamente un tema del que puedes salir ileso. Además, es algo que me causaba un profundo dolor. Daría lo que fuera por sentir lo mismo que sentía antes, sin embargo, por más que lo intento, no puedo dejar de pensar que mi corazón ya no le pertenece y que no hay nada que pueda hacer para evitarlo.

Todo esto me daba vueltas por la cabeza hasta que sentí que su mano tomó la mía.

—¿Tienes una idea de cuánto te extrañé? —me dijo con esa sonrisa que antes me quebraba.

Yo, falto de palabras, le contesté con una sonrisa. Mi confesión tendría que esperar.

2

LILY ROSE

Ese día me levanté de muy buen humor. A pesar de todos los contratiempos y dificultades que habíamos tenido en las últimas semanas, la fundación pudo salir a tiempo para presentar su estado de resultados y proyecto anual a los inversionistas.

Tengo la suerte de trabajar en Beautysoul, una fundación que se dedica a atender y brindar hogar y sustento a niños abandonados en las calles. Pasar las tardes visitando nuestra casa hogar me hace profundamente feliz. Hace un par de semanas pensé que mi vida no podía marchar mejor, hasta que Joanna, la directora, me dio la noticia de que me promovía a coordinadora del departamento de relaciones públicas. Aunque mis responsabilidades aumentaban considerablemente, el acenso me caía de maravilla: una mejora de sueldo me venía perfecto para poder seguir pagando mis estudios.

He trabajado desde que he podido, haciendo una y otra cosa. Ahora mi desempeño en la fundación me hace sentir completamente realizada y, a pesar de que son muchas obligaciones para alguien tan joven como yo, me siento orgullosa de haber aprendido poco a poco y que me den esa encomienda. Si no fuera por la confianza depositada en mí, que me he ganado durante este

tiempo, sería muy difícil pagar la escuela en la que estudio, cubrir mis gastos, asumir económicamente cuanto tiene que ver conmigo.

Como todo en esta vida, mi nuevo puesto también tiene su lado amargo. El solo hecho de pensar que ahora tendré que lidiar con cierto tipo de personas que suelen frecuentar nuestros eventos no me hace mucha gracia. Por obvias razones, nuestros recursos dependen principalmente de la benevolencia pero también, en algunos casos, de la arrogancia y la pretensión de empresarios encumbrados con mucho efectivo de sobra. En toda Europa hay compañías que destinan gran parte de sus ganancias a obras de caridad, pero a veces es difícil trabajar con las personas, pues tienen poder y dinero, pero les falta la sensibilidad. No hay nada que me moleste más en este mundo que tratar con gente que se cree superior a los demás sólo porque nació en una familia adinerada o porque sus parientes lejanos o abuelos pertenecen a una de las familias reales de este país y el apellido les recuerda esos títulos nobiliarios. Por eso, cuando Joanna me comunicó la noticia de mi ascenso, no fui directo a descorchar una botella de champaña. De hecho, tengo que admitir que no acepté inmediatamente, quería meditarlo lo suficiente. Joanna, que me conoce muy bien, estuvo de acuerdo en otorgarme un par de días para que yo tomara la decisión. De no haber aceptado, me habría permitido quedarme en mi antiguo puesto, así que la presión no fue un factor decisivo.

Aquella tarde pronto se tornó en caos justo a unas horas de dar por iniciado el evento. No importa cuánto planees algo o cuántas veces lo ensayes, siempre habrá un detalle que sale mal y que amenaza con arruinar por completo cualquier acontecimiento importante. Esta vez fue la lista de asignación de mesas. Dos horas antes, el apoderado de uno de los empresarios había llamado para pedirnos que lo cambiáramos de mesa, pues el señor ya no quería sentarse a un lado de su ahora exsocio. Esos detalles, como los problemas entre grupos de empresarios que importan o exportan mercancías a los mismos países del mundo y compiten por ello, eran asuntos que debíamos considerar a la hora de organizar un evento de caridad. Luego fue el menú lo que nos causó taquicardia, pues uno de nuestros benefactores pidió que le prepararan un platillo vegano para la cena. Al parecer acababa de iniciar su

régimen y no podía exponerse a la tentación de comer un filete miñón, ni los deliciosos quesos y jamones que conseguíamos para consentirlos.

Por fin llegó el momento y las puertas del salón Virrey del Hotel Contemporáneo se abrieron para dar inicio a la noche. Por algún motivo, a mis compañeros les causaba emoción saber que ahí se encontraban al menos tres de los diez hombres y mujeres más ricos del país, unas cuantas damas de sociedad amigas de los príncipes en turno, y personalidades de dos países vecinos, con inversiones en nuestra ciudad. Había luces por todos lados, como el faro que el comisionado Gordon utiliza para llamar a Batman en Ciudad Gótica, y una alfombra roja, alrededor de la cual se disponían fotógrafos de todos los medios y redes sociales apuntando sus lentes hacia el desfile de participantes. Cualquiera pensaría que aquella noche se celebraba la *premier* de alguna cinta de Hollywood o el desfile de modas de algún diseñador famoso. Yo sólo podía pensar en la ironía de ver a todos estos hombres y mujeres ilustres presumiendo sus mejores atuendos (que seguramente costaron una millonada) reunidos para recolectar dinero para los más necesitados.

Después de presentar los resultados del año anterior, que provocaron una larga y emotiva sesión de aplausos hacia nuestra directora, llegó el momento de anunciarme ante nuestros benefactores como el primer vínculo con la fundación. Recuerdo que sufrí cada paso hacia el estrado como si trajera dos piedras amarradas en cada tobillo, cual pirata caminando hacia la plancha. Me ponía nerviosa imaginar las caras de todos ellos al ver a alguien nuevo en el área, a una chica como yo, joven y seguramente asustada. Al final no me fue tan mal: sólo me presenté, y enseguida comencé el pequeño discurso que había pensado tanto para esa ocasión.

—Estimados amigos. Queremos agradecerles de corazón que hayan decidido acompañarnos esta noche. Se dice que la mayoría de las personas pasan por la vida desapercibidos. Que la mayoría de los seres humanos caminan por las arenas de la historia sin dejar huella a su paso. Pero eso no puede decirse de nadie de los aquí presentes. Su generosidad deja una marca trascendente que cambia vidas, no sólo la de aquellos niños a los que ayudan con sus donaciones, estoy segura que también las de ustedes.

Mencioné algunos nombres para personalizar más mi intervención y un par de casos de niños beneficiados gracias a las donaciones, para que supieran la importancia de su generosidad. Al final agradecí nuevamente y les prometí que aprovecharía su voto de confianza para provocar un cambio positivo en la sociedad.

Al terminar, comencé a dar las rondas por las mesas para presentarme personalmente con nuestros benefactores. Estoy convencida de que, con cada personaje que uno conoce en esas cenas, cuenta con un nuevo perfil psicológico digno de estudio.

No puedo decir que absolutamente todos los presentes eran fantoches y presuntuosos; en realidad, sí había unos cuantos participantes que estaban allí con la firme intención de aportar algo a la sociedad. Por lo general, se pueden identificar porque comenzaron desde abajo e hicieron su fortuna a base de dedicación y esfuerzo. Ésos son los que hacen que mi trabajo valga la pena. Cada que me encuentro con uno de ellos, aprovecho y me acerco para escuchar sus historias de éxito, de cómo vencieron la adversidad o lucharon contra el sistema y terminaron siendo dueños de su propio destino. Conocer sus experiencias es como tomar una maestría exprés. Por ejemplo, está el caso del señor Francis Evans, que inició desde abajo como agente de seguros. Contra toda probabilidad, pues acababa de llegar a la ciudad, habiendo migrado de Escocia, y en el negocio de los seguros las relaciones lo son todo, tomó el directorio telefónico y comenzó a sacar citas con gente totalmente desconocida. No le daba pena su acento, o que en esta parte del continente se hablara español, él hacía su mejor esfuerzo por ganarse la confianza de todos. Poco a poco fue haciendo una cartera de clientes lo suficientemente grande como para financiar una oficina y un par de empleados. Y así fue creciendo hasta que él mismo dejó a un lado las ventas y se concentró en reclutar y capacitar a nuevos agentes. Casi veinte años después, tiene una de las agencias más importantes del país.

Pero también existe el otro lado de la moneda. El lado oscuro. El de los personajes que creen que por tener una chequera grande pueden hablarte como si fueras una *hostess* de un bar *underground*. Como el típico que te entrega una tarjeta con su número de teléfono escrito a mano mientras te acosa con

una media sonrisa, convencido de que el día que tengas deseos de verte en el espejo con un collar y unos aretes de oro lo vas a llamar.

No hay cosa más desagradable.

Es un entorno más hostil de lo que cualquiera puede imaginarse, pero es el camino que elegí para ayudar a los demás, para apoyar a quienes están solos y necesitan el apoyo de otros.

Otra especie que suele rondar este tipo de eventos son los que asisten sólo para sentir que pertenecen a la alta sociedad, pero que al final no donan absolutamente nada. Esos que aprovechan para sacar a pasear a sus esposas (que normalmente vienen vestidas con atuendos de estrella de cine de los cincuenta) para cumplir con la salida del mes. Se atragantan con la cena mientras beben copa tras copa del whisky más costoso. Terminan la cena y se pasean de mesa en mesa saludando a gente que ni conocen, pero hablando como si hubieran estudiado juntos en el mismo colegio privado. Sí, me refiero a los políticos. Nunca faltan. Quizás ésos son los que más náuseas me provocan porque, aunque sabemos que no van a contribuir ni con medio centavo para la causa, hay que atenderlos bien; de lo contrario, te cierran el negocio.

Para antes de las once y media, justo después de que terminó la subasta de arte, yo ya estaba bajo los efectos de un par de pastillas que me tuve que tomar para que no me explotara la cabeza con una migraña. En ese momento se me acercó uno de los invitados. A diferencia del resto, era muy joven. Era de ojos grandes de color miel, pestañas largas y cejas pobladas, alto y fornido, casi de un metro ochenta, el tipo de persona que se ejercita. Tenía el cabello castaño corto, como si acabara de salir de la peluquería, la nariz respingada y una sonrisa contagiosa, de dientes y labios perfectos. Por alguna razón me llamó la atención una cicatriz que tenía en la ceja derecha. No sé, quizá lo hacía verse más guapo, si eso era posible. Vestía con un traje oscuro de buen gusto, de esos que desde lejos se ve que no son baratos, y conforme avanzaba hacia mí podía percibir el buen gusto en su loción. Era demasiado joven, calculé que tenía entre diecisiete y dieciocho años, no más.

El chico se presentó amablemente. Me dijo que era la primera vez que asistía a un evento de esa naturaleza y que se sentía completamente fuera de

lugar. Estaba interesado en encontrar una fundación para invertir el capital anual que el corporativo que representaba destinaba a la beneficencia. Se me hizo un poco extraño que fuese el responsable para dicha misión, pero no podía juzgarlo: teníamos en común ser muy jóvenes y estar al frente de asuntos importantes que requerían trato con los demás. Me contó que ya llevaba un par de meses trabajando en ello, y que aún no encontraba una fundación que le convenciera del todo.

—Lo que escuché en tu discurso me pareció muy interesante —me dijo—. Me gustaría conversar más a fondo para conocer a detalle el funcionamiento de la fundación.

—Con mucho gusto. Si te parece podemos agendar una cita en nuestras oficinas, el día que sea mejor para ti. —Tomé uno de los folletos que alguien había dejado sobre la mesa más cercana y se lo alcancé—. Yo soy Lily Rose Miller. Mi número se encuentra al reverso.

—Muchas gracias, Lily Rose —me respondió, y se guardó el folleto en el bolsillo interior de su saco—. Le voy a pedir a mi asistente que concrete una cita para la siguiente semana, si eso está bien para ti.

—Claro, será un placer atenderte.

No sé si fue el dolor de cabeza o el efecto aletargante de las pastillas, pero hasta después de que nos despedimos me di cuenta de que ni siquiera le pregunté su nombre.

"Muy mal, Lily Rose", me dije.

A pesar de todos los contratiempos, el evento funcionó tal y como se había planeado. Los benefactores del año anterior estuvieron satisfechos con los resultados que se expusieron en el proyector, y al mismo tiempo alcanzamos el porcentaje preliminar que nos habíamos fijado como meta para nuevas cuentas. Lo recaudado en la subasta superó inclusive nuestras propias expectativas, y mi jefa estaba que brincaba de felicidad. Al final de cuentas todo esto lo hacemos por ellos: los niños, y saber que nuestros esfuerzos son recompensados y que ellos se verán favorecidos hace que todo valga la pena. Para mí eso hace toda la diferencia. Me causa un inmenso placer ver los resultados de nuestro trabajo y el impacto que causamos en sus vidas.

Esa noche volvió a suceder. Hacía tiempo que no me pasaba. Aquella pesadilla que me atormenta desde que tengo memoria volvió a despertarme a mitad de la noche con el corazón latiendo a mil. En mi pesadilla me encuentro corriendo por un bosque lleno de pinos, justo a un lado de un pequeño arroyo y, muy al fondo, unos acantilados que dan hacia el mar. Cada vez avanzo más rápido, hasta que de pronto ya no siento las piernas. Es como si mi cuerpo no existiera y sólo mis ojos pudieran percibir lo que hay a mi alrededor. Es tan real. La experiencia me afecta tanto que tardo tiempo en volver a conciliar el sueño. A veces me pregunto si esa pesadilla tiene algo que ver con mi pasado, con lo que sucedió con mi familia. Los recuerdos, como en algún momento las cicatrices de mi espalda, son heridas, pero a diferencia de ellas que ya cerraron, éstos están ahí para recordarme algo que sucedió y me dejó marcada de por vida; me duelen por no poder asimilarlos. Las pesadillas también me provocan un dolor constante. Sé que, aunque los sueños me ofrezcan una explicación, jamás la conoceré completamente: he vivido tantos años con verdades a medias que ya no tengo tanta esperanza.

3

PABLO

Habían pasado ya casi dos meses desde que hablé con Ana para terminar nuestra relación de novios. Me costó mucho, pero al final decidí que tenía que hacerlo. Fue durante la fiesta de despedida de Jean, uno de mis amigos del colegio, que se iba a París a estudiar la carrera de chef. Hasta ahora no sé si esa fiesta fue el lugar adecuado para hacerlo, pero lo que sí sé es que yo ya no podía esperar más. Cada vez que Ana y yo salíamos juntos, tenía la sensación de que la estaba engañando. Cada que nos tomábamos de las manos, sentía que nuestros dedos no embonaban. Me duele decirlo, pero con el paso de los días yo me convencía más y más de que mis sentimientos hacia ella, desde un punto de vista romántico, habían dejado de existir. Y no sé por qué, pues Ana es una mujer maravillosa. Es inteligente, tierna, chistosa, y por si eso fuera poco, es verdaderamente hermosa. Inclusive llegué a dudar si había algo mal conmigo.

Un dolor en el pecho me recordaba que estaba rompiendo las promesas que alguna vez le hice y con las que había vivido desde hacía tiempo, las mismas que marcaban nuestra relación, primero como amigos y luego como

novios. También sentía que me estaba traicionando, a pesar de no estar haciendo algo malo o no tener la intención de dañarla. La gente cambia, yo estaba cambiando, el tiempo en Londres me había ayudado a crecer, y tal vez Ana no sería la mujer con la que me correspondía llevar a cabo los planes que marcarían el resto de mi vida.

Tanta fue mi preocupación que me senté a beber un café con la única persona que podía ayudarme a tomar la decisión correcta: mi madre.

—Si eso es lo que sientes, hijo, entonces tienes que decírselo. Y entre más pronto, mejor. Es horrible vivir en el engaño, y todavía peor vivir una relación que no te hace feliz. Ana se merece la verdad.

Mamá siempre me ha dado los mejores consejos de mi vida. Es como una cajita mágica a la cual le preguntas cualquier duda existencial y te responde con las palabras más sabias del universo. Yo toda la vida he pensado que el éxito de mi papá se debe a ella. No le quito crédito a él, pero cuando tienes a la mejor consejera del mundo a tu lado, cometer errores es muy poco probable. Que yo recuerde, papá nunca ha cometido un error en los negocios. Por cierto, fue gracias a ella que terminé por inscribirme en la Facultad de Leyes. "Tienes que seguir lo que te dicta el corazón", me dijo. Obviamente, a papá no le pareció la mejor noticia del mundo. Mamá tuvo que apaciguarlo.

La orientación de mamá era lo que necesitaba para hablar con Ana y poner las cosas en claro, darle un nuevo rumbo a los inicios de mi vida adulta. Gracias a nuestra conversación, pude poner en orden mis ideas y sentimientos y planteárselo Ana de la forma más sincera posible. Saliendo de la fiesta me correspondía llevarla a su casa, pero antes decidí conducir a un parque cercano y hablar unos minutos. Tal vez ella ya sospechaba lo que iba a ocurrir, por mi conducta ausente de las últimas semanas, aunque eso no impidió que se sintiera mal cuando le dije que era mejor que siguiéramos nuestros caminos por separado. Me preguntó si era por alguien más, si había hecho algo que no me había gustado o por qué decidía eso, al tiempo que sus ojos se llenaban de lágrimas. Traté de explicarle de forma tranquila y sincera cómo me sentía, y al final, pese a que me pidió que sólo nos diéramos un tiempo y yo le insistí en que era mejor romper, lo aceptó, me dio un beso en la mejilla y dijo que de todos modos quería que fuésemos amigos, por todos los años de amistad que

nos unían. Escucharla decir aquello me liberó. Sentí mucho alivio cuando aceptó cambiar el estatus de nuestra relación. Quería mucho a Ana, pero ya únicamente como amigos, y me producía una gran tranquilidad saber que ella lo había comprendido.

Ana y yo todavía hablamos y nos vemos seguido. Sería imposible terminar de repente una relación de tanto tiempo, sobre todo, cuando hay tanta historia y cariño de por medio. De vez en cuando vamos al cine o a cenar. Es tal la costumbre que, a veces, nos tomamos de las manos, hasta que nos damos cuenta y nos alejamos por instinto. Ana siempre tendrá un lugar especial en mi corazón. Ella lo sabe. Sabe que siempre, no importa lo que suceda o el tiempo que pase, cumpliré mi promesa de estar allí para ella.

Por ese entonces, estaba muy centrado en el trabajo. Después de una ardua búsqueda, por fin encontré una buena fundación que reunía los requisitos que habíamos establecido. A última hora, y por consejo de mi asistente, una noche antes acudí a una subasta de gala de esas que las fundaciones organizan para presentar sus proyectos a los posibles benefactores y, de paso, levantar un poco el capital. El evento fue todo un espectáculo, considerando la cantidad y calidad de obras de arte expuestas en la sala Virrey del Hotel Contemporáneo. Sin miedo a exagerar, yo calculo que esa noche se movió una pequeña fortuna sólo en las pujas. Yo, que disfruto ver obras de arte e invertir en alguna que me guste, sobre todo si es de un artista de renombre, me hice de un cuadro del pintor mexicano Julio Galán (que terminé regalándole a mamá), una pequeña escultura de una artista española, y una fotografía original de Ansel Adams.

Todavía recuerdo los ojos claros de esa mujer. Parecía como si estuviese mirando a través del agua de un lago en Suiza. Tenía el cabello castaño, largo y ondulado, unas cejas gruesas y unos labios perfectamente proporcionados. Además de hermosa, transmitía una calidez y serenidad a quienes la rodeaban, que no pude apartar la vista de ella durante un par de minutos. La presentaron como la nueva coordinadora de relaciones públicas de la fundación. Al final de la noche me acerqué a ella con la excusa de pedirle más información, aunque para ese momento, que fue mucho antes de conocerla, yo ya había tomado la decisión de apoyar su causa. Quiero pensar que el hecho de que debía tratar con ella era un plus, una recompensa a nuestra buena voluntad.

Decidí llamarla para programar una cita. Jamás pensé que me sentiría así, pero el momento mientras marcaba su número fue intenso: se me revolvía el estómago y me sudaban las manos. ¿Estaba nervioso? Quizá sí. Era la primera vez que llamaba por teléfono a una chica que no era Ana. Reuní el valor necesario y le marqué. Me contestó esa voz grave de la que tanto me acordaba, y que hacía las veces del canto de las sirenas en la historia de Jasón y los argonautas.

—¿Hola?

Me presenté de nuevo por temor a que no se acordara de mí, y nuevamente le expresé mis intenciones de conocer mejor su fundación.

—Con mucho gusto, Pablo. ¿Qué día te gustaría que nos viéramos?

—Yo puedo acoplarme a tu calendario —le dije, evitando tartamudear.

—¿Qué te parece el jueves, de aquí a dos días?

—Me parece muy bien —contesté, aunque en ese momento dos días me parecían eternos.

Lily Rose sugirió que nos viéramos en las oficinas de la fundación Beautysoul, al mismo tiempo que yo le proponía una comida. Percibí, a través del teléfono, que titubeó durante un segundo. Al final terminó por aceptar mi invitación.

Todavía recuerdo lo nervioso que me puse cuando llegó el día de la comida y faltaban apenas unas horas para vernos. Me cambié la camisa un par de veces. De pronto no estaba seguro si vestir casual era lo adecuado o era mejor optar por algo con más estilo. El verano acababa de terminar, así que todavía era posible usar un pantalón de vestir y una playera fresca. Al final decidí no poner en riesgo mi imagen y escogí un saco *sport* y unos *jeans*. Eso nunca falla.

A las dos de la tarde en punto, el *host* del restaurante me encaminó hacia la mesa. Nos quedamos de ver en el restaurante El Varietal, el cual, a pesar de que existe desde hace décadas, no pasa de moda y se mantiene como el lugar predilecto si se quiere comer bien y tener una buena velada. La hora de la comida es ideal para una junta de negocios, y por las noches se convierte en el sitio perfecto para impresionar a una chica en una primera cita.

Lily Rose llegó puntual. Me acerqué a recibirla con un par de besos en las mejillas, como es lo habitual, pero ella me contestó con un saludo de mano.

Luego me agradeció que le acomodara el asiento. No sé si fue la luz tenue del restaurante, pero Lily Rose se veía aún más guapa que cuando la vi por primera vez. Traía puesto un vestido negro elegante, de esos que se pueden utilizar también en la oficina o en un evento de alfombra roja. Mi mirada estaba tan enfocada en sus ojos que no me di cuenta de que a su lado había otra chica esperando presentarse.

—¿Hola? —le dije, esperando que fuera alguna *hostess* del lugar.

—Pablo, te presento a Kate. Kate, él es Pablo Cooper.

Kate, a diferencia de Lily Rose, sí se me acercó a plantarme unos besos.

—Hola, Kate. Mucho gusto.

Kate sonreía de forma entusiasta y presumía sus dientes muy blancos. Era delgada y alta, con el cabello castaño y rizado, y unas luces con corte a la moda, por lo que se veía a la vanguardia y despreocupada.

—Kate trabaja en el área de administración de la fundación. Está aquí para cualquier duda que tengas.

Después de esto, Lily Rose recitó el mismo discurso de captación de fondos que había escuchado el fin de semana en la cena subasta. Me mostraron de nuevo el estado de resultados y la aplicación de las diferentes partidas del presupuesto del año anterior. Todo estaba en orden.

—Como puedes ver, Pablo, lo que hacemos en Beautysoul de verdad es muy importante. Con tu ayuda y la de los demás benefactores pronto podremos llegar a trascender en todo el país. Si esto sucede, los resultados serán tan buenos que no dudo que más pronto que tarde podamos cruzar fronteras.

La labor de la fundación y su alcance me parecieron, por mucho, la mejor opción de las que había escuchado hasta ese momento. Contando incluso con las de otros países de esta región de Europa, hay pocas que hagan un trabajo tan completo y en la que colabore gente tan joven. Aun así, y aunque era yo quien finalmente tomaba la decisión (y ya la había tomado), opté por no darle una respuesta en ese momento y mejor consultarlo con mi padre. Al final sería él quien firmara el cheque.

—Dame un par de días y te tengo una respuesta —le dije—. Pero quiero que sepas que de verdad me voy convencido de que la tuya es una gran labor.

—La *nuestra* —me corrigió.

—¿Cómo?

—*Nuestra* labor —me dijo señalando a Kate—. Todos somos parte de ella.

—Sí, claro, a eso me refería —le precisé.

A la hora de despedirnos la noté como si tuviera prisa por marcharse. Kate, bendita ella, me ofreció su teléfono personal, escrito en el reverso de una tarjeta de presentación, por si me surgía cualquier duda. Yo tomé su tarjeta y la guardé en el bolsillo interior de mi saco, de donde estaba seguro que no la sacaría jamás.

De regreso en mi oficina me puse a hacer los números que le presentaría a papá. Trabajando frente a mi computadora me ganó la curiosidad por entrar en las redes sociales a buscarla. En un principio la busqué por su nombre: Lily Rose Miller. Miller no es un apellido muy común, por lo que me sorprendió toparme con que había más de cincuenta opciones con ese nombre y apellido, algunas sin foto, sólo en mi círculo cercano. Entonces decidí buscarla por medio de la página de la fundación. Después de encontrarla, me tardé unos minutos en decidirme a presionar el botón de solicitud de amistad. Por un lado, se podrían malinterpretar las cosas en cuanto a nuestra aportación para su fundación, y de ninguna manera quería que eso pasara. Por el otro, y éste fue el razonamiento que al final ganó, no le vi nada de malo a agregar a mi lista de conocidos a alguien con quien ya existía una relación laboral. Así que, bajo esa premisa, decidí presionarlo.

4

LILY ROSE

Como cada jueves, me tocaba ir a la casa hogar a visitar a los niños. Amo ir a este lugar, es mi favorito en todo el mundo. Amo ver las sonrisas de los niños cuando me reciben. Es increíble ver cómo son tan felices con tan poco, a pesar de sus carencias y de lo que algunos han vivido. En la casa hogar viven ochenta y cuatro niños y niñas que, en algún momento de su vida, fueron abandonados por sus padres. Algunos de ellos incluso sufrieron abuso físico. Mi mente jamás logrará comprender cómo es posible que alguien le haga daño a una criatura tan indefensa e inocente. Yo no sé cómo reaccionaría si algún día fuera testigo de semejante atrocidad.

Tenemos una casa en otras dos ciudades del país; en una tercera ciudad contamos con dos centros. De los ochenta y cuatro inquilinos de esta casa, veintisiete son niños y cincuenta y siete son niñas. Tengo el privilegio de conocer a todos por sus nombres. La casa es administrada por la madre Stella, una monjita que está en la fundación desde sus comienzos, hace diez años. La casa funciona prácticamente como un internado. En ella los pequeños reciben un hogar, educación, alimento y cuidados médicos. Atendemos a niños y niñas desde los dos años hasta los quince; aquí pasan la etapa más importante de sus vidas y salen preparados para el mundo al que se enfrentarán.

Ese día pasaron a ser ochenta y cinco, cuando llegó una pequeñita llamada Rous. La pobre chiquita acababa de salir del hospital, después de haber estado internada a consecuencia de una golpiza que le propinó su padrastro cuando, según la declaración que dio en el Ministerio Público, la niña no dejaba de llorar. Rous tenía apenas tres años.

Estaba en plena sesión de cantos y juegos cuando recibí un correo que confirmaba que teníamos un nuevo benefactor. No pude sentirme más feliz.

Me reuní con Pablo dos días después, en esta ocasión fue en mi oficina. Tan pronto se firmaron los papeles, nos entregó un cheque por una cantidad que superaba, por mucho, nuestras expectativas.

—Agradecemos infinitamente su generosidad, señor Cooper —dijo la directora—. Su donativo nos brinda la oportunidad de crecer y ofrecer sustento a los que más lo necesitan.

—No tiene nada que agradecer. Estamos convencidos de que la labor que ustedes hacen es indispensable. Estamos felices de poder ayudar a que lleguen a más niños en todo el país. Es un privilegio para nosotros poder formar parte de este proyecto.

Sus palabras provocaron que se me erizara la piel.

Después de que se marchó de las oficinas pensé que no lo volvería a ver hasta la siguiente cena de gala anual.

No fue así.

Dos semanas más tarde acepté ir a una cita a ciegas con un primo de Sophie, una buena amiga del colegio. Fuimos al cine. Puedo decirlo, sin temor a equivocarme, que el peor lugar para una cita a ciegas es una sala de cine. Dos horas y media que duró la película sin vernos las caras, dos horas y media sin poder hablar. ¿Cómo conocer a una persona cuando no puedes ni siquiera entablar una conversación? Es como cuando te vas de fiesta y terminas gritándote con tu cita sin poder escuchar nada.

Después del cine nos fuimos a cenar a un puesto de tapas de chorizo y jamón serrano que está cerca de la plaza principal. De camino al lugar llegué a la conclusión de que haber pasado dos horas y media sin comunicarme no había sido tan malo. Lo digo porque Albert, mi cita, resultó no ser tan agradable como me lo habían presumido. Tenía unas ideas y una forma de

pensar tan retrógradas que hasta creí que hacía sus comentarios de broma: cuestionó mis intenciones de estudiar una carrera, con el argumento de que estaba lo suficientemente guapa como para encontrarme un marido con dinero. Después de que dijo eso, esperé varios segundos a que llegara la carcajada. Nunca llegó. Luego de dos o tres comentarios similares, estuve a nada de pedir un taxi y dejarlo hablando solo. No lo hice por educación, y porque aguantarme era la diferencia entre regresar a casa después de cenar algo muy rico o irme a dormir con hambre.

Durante todo ese tiempo no pude evitar pensar que aquella experiencia sería un excelente tema de conversación para mi cita con Selena al día siguiente.

Selena es mi terapeuta, doctora en psiquiatría; comenzamos a vernos hace casi ocho años por lo menos una vez al mes. Antes de Selena veía al doctor Nick, pero decidí dejar de ir con él porque me hacía más mal que bien. Tenía la costumbre de recetarme una lista de pastillas que nada más me aletargaban y no atacaban el problema de raíz. Con Selena encontré un apoyo invaluable: alguien ajeno a mí sabía por lo que yo estaba pasando. Cuando entiendes que no eres la única persona que libra una batalla contra el tipo de enemigo silencioso y desconocido que es la depresión, sabes que al menos hay una esperanza.

Hasta la fecha todavía tengo miedo de que alguna vez vuelvan esos síntomas: aumento de las palpitaciones, sentimiento de vacío, sudoración excesiva de las manos, ansiedad al sentir que estás atrapada dentro de tu propio cuerpo, y lo peor de todo, la sensación de que el aire que respiras no te llena los pulmones. No tengo enemigos, pero si los tuviera, no les desearía ni una cuarta parte de todo esto tan horrible.

Me gusta pensar que no toda mi vida fue así, que en algún momento fui una niña feliz, pero no tengo recuerdos de mi niñez, y no tengo a nadie que me ayude a revivirla. No conocí a mis papás, ni tengo información sobre ellos. No sé si viven o no, y no tengo idea de por qué me abandonaron. Ni siquiera puedo imaginar cómo eran físicamente. Nunca, al pensar en ellos, he podido ponerles un rostro o algo que los identifique. Es como si nunca hubieran existido.

No me pierdo por nada mi cita mensual con Selena. Y es que cada vez que termina nuestra hora siento que salgo de allí un poco renovada, con nuevas ideas y ganas de comerme al mundo. En los últimos meses, Selena ha hecho el comentario de que salir con chicos es una buena idea.

—Con esto no quiero decirte que las mujeres necesitamos forzosamente a los hombres para ser felices —me dijo—. Pero el día que te encuentres con ese chico que te ponga los pies de cabeza, entenderás por qué el amor cura el mal del tuerto.

—¿El mal del tuerto?

—Sí. El mal del tuerto, ese que te hace ver un solo lado de la vida, y no te permite mirar el panorama entero. Cuando ves la gran imagen, entonces puedes decidir qué *sí* y qué *no* te sirve para ser feliz.

Ésas fueron las palabras que me convencieron de aceptar la cita a ciegas con Albert. Vaya ironía.

—Que hayas tenido una mala experiencia no significa que todas vayan a ser igual.

Sé que eso es verdad. Aun así, pienso que las probabilidades de que vuelva a vivir una experiencia de ese tipo disminuyen considerablemente si rechazo cualquier otra propuesta de cita a ciegas por parte de Sophie.

—No lo sé, no siento esa necesidad de tener un chico a un lado.

Selena sonrió.

—No puedes verlos como el enemigo, Lily.

—No, yo lo sé. También sé que la mayoría de las chicas de mi edad se la pasan pensando únicamente en eso, en los chicos. Su mundo gira alrededor de si el chico guapo la invitó a salir o si la miró feo. Pero yo no soy así.

—Ni muy muy, ni tan tan. Ni una cosa, ni la otra —dijo Selena—. Tampoco te pido que te obsesiones con el tema, pero no tiene nada de malo que estés abierta a darte la oportunidad.

La sesión terminó conmigo prometiéndole que no me cerraría a la posibilidad de salir en más citas y conocer más chicos. Además de este tema, trabajamos constantemente en enfrentar mis miedos, mis pesadillas y cualquier tipo de temor que arrastre desde la infancia.

El fin de semana pasó muy rápido, y por fin llegó el primer día de clases. Quedan dos años para terminar el colegio y yo ya no puedo esperar para estudiar la carrera. Sé que el segundo año lo sentiré como toda una eternidad, pero en tercero, cuando deba decidir qué hacer con mi vida y qué carrera estudiar, el tiempo pasará volando. No es que no me la pase bien durante lo que se supone deben ser los mejores años de la adolescencia, pero algunas veces siento que pierdo el tiempo estudiando materias por mero trámite para obtener un certificado. Quiero aprender algo que esté relacionado con lo que pretendo hacer en un futuro, y eso sucederá únicamente en la carrera.

Me gusta el colegio al que asisto. Es un gran logro para mí poder estar ahí, donde sé que encontraré oportunidades para aprender y salir adelante, por ello me esfuerzo mucho en conservar mi sitio. Por otra parte, me apasiona tanto mi trabajo, que ya deseo poder estudiar una carrera afín y mejorar lo que hago en la fundación.

A media mañana, durante la clase de Economía, me di cuenta de que tenía una solicitud de amistad. Me sorprendí al ver de quién se trataba.

—¿Ya lo aceptaste? —me preguntó Sophie cuando se lo conté durante la hora del descanso.

—Claro que no.

—¿Por qué no? —Me insistió clavándome la mirada—. ¿Estamos hablando de Pablo Cooper, no?

—Sí. Y no, no lo acepté porque no me parece prudente.

Sophie se rascó la cabeza.

—¿Qué tiene que ver aquí la prudencia?

—Todo. No me voy a arriesgar a que piensen mal.

—¿A quién te refieres? ¿Quién pensaría mal?

—Olvídalo.

Sophie me pidió mi teléfono con la excusa de que quería ver el perfil de Pablo y corroborar que me había mandado la solicitud. Cometí el error de prestárselo. No sé cómo caí, si ya la conozco.

—¡¿Qué hiciste?! —La regañé, después de que presionó el botón que automáticamente me vinculaba en una amistad cibernética con Pablo Cooper.

—Lo que debiste haber hecho tú desde el momento en que viste la solicitud.

—Es que no entiendes...

—¿Qué haces?

—Voy a cancelar la amistad. No creo que se haya dado cuenta de que...

—Claro que se da cuenta. Seguro que recibió una alerta. Si la cancelas, entonces sí pensará que hay algo raro.

Sophie tenía razón. Ya no había nada que hacer. Pero entonces comencé a pensar en las razones que pudo tener Pablo Cooper para agregarme. Me enteré de que estábamos en la misma escuela, en cursos diferentes, a él sólo le faltaba ese último año para terminar. No nos habíamos visto porque acababa de volver de Londres, pero Sophie se las había ingeniado para averiguar ese dato y tener el panorama completo.

—No le des tantas vueltas al asunto —me dijo Sophie—. Te agregó porque eso es lo que hace la gente cuando conoce a alguien. La agrega en Facebook. No quiere decir nada.

De nuevo, mi amiga tenía razón.

—¿Vamos al café en la tarde?

—No puedo, tengo que ir a la fundación. Tengo muchos pendientes por resolver.

Sophie no me reclamó porque sabía que mi trabajo ocupa toda mi energía, y muy apenas me sobra tiempo para estudiar. Pero no me quejo, es la vida que elegí, y la verdad es que la disfruto mucho. Tal vez sea distinta a las demás chicas de mi edad, sí, pero si algo me provoca placer es ser auténtica.

5

PABLO

Esa tarde recibí un mensaje de texto de Ana. No decía mucho, sólo que necesitaba hablar conmigo. Me pareció extraño pues, aunque nos habíamos visto regularmente desde que terminamos y todo parecía estar normal con esa decisión, ésta era la primera vez que me escribía un mensaje así. Le contesté con una invitación a cenar en mi casa. Segundos después me respondió pidiéndome que mejor fuera yo a la suya, pues no tenía ganas de salir. No me quedó de otra más que aceptar.

Ana, para ese entonces, ya no vivía con su tía abuela, se había mudado a un departamento para estar más cerca del colegio. No vivía sola, compartía la vivienda con Lisa, una chica foránea que estudiaba en el mismo centro. Era buena persona, aunque un poco extraña. Una vez la descubrí cenando una pizza sin queso. Le pregunté si la había hecho ella, pero no, así la pidió a la pizzería. No me imagino la cara que puso la persona que tomó la orden: "Una pizza de *pepperoni* sin queso, por favor". Y no, no es que fuera intolerante a la lactosa, simplemente no le gusta el sabor del queso. Más extraño que ella es su novio Mark. También proviene de otra ciudad, aunque no de la misma que

Lisa. Se viste como rockero de los ochenta: *jeans* rotos, playera blanca y chamarra negra de piel. No importa que afuera haga treinta grados, no se quita la chamarra. Parece que la lleva pegada a la piel. Independientemente de todo eso, ambos hacen buena pareja.

Cuando llegué al departamento, Ana me recibió en pijama, como si se acabara de despertar, en calcetines y con el cabello despeinado. Sentí que algo no andaba bien.

—¿Cómo has estado? —me preguntó, y escuché su voz un poco rasposa.

—Muy bien —le dije, sin quitarle la vista de encima—. ¿Y tú?

La conozco tan bien que supe que, a pesar de que su respuesta fue positiva, por dentro todo era distinto. Ana es muy aprensiva. Es frágil.

Nos preparamos un café de máquina de cápsulas, una que compramos juntos en una ocasión que fuimos al cine. Aquella vez llegamos casi treinta minutos antes de la función y estuvimos dando vueltas por el centro comercial hasta que fuese la hora. Pasamos por una tienda y Ana se enamoró de la cafetera. No quiso esperar a regresar después de la función por miedo a que la tienda ya estuviera cerrada, así que vimos la película con una caja del tamaño de un microondas en los pies.

Nos sentamos en la sala para conversar. Ana volvió a preguntarme cómo estaba, y yo volví a contestar de la misma manera. Me preguntó por mi trabajo, y luego por cómo estaban mis papás. También hablamos del colegio, y de que sólo me quedaba menos de un año para decidir qué carrera estudiar. Después de un momento de hablar de trivialidades, salió la razón por la que me había pedido que fuera.

—Te extraño. Y mucho —me dijo.

Me tomó de la mano y me dio un apretón. Yo apreté de regreso.

—Ana...

—Ya sé lo que me vas a decir. Me vas a decir que tú no sientes lo mismo. Pero yo no te creo. Estoy segura de que sigues sintiendo algo por mí.

Me miró directamente a los ojos. Yo me encogí de hombros y rompí el contacto visual.

—Hasta la fecha todavía no sé qué fue lo que hice para que terminaras conmigo. Pensé que me sentía bien con la decisión, que eso nos ayudaría a

tener todo más claro y regresar después de unas semanas, pero no ha sucedido y ahora me pesa mucho que estemos separados.

—Tú no hiciste nada, Ana. Por favor, no pienses eso.

—¿Y cómo no quieres que lo piense? Si de pronto, sin aviso y sin nada, me dejaste.

Me vi a mí mismo como el villano de esta historia. Si tan sólo pudiera sentir lo que ella siente por mí, la vida sería más sencilla. Aunque, según papá, si la vida fuera sencilla no valdría la pena vivirla. Vaya confusión.

Me dolía haber roto las promesas que le hice en el pasado, pero era peor continuar en una relación donde yo no podía dar todo. La quería, ella lo sabía, pero mis sentimientos habían cambiado, ya no sentía que la relación fuese lo mejor entre ella y yo.

—Creí que decirte la verdad era lo mejor para los dos.

—¿Cómo puede ser lo mejor para los dos? —Con sus dedos me tomó del mentón y me levantó la mirada—. Yo siento que me estoy muriendo. Que me haces mucha falta. Y duele... físicamente.

—Lo siento mucho, Ana. De verdad. Lo último que quiero es hacerte daño.

—Tal vez... si volviéramos a pasar más tiempo juntos todo volvería a ser como antes. Tal vez este tiempo que estuviste en Londres hizo que te olvidaras de mí y de lo que tenemos, y...

En mi corazón yo sabía que mi ausencia no había tenido nada que ver. En realidad, toda mi vida había sentido como si alguien más la hubiese planeado por mí, y que lo que pasaba a mi alrededor era como un desfile de acontecimientos que se repetía igual todos los años. Era como si viviera en una burbuja que me creaba una opresión en el pecho, y que con el tiempo apretaba más su amarre y me cortaba la respiración.

—Yo no lo creo así, Ana. De verdad pienso que, tarde o temprano, esto iba a suceder.

Ana se me acercó y se acomodó entre mis brazos.

—¿Podrías quedarte al menos esta noche? Lisa se fue a dormir a casa de Mark, y tengo miedo de dormir sola.

Yo sabía que no era un intento de seducción. Durante más de seis años de noviazgo formal, Ana y yo nunca habíamos dormido juntos, y no porque no se hubiese presentado la oportunidad, o porque yo no hubiese querido, simplemente respetábamos tanto nuestra relación que nunca consideramos necesario hacerlo. Esa vez no fue diferente. Lo que Ana necesitaba en esos momentos era el apoyo de un ser querido. Necesitaba eso que tanta falta le hacía desde que perdió a sus padres y la culpa la atormentaba, especialmente en días difíciles. Necesitaba un abrazo que le cortara ese ligero temblor que la agobiaba. Ana siempre ha sido frágil y sentimental.

Nos quedamos dormidos en el sillón, abrazados. No fue hasta la medianoche cuando nos despertamos, preparé un espacio para dormir en el mismo sillón, y ella, casi sonámbula, se marchó a su habitación. Avisé en casa que me quedaría a dormir con un amigo, pero tardé en conciliar el sueño otra vez, preocupado por el estado tan sentimental de Ana.

Al día siguiente me fui antes de que Ana despertara. Me levanté con la luz del sol que se escabulló entre una ligera abertura en la cortina de la sala. Y tuve suerte, pues apenas me alcanzaba el tiempo para llegar a la casa, tomar una ducha y salir corriendo hacia el colegio.

Contrario a los deseos de papá, y después de mucho deliberar conmigo mismo (y con mamá), al final me decidí por ingresar a la carrera de Derecho. Pero no lo hice convencido, al menos no del todo. Uno de los peores sentimientos de la vida es no saber qué quieres... y yo no tengo ni la más mínima idea. No sé qué quiero hacer con mi vida, y eso me provoca una frustración enorme. Alguna vez escuché a mamá pronunciar una frase que jamás olvidaré. No me la dijo a mí, sino a alguien más, pero tuve la suerte de escucharla: "Todos nacemos con un propósito en la vida, con una vocación. Aquel que logra identificarla, vive una vida plena y feliz. Quien no lo logra, pasará la vida entera desdichado".

Esa idea me mantiene despierto por las noches.

Apenas era el segundo día del regreso al colegio y ya mis amigos intentaban sonsacarme para faltar a clases. Al principio lo hice muy seguido, escaparme a mediodía para ir al club a comer algo. En una de ésas yo creo que falté a más clases de las que asistí.

—Pablo, nos vamos a ir al club a jugar un par de hoyos.

La oferta era tentadora, no lo niego.

—No te pases, apenas es el segundo día. Además, ya es el último año.

—¿Y eso qué? —me dijo Jesse—. ¿Qué tiene que sea el último año?

Jesse, alias Jay, es de mis mejores amigos desde la escuela primaria. Siempre fue muy extrovertido, con un carácter fuerte, capaz de plantarse delante de cualquiera y cuestionar una orden si no estaba de acuerdo, pero era un aliado como ningún otro, leal y confiable, por eso era de mis mejores amigos.

—No sé, pero...

—Bueno —me dijo decepcionado—. Tú te lo pierdes. Si te llegas a animar, vamos a estar donde siempre.

Lo miré marcharse, reprimiendo las ganas de irme tras él. Para distraerme, y por mero instinto, comencé a jugar con mi teléfono. Hasta entonces me di cuenta, al abrir Facebook, que Lily Rose había aceptado mi solicitud de amistad.

Pasé la siguiente clase entera espiando sus fotos, con un interés nuevo en mí. Me fui hasta el principio de sus publicaciones y las repasé, una por una. En realidad no eran muchas. Por lo que me di cuenta, Lily Rose no era de las chicas que comparte fotos de cualquier cosa irrelevante en su vida. Como radar, me fui buscando si en alguna foto estaba con alguien que pudiera parecer su novio. Nada, no tenía ni una sola foto con nadie que pudiera ostentar ese título.

Mientras seguía haciendo mi papel de Sherlock Holmes, me entró un mensaje de Ana. Me pedía disculpas por haber actuado así la noche anterior, y le echaba la culpa al estrés del comienzo de clases. Yo le envié un *emoji* con carita sonriendo y le dije que no se preocupara.

Esa tarde, a petición de Adam, el director general del corporativo, tuve que asistir a la junta de concejo. Me pidieron que entregara un reporte de mis actividades referente al fondo que me fue otorgado para asignar a discreción. Mi participación no duró más de cinco minutos, y pronto salí de allí habiendo concluido mi trabajo.

—Tu papá está muy interesado en que te vengas a trabajar con nosotros —me dijo Adam—. No ahora, claro, cuando termines tus estudios. Pero tal vez

sería buena idea que comenzaras a participar en las juntas para que, poco a poco, aprendas cómo funciona el negocio.

—Gracias, Adam. Lo voy a pensar.

Adam tiene toda la vida siendo la mano derecha de papá. Es su hombre de confianza, el que le soluciona todo. Lo conozco desde que tengo memoria. Es buena persona, aunque puede ser un verdadero militar a la hora de hacer negocios. Seguro por eso mi papá lo tiene allí.

—Nada le daría más orgullo al jefe que verte tomar las riendas de todo lo que él ha construido. —Me dio una palmada en la espalda—. A mí no me molestaría para nada trabajar para ti.

Adam sonrió, se dio la media vuelta y regresó a su junta.

Si fuera tonto no me habría dado cuenta de que el mensaje venía directamente de papá. No puedo culparlo, a fin de cuentas sé que quiere lo mejor para mí, y está convencido de que eso significa que tome mi lugar en la empresa. Yo lo único que deseo es saber de una vez por todas qué quiero.

Más tarde, ya en mi casa, me senté junto a la piscina a curiosear con mi teléfono. La última vez que nadé en ella fue durante mi fiesta de graduación de la primaria. Papá la mandó construir de medida olímpica porque, según él, la iba a usar todos los días para hacer ejercicio. Eso fue antes de que yo naciera. Hasta la fecha, creo que jamás ha tocado el agua, ni siquiera para hacer círculos en la superficie. No tiene tiempo.

Abrí la aplicación del chat y comencé a jugar con la idea de enviarle un mensaje a Lily Rose. No puedo negar que me puse nervioso tratando de inventar una manera de comenzar la conversación sin verme muy obsesionado. Y si esto es complicado para mí, no quiero ni imaginar lo complicado que debió de haber sido iniciar una conversación cuando no existían las redes sociales o el chat. ¿Cómo le hacían? ¿Qué excusa se inventaban para hablarse por teléfono?

No alcancé a mandarle el mensaje porque me entró una llamada de Jay para recordarme que pasaba por mí a las nueve cuarenta y cinco para irnos a la fiesta de inicio de curso que los de último año del colegio habían organizado. La fiesta es una tradición, y la organiza la generación que se despide ese último año, antes de pasar a la carrera. Se invita a todos los estudiantes, incluidos los

de nuevo ingreso. Es el megaevento del año. Me había perdido la del año pasado, pero esta vez eso no iba a suceder.

6

LILY ROSE

Sophie estuvo llamándome toda la tarde para convencerme de ir a la fiesta de inicio de curso del colegio. Éste es el segundo año que lo hace. El primero lo logró con la excusa de que no había mejor lugar para cenar esa noche en toda la ciudad. En realidad, tenía razón: la fiesta se organiza en la explanada del patio, y se colocan, calculo yo, no menos de cuarenta *foodtrucks* alrededor, con todo tipo de comida; ella sabe que la comida es mi debilidad.

No puedo decir que no me divertí el año pasado. Aparte de los *foodtrucks*, que tenían todo tipo de comida habida y por haber, la fiesta de inicio de curso es una especie de fiesta popular. Hay todo tipo de juegos mecánicos: la rueda de la fortuna, los carritos chocones, el tiro al blanco, las tazas locas, etcétera. Los alumnos que la organizan se la pasan vendiendo boletos, tómbolas, y todo lo que se puedan imaginar para juntar el dinero; la finalidad es que la fiesta pueda pagarse sin que ellos pongan de su bolsillo, y ahí es cuando muchos ponen en práctica lo que saben de sus propios negocios familiares. También recaudan de lo que se vende ese día en el evento, más lo que le cobran a los *foodtrucks* por estacionarse allí.

Ese día yo no me sentía con ganas de salir, por eso ya le había dicho a Sophie desde la mañana que no me estuviera insistiendo. Pero ella no conoce

la palabra "no". Al igual que el año pasado, terminó convenciéndome con el estómago.

—Sólo voy a cenar y me voy —le dije.

—Prometido.

Esa promesa me sonó a lo más falso del mundo.

Para cuando llegamos, la fiesta ya estaba ambientada. Había una banda tocando *covers* noventeros en el escenario y gente bailando en la tarima debajo de ellos. Ya había filas en la mayoría de los *foodtrucks*, al menos en los que valían la pena.

—Mira, allí está Claus. —Sophie señaló hacia la fila de las tazas locas.

Claus es una amiga de Sophie. También se puede decir que es mi amiga, aunque en realidad somos más bien conocidas. Sophie me la presentó cuando comenzamos el primer año en el colegio, y desde entonces entra y sale de nuestras vidas.

—Está justo al frente de la fila, vamos a aprovecharla.

—Yo no me quiero subir a las tazas —le dije.

—¿Por qué no?

La pregunta me tomó por sorpresa. Y es que no pude pensar en una buena razón para no hacerlo.

—Ly, desde los diez años no me subo a un juego de éstos. Anda, vamos.

Me lo dijo con tanta emoción que no pude decirle que no.

—¿Pero cómo te quieres meter a la fila? La gente se va a poner como loca.

—Claro que no, tú sígueme.

Sophie me tomó de la mano y me llevó hasta el inicio de la fila, donde estaba Claus. Cuando llegó, se hizo la desentendida y la saludó como si ella la estuviera esperando.

—Gracias por apartarnos el lugar, amiga.

Y así, como si nada, nos metimos. A mí me dio tanta pena que mantuve la mirada siempre hacia el frente.

No sé si fue porque era la primera vez que me subía a las tazas locas, pero después de que terminó la vuelta, me quedé con ganas de más. Yo creo que tanto giro hizo que se me oxigenara el cerebro y se me quitara la apatía.

—Vamos a formarnos en la fila de los carritos chocones —me dijo Sophie.

—Está bien, pero primero vamos a comer. Tengo tanta hambre que me puedo comer una vaca entera.

El *foodtruck* con menos fila era uno que servía hamburguesas al carbón. Nunca me negaría a una buena hamburguesa al carbón, a menos que justo al lado haya un puesto de sushi. El *foodtruck* del sushi tenía el doble de fila, pero la foto del menú hacía que uno pensara que valía la pena la espera. Y sí, vaya que la valió, es el mejor rollo de queso crema y atún que he probado en mi vida.

Después de la cena, ya mucho más emocionadas con los juegos, fuimos a ver cómo estaba la fila en los carritos chocones. Como continuaba muy larga decidimos irnos a perder el tiempo a otro lado. En el camino llegamos al puesto de tiro al blanco. Siempre me ha llamado la atención saber si es cierto lo que dicen: que las miras de las escopetas están alteradas para que no puedas dar en el blanco. Varios intentos después, me encontré disparando hacia unos caballitos de metal de no más de cuatro centímetros de altura, que contrastaban con una cortina roja de terciopelo.

De cinco tiros no pude atinar ninguno.

—¿Qué pasó? —Sophie se carcajeó.

—Esta cosa tiene la mira hacia otro lado —le dije—. Pero ya vi cómo.

Saqué otro billete y le di la escopeta al chico que atendía para que me la cambiara por una que estuviera cargada de munición. Apunté ligeramente a la izquierda del caballito metálico y me preparé para el disparo.

—¿Qué pasó? —Sophie volvió a reír, después de que fallé de nuevo los cinco tiros.

—No es la misma escopeta, ésta tiene la mira hacia el otro lado.

Tan pronto terminé de decir eso cuando se escuchó un disparo. Inmediatamente cayó el primer caballito de metal. Luego el segundo. Siguió el tercero, el cuarto y el quinto. Cinco disparos, cinco caballitos. Cuando me giré para ver quién había sido el francotirador experto en tumbar caballitos de metal, me llevé una sorpresa.

—¿Ya viste quién está allí? —me dijo Sophie casi en un susurro.

Yo asentí y me di la media vuelta rápidamente.

—Es él —Sophie continuó.

Acompañando al chico que atinó los cinco tiros estaba Pablo Cooper.

—Sí, es él. Vámonos.

—¿Por qué? ¿A dónde?

—¿Que no queríamos ir a los carritos chocones?

Apenas terminé de decir eso cuando escuché que me llamaron por mi nombre.

—¿Lily Rose?

Durante un segundo traté de hacerme la que no escuchó. Obviamente no me sirvió de nada.

—¿Lily Rose, eres tú?

Fingí una sonrisa y levanté la mirada.

—Hola.

—¿Cómo estás? —Pablo se acercó a nosotras.

—Muy bien, ¿y tú?

Sophie me jaló la manga de la blusa.

—Perdón... Ella es mi amiga Sophie. —La presenté.

—Mucho gusto, Sophie. —Pablo sonrió y ella se ruborizó.

Pronto el amigo de Pablo se acercó también.

—Jay, Lily Rose y Sophie. —Nos presentó—. Chicas, él es Jesse, pero le decimos Jay.

—Mucho gusto —Jay saludó con voz ronca, pero amable.

—Igualmente —contesté—. Pueden llamarme Lily.

—No sabía que ibas a este colegio —me dijo Pablo.

Yo sólo contesté que sí.

—¿En qué año van? —continuó. Yo quería que nos gobernara el silencio.

—En segundo —contestó Sophie—. ¿Y ustedes?

—En tercero —dijo Jay.

—Bueno, ya tenemos que irnos, Sophie —los interrumpí.

—¿A dónde, y por qué tan rápido? —Noté que Jay no le quitaba los ojos de encima a mi amiga.

—Estábamos por ir a los carros chocones. ¿No quieren acompañarnos? —Pablo dio un paso hacia nosotras.

Me adelanté antes de que Sophie contestara y arruinara la posibilidad de emprender la huida. La conozco, es tan impulsiva que hubiese aceptado la

invitación en dos segundos.

—Gracias, pero ya tenemos que irnos. —Me apresuré a decir.

Pablo y su amigo se despidieron de nosotras.

—¿Por qué hiciste eso? —Sophie se rascó la nariz.

—¿Qué hice?

—De verdad no te entiendo. Ésta era una buena oportunidad de conocerlo bien.

—¿Y quién te dijo que me interesa conocerlo bien?

—¿Por qué no? —respondió Sophie, frustrada.

—No hay nada nuevo que conocer. Todos los de su tipo son iguales. Piensan que porque tienen dinero son superiores a todos los demás. Son pedantes y no tienen ningún interés más que el beneficio propio. A esa gente no me interesa conocerla para nada.

—¿De qué estás hablando, Ly? Según lo que me dijiste, se portó muy bien contigo. Además, ¿que no donó una buena cantidad de dinero para tu fundación? Eso, a mi criterio, lo hace una buena persona.

—No todos los buenos actos se hacen con buenas intenciones, Sophie.

—Ya no te entiendo, Ly.

No importaba cómo se lo explicara, Sophie jamás iba a comprender lo que yo sentía.

—Todos los ricos son iguales, Sophie. Todos, tarde o temprano, sacan su verdadero yo. Créeme, conozco a muchos de ellos por mi trabajo. Todos son idénticos. Lo único que les interesa es beneficiarse ellos mismos. De alguna manera u otra sacan ventaja. No existe un rico honesto.

—¿No crees que estás generalizando? Si existen ricos buenos y ricos malos, creo que Pablo es de los buenos. En el colegio hay gente rica, compañeros con muchas más posibilidades que tú y yo, que tenemos beca. Sé perfectamente que son difíciles, muy abusivos, como dices, pero también hay otros que no son así, tienen buenos sentimientos y hay que darles la oportunidad de demostrarlo al menos una vez.

Para evitar seguir hablando del tema, accedí a acompañar a Sophie a la rueda de la fortuna. Ya había bajado la fila y le calculé no más de quince minutos para llegar a abordar una de las cabinas. Dicho y hecho: pasaron casi

diez minutos y ya estábamos subiendo. Justo cuando nos tocaba el turno, escuché una voz que se me hizo conocida.

—Pensé que ya se habían ido.

Tardé un segundo en girarme, quizá pensando que si no lo hacía, aquella voz desaparecería. Era la voz ronca del tal Jay. Sophie se puso feliz, lo noté en la manera en que me tomó de la manga de nuevo y me jaló hacia ella.

—Vimos que bajó la fila, así que quisimos aprovechar. —Traté de excusarme. Estoy segura que se vio así.

—¡Los que siguen! —Se escuchó la voz del hombre encargado de la rueda.

—¿Les importa si pasamos con ustedes? —Jay se colocó a un lado de Sophie como si fuera su acompañante.

—Es la última de esta vuelta. Sólo cuatro personas —anunció el encargado.

Sophie ni siquiera me miró, simplemente subió las escaleras e invitó a Jay a seguirla. A Pablo no lo vi muy convencido. Al parecer, él también estaba siendo víctima de la necedad (si se le puede decir así) de su amigo. Pablo y yo subimos a la cabina como si nos estuvieran arrastrando, con la mirada hacia el suelo, como cuando caminas al salón de la última clase del día. A diferencia de nosotros, Sophie se instaló rápidamente al fondo, seguida por el amigo de Pablo, que se acomodó entusiasmado. Pablo me cedió el paso para que yo siguiera, pero preferí irme en la orilla opuesta. De esa manera quedamos las dos chicas en las orillas y los dos chicos en el medio.

El encargado de la rueda se acercó y nos pidió que metiéramos las manos mientras bajaba el barandal de seguridad. Pablo de inmediato se tomó del tubo de aluminio y lo apretó fuertemente con ambas manos.

—¿Todo bien? —le pregunté al ver que no lo soltaba.

—¿Creerás que jamás en mi vida me he subido a una cosa de estas? —me dijo, nervioso.

—¿En serio? —Me sorprendió—. ¿Nunca?

—No, nunca. —Continuó sujetándose a la barra de seguridad como si su vida dependiera de ello. Y eso que todavía ni siquiera arrancábamos.

—¿Ni cuando eras niño?

—Nunca. Que yo recuerde, mis papás nunca tuvieron tiempo de llevarme a ningún parque de diversiones.

—No pasa nada. Sólo da vueltas, y en menos de lo que piensas ya estás de regreso —le dije, al ver lo tenso que estaba agarrado al barandal—. Tardas más en hacer la fila que en el paseo.

—Yo no hice fila. —Intentó fingir una sonrisa.

Aun fingida, su sonrisa era agradable a la vista.

En el instante en que se movió la cabina, Pablo estiró los brazos y apoyó su espalda en la parte trasera. La cabina comenzó a columpiarse, cosa que para él fue como si se hubiese desprendido de la araña de metal.

—¿Cómo sabes que esta cosa es segura? —me preguntó—. Mira la estructura, se ve más oxidada que un coche abandonado en un lote de autos viejos.

Tuve que morderme ligeramente el labio para que no se me escapara la risa.

—Eso quiere decir que tiene mucho tiempo de estar operando. Y si es así, y aún funciona, entonces es seguro, ¿no crees?

Pablo me miró a los ojos. Era como si estuviera tratando de entender mi lógica.

—Tu teoría no me convence del todo.

La rueda comenzó a aumentar la velocidad, y para cuando nos dimos cuenta ya estábamos en la parte más alta. Desde allí se admiraba una hermosa vista panorámica de la ciudad, de un lado la orilla del mar Mediterráneo, y del otro el inicio del bosque y la autopista. Eso hizo que Pablo se relajara un poco, lo noté porque dejó de apretar el barandal.

—*Wow* —dijo. En sus ojos se notaba que de verdad estaba sorprendido. A mí me pareció extraño, pues alguien con ese estilo de vida no es fácil de impresionar, y él se veía encantado con algo tan simple.

—Se ve increíble. —Se me salieron las palabras.

—Es casi como la vista desde el helicóptero.

No supe cómo reaccionar a su comentario. Fue tan espontáneo y natural que no me pareció que lo hubiera hecho a propósito para presumirme sus viajes en el aire.

Su impresión no le duró mucho, pues la rueda continuó girando y pronto Pablo se sujetó del barandal para evitar sentir que se caía. Me incliné un poco hacia el frente para ver cómo iba Sophie. Ella estaba tan relajada, en gran conversación con el amigo de Pablo, que ni siquiera se dio cuenta de que la estaba mirando.

Después de eso se hizo un silencio de mi lado de la cabina. No sabía qué decir, pero sabía que tenía que decir algo para quitarle a Pablo la idea de que la estructura de la rueda de pronto iba a colapsar. Sin embargo, fue él quien retomó la conversación.

—¿Cómo es que llegaste a trabajar en la fundación? Lo digo porque eres joven. Apenas cursas el bachillerato y ya tienes un puesto importante. Me imagino que ser la coordinadora de relaciones públicas no es cualquier cosa, menos con el tipo de gente con la que debes de estar acostumbrada a tratar.

Fue como si me hubiese leído la mente.

—Llegué allí porque pienso que la labor que hacemos es muy importante. Más que eso, es trascendente. Un niño que crece sin padres tiene todas las desventajas del mundo y vive una vida muy triste. La fundación ayuda a aliviar esa tristeza, y lo hace muy bien. Eso lo tengo muy claro.

—Estoy de acuerdo contigo.

—Siento que, de alguna forma, he sido afortunada en la vida. Y mi trabajo en Beautysoul es una manera de hacerme cargo de mis gastos personales. He aprendido mucho en poco tiempo. Tengo mucha suerte de poder trabajar allí.

Pablo me miró detenidamente.

—¿Dije algo malo? —pregunté.

Por un momento se le olvidó que estábamos en una vieja cabina de metal dando vueltas a varios metros de altura.

—Al contrario. Hablas con tanta pasión… Me sorprende que alguien de tu edad se exprese así. Si me preguntas a mí, la fundación también es afortunada de contar con alguien como tú.

Nuestras miradas se encontraron por unos segundos, y sentí en mis pies un cosquilleo que no había sentido antes.

—¿Qué pasó? —Pablo se agarró de la barra de aluminio—. ¿Por qué se detuvo?

Se me escapó una risa.

—Porque ya terminó la ronda. Ahora tenemos que detenernos para poder desocupar una por una las cabinas.

—Qué impráctico —dijo mirando hacia abajo.

Pablo se bajó de la cabina de un brinco cuando nos llegó el turno.

—Eso estuvo divertido —dijo Sophie—. Tenía años de no subirme a una rueda.

—¿Se quedan un rato más? —Pablo me preguntó a mí directamente.

Estaba por contestarle cuando se nos acercó una chica.

7

PABLO

Estaba por invitar a Lily a continuar con el *tour* de juegos mecánicos cuando, de pronto, se acercó Ana. Me saludó cortante. No me quedó de otra más que presentarlas.

—Mucho gusto, Ana. Soy Lily Rose. —Lily le extendió la mano.

Ana le regresó el saludo.

—Te me haces conocida. ¿Te he visto antes en algún lado?

—Sí, llevamos dos clases juntas —dijo Lily—. Historia y Estadística.

Ana la escaneó de arriba abajo.

—Uhm, no te recuerdo de allí... quizá de algún otro lado.

Sophie se acercó para presentarse con Ana, pero ella hizo caso omiso. Luego se me acercó y me tomó de la mano.

—Te estaba buscando. ¿Por qué no me avisaste que ya habías llegado?

—Ya llevamos aquí un rato —le dije, y traté de soltarme la mano sutilmente. Ana no me dejó hacerlo y me sostuvo con un apretón.

—Nosotras ya nos vamos —Lily interrumpió.

—Que les vaya bien —dijo Ana cortante.

—Hablamos pronto —Jesse se despidió de Sophie. Ella asintió con una sonrisa.

Ni siquiera pude despedirme bien de Lily, porque Ana no se apartó de mi lado y nunca soltó mi mano. Todavía no estaban ni a unos cuantos metros de distancia cuando Ana me cuestionó, cual policía al sospechoso de un crimen, que de dónde las conocía. Le conté todo sobre Lily, le expliqué que trabaja en la fundación a la que habíamos decidido hacer el donativo.

—¿Cómo, trabaja y estudia? —Ana frunció el ceño. Lo dijo como si trabajar y estudiar al mismo tiempo fuera pecado capital.

—Sí. Por lo que averigüé, ella misma se paga sus estudios con su sueldo.

Ahora el que había cometido el pecado mortal había sido yo, lo supe por cómo Ana me clavó la mirada.

—¿Averiguaste?

—Claro. Tenía que saber a quién le íbamos a dar un donativo de esa cantidad.

—Bueno, mejor olvidémonos de ella y vamos a hacer algo divertido.

—Yo los dejos solos —interrumpió Jesse—. Voy a ver si encuentro un puesto de churros.

Cuando nos quedamos solos, Ana me soltó la mano. No necesitaba ser psicólogo para darme cuenta de que se la estaban comiendo los celos. Se le notaba en su tono de voz y en la manera en que enredaba el cabello en su dedo índice.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—¿Por qué lo dices?

—Por cómo te portaste con Lily Rose y Sophie.

—¿Lily Rose y quién?

—Sophie, su amiga. Te portaste muy antipática.

—Ay, ya... ni que fueran qué. Aparte, a la amiga ni la vi.

Era mejor no continuar con el tema. La conozco tan bien que sabía que no íbamos a llegar a nada. Poco después Ana me volvió a tomar de la mano y me llevó prácticamente a jalones hacia donde estaba la montaña rusa. Pasamos el resto de la noche juntos. Por un momento fue como si nunca hubiéramos terminado, al menos así la sentí.

—¿Me llevas a mi casa? —me dijo, cerca de la medianoche.

Jesse había pasado por mí, así que no tenía coche. Tuve que pedir un taxi para poder llevarla, porque de Jesse ya no supe más. Me bajé a acompañarla hasta la puerta del *lobby* de los departamentos. El elevador, como siempre, estaba descompuesto, así que subimos tres pisos de escaleras.

—¿Quieres pasar?

Para esa hora yo ya tenía sueño.

—No, ya me voy a mi casa. Mañana entro temprano al colegio. Si no me duermo ahora, no me voy a poder levantar.

Ana insistió. Me puso su cara de puchero e hizo la voz de niña mimada. Sabía muy bien que con eso iba a convencerme.

—Sólo un rato —le dije.

Nos sentamos de nuevo en el sillón de la sala. Me ofreció un café, pero lo rechacé, quería que mi visita fuera muy rápida.

—¿Quieres algo de comer?

—No, gracias, comí mucho en la feria.

—¿Una cerveza o algo de tomar?

Le di las gracias, pero no acepté nada. No tenía ganas. Después de unos minutos encendí la televisión para que hubiera algo de ruido, el silencio comenzaba a molestarme. Entonces pasó algo que no me esperaba.

—¿Ana, qué haces?

Mi reacción fue echarme hacia atrás.

—Nada. Sólo quería besar a mi novio.

Me costó en el alma tener que recordarle que ya no éramos pareja. Tan pronto lo hice le cambió el semblante.

—Yo sé por qué está pasando esto entre nosotros —me dijo—. Y estoy dispuesta a dar ese paso.

Yo de verdad no sabía de qué estaba hablando.

—Quiero pasar la noche contigo.

—Ana, yo...

—Y no me refiero a dormir juntos. Me refiero a que quiero hacerlo contigo.

Yo me quedé helado, como si me hubieran echado un balde con agua fría.

—Quiero ser tuya, Pablo. Y que tú seas mío. Yo sé que el hecho de que no hayamos tenido relaciones durante todo este tiempo es un problema para ti. Pero ahora estoy lista. Quiero...

Tuve que interrumpirla.

—Ana, ¿de qué estás hablando?

—Yo sé que por eso terminamos. Pero yo no quiero terminar. Yo te quiero, y no me veo viviendo la vida sin ti. Quiero hacerlo contigo.

Ana se me acercó para darme un beso. Se veía tan hermosa que me costó mucho tener que pararla en seco.

—No, Ana. Que no hayamos tenido relaciones no tiene nada que ver con que hayamos terminado. —La tomé de los hombros y, suavemente, la alejé de mí.

—¿Entonces? No entiendo qué es lo que quieres. ¿Qué tengo que hacer para que volvamos a ser como antes? Dímelo. Estoy dispuesta a hacer lo que me pidas.

Ana comenzó a desabrocharse los botones de la blusa.

—Ana, no tienes que hacer eso.

—Es por la tipa esa, ¿verdad?

—¿La tipa? ¿Cuál tipa?

—Con la que estabas hoy en la feria. La tal Lily Rose.

—Tampoco. Lily no tiene nada que ver en esto. Tú y yo terminamos porque yo no sé lo que quiero, Ana. Es así de simple. Tú no hiciste o dejaste de hacer nada. Soy yo el del problema.

Ana continuó desabrochándose la blusa. Inmediatamente me levanté y caminé a paso veloz hacia la puerta. Sabía que si me quedaba allí terminaría haciendo algo de lo que me arrepentiría toda la vida. Y no porque no quisiera vivir esa experiencia con Ana, sino porque sabía que no podía corresponderle después como ella quería. Eso sólo la haría sentirse aún peor. Me levanté y de inmediato pedí otro coche para irme a la casa y dar por terminado el asunto. Ana se molestó, ni siquiera se despidió de mí, pero no me quedaba de otra.

Esa noche me la pasé dando vueltas en la cama, pensando en qué hubiera sucedido de no haberme retirado del departamento de Ana justo cuando lo

hice. No pude evitar imaginar cómo hubiera sido tener relaciones con ella, como tantas veces lo imaginé cuando éramos novios.

Con ese pensamiento me quedé dormido.

De pronto estaba en medio de un bosque, justo a un lado de la carretera. Había una fila larga de carros varados en el camino. La gente se salía de sus vehículos para ver qué sucedía. Comencé a caminar hacia el lugar de donde provenía una nube de humo gris que pintaba el cielo. Al llegar descubrí los restos de un coche que yacía en el pavimento. Estaba despedazado. Las luces de una ambulancia pintaban el entorno de azul y rojo. De pronto me atacó un sentimiento de soledad. Caminé lentamente hacia la ambulancia que tenía las puertas abiertas. En el interior me encontré con dos siluetas que, cubiertas cada una con una sábana blanca, aguardaban sobre una camilla. Sentí como si me llamaran por mi nombre. Me acerqué lentamente. Cuando estaba por llegar a las dos figuras, me interrumpió un ruido que se escuchaba fuera de lugar y, al mismo tiempo, me parecía familiar.

Fue entonces cuando reconocí el sonido de mi reloj despertador.

En el colegio, como todos los días, después del primer periodo de clases, nos juntamos en las escaleras frente a los salones. Existe una dinámica que nadie te explica cuando entras, pero que todos dan por entendido: dependiendo del año que estés cursando, te corresponde uno u otro nivel en las escaleras. Por ejemplo, a los del último curso nos toca juntarnos en el pequeño descanso del segundo piso, justo frente a las aulas; los de nuevo ingreso se reúnen en el quinto piso, donde está el auditorio; y así, cada curso tiene su propio espacio.

—¿A dónde vas? —le pregunté a Jesse cuando lo vi subiendo las escaleras de dos en dos. Lo hice a propósito, pues sabía muy bien que en esa dirección estaban los salones de segundo curso. Me causó gracia que tratara de hacerlo sin que yo me diera cuenta.

—No tardo. —Fue todo lo que me dijo.

Igual me cruzó por la cabeza la idea de seguirlo para ver si por casualidad me topaba con Lily, pero la idea de encontrarme con Ana hizo que desaparecieran las ganas. Ana y Lily Rose van en el mismo curso, casualmente.

Después de lo sucedido la noche anterior con Ana no sabría cómo reaccionar al tenerla en frente.

Jesse regresó justo antes de que el maestro de Matemáticas cerrara la puerta, marcando esa delgada línea entre un retraso y una falta.

—¿Cómo te fue? —le pregunté.

Me contestó con una media sonrisa, una que me indicó que había conseguido lo que quería. Luego me mandó un mensaje de texto con el contacto de Lily.

—Te pasaste —le dije. Acto seguido chocamos los puños—. ¿Cómo…?

Jesse me contó que fue idea de Sophie, y que lo hizo sin que su amiga se enterara.

—Me dijo que no le dijeras que fue ella quien te lo pasó.

—Ok. ¿Y tú, qué sucede entre Sophie y tú?

Jesse no pudo contarme nada porque el profesor nos interrumpió para exigirnos que pusiéramos atención en clase o que al menos dejáramos que los demás pudieran tener la oportunidad de aprender. El hombre no exigía nada fuera de lugar. Yo aproveché el momento para tratar de iniciar una conversación a través del chat con Lily. Envié un simple: "Hola, ¿cómo estás?". Esperé toda la clase a que me respondiera, pero nunca lo hizo. Más tarde, ya a la hora que acabaron las clases, noté que el mensaje se había marcado como leído con dos flechitas azules. Me quedé un rato mirando la pantalla de mi teléfono para ver si recibía una contestación.

Nada.

¿Por qué será que entre más lo traten a uno con indiferencia más se aferra?

Ese día por la tarde recibí un mensaje de Ana, en el que explicaba que estaba muy apenada por lo ocurrido la noche anterior. Le marqué y nos quedamos hablando un buen rato. Siempre hemos conversado muy bien, y esta ocasión no fue la excepción. Antes de que me pidiera disculpas le aclaré que no había necesidad de hacerlo. De todos modos, se disculpó.

—No quiero que te quedes con esa mala impresión —me dijo—. No quiero que jamás dejemos de ser amigos. Es mi mayor miedo.

—Nunca vamos a dejar de serlo, Ana. No importa qué suceda. Tenemos tanta historia que sería imposible. Yo te quiero mucho, y eso nunca va a

cambiar.

—¿Me lo prometes?

Se lo confirmé con el corazón en la mano.

8

LILY ROSE

Me pasé toda la tarde en la casa hogar. Ese día festejamos el cumpleaños de dos de los chiquitos: Vanessa, de cuatro años, y Milo, de seis. Después de cortar el pastel siguió el clásico partido de futbol en el patio principal. Nada profesional: lo jugamos con una pelota de plástico y las porterías fueron dos macetas de geranios y dos de rosas blancas. Los pequeñitos se divirtieron tanto que estoy segura de que al menos durante esos instantes se les olvidó todo lo malo que en algún momento han vivido.

Más tarde me tocó visitar una casa para recoger a una niña que había sido abandonada por sus papás en un terreno baldío. Su abuela fue la que nos contactó, y con ella vimos todos los detalles. Yo normalmente no asisto a ese tipo de entrevistas, pero esta vez pedí que me dieran la oportunidad; la historia de la pequeña me causó tanta ternura que de alguna manera quería involucrarme desde el principio.

Según lo que nos contó la abuela (que en realidad era abuela postiza, porque la señora era mamá de la pareja de la mujer que abandonó a la niña, quien además no era el papá biológico), la mamá decidió deshacerse de la bebé porque sentía que iba a perder la atención devota del marido. Cuando la abuela

se enteró de sus intenciones, trató de convencerla de que mejor entregara a la niña a las autoridades. Por miedo a que tuviera consecuencias legales y terminara en la cárcel por abandono, decidió hacerlo a escondidas.

—Yo sólo sé que ésa no es manera de tratar a un ser humano. No se puede abandonar a una criatura así nada más. —Fue lo que nos dijo la señora cuando nos entregó a la pequeña.

Claro que el asunto no fue tan fácil. Para que nosotros podamos reclamar la custodia de un niño o una niña se tienen que seguir procedimientos y protocolos con las autoridades correspondientes. En este caso, con la ayuda de la abuela y de la misma madre, pudimos adelantar el proceso y todo fue más sencillo. Pero no siempre es así. Algunas veces hasta para salvar vidas alguien nos complica las cosas.

Me recosté en mi cama más o menos a las nueve de la noche, totalmente agotada. Todavía tenía que hacer tarea, pero necesitaba descansar un poco antes. Estando tumbada escuché la alerta de la computadora avisándome que tenía un nuevo mensaje. No me quedaban ganas de levantarme, así que abrí la aplicación en mi teléfono.

Era un mensaje de Sophie. Me contaba que Jesse, el amigo de Pablo Cooper, la había invitado a salir. La noticia ameritaba que me la explicara a detalle en una llamada y no con mensajes.

—¡Cuéntamelo todo! —le dije tras el segundo que tardó en contestarme.

—Me mandó un mensaje y me invitó a salir. Quedamos de ir a cenar el jueves.

—Espera —le dije—. ¿Te invitó con un mensaje y no te marcó?

—Ay, Ly, así se usa ahora. Ya nadie habla por teléfono, eres la única que todavía usa el aparato para eso.

—Tal vez tengas razón.

—Claro que tengo razón. Pero cuéntame, ¿qué ha pasado con Pablo?

—¿De qué hablas?

—¿No te ha llamado?

—No, y no creo que lo haga.

—Pues yo escuché algo diferente. —Después de eso le oí una risilla.

—¿Qué quieres decir?

—Me dijeron que no te dijera, pero... obvio que te lo voy a decir: Jesse me dijo que Pablo tiene pensado invitarte a la boda de un primo suyo.

—¡Sophie Brown! —Sólo le hablo por su nombre completo en situaciones que lo merecen. Ésta era sin duda una de ellas—. ¡¿Estás hablando en serio?!

—Así como lo oyes.

—¿Y qué voy a hacer?

—Yo creo que lo primero que tienes que hacer es ir a comprarte un vestido decente. A esa clase de bodas va la realeza, Ly, y no quieres ir como la Cenicienta después de las doce campanadas.

—No, Sophie, me refería a que cómo le voy a decir que no.

—¿Por qué le dirías que no? —me levantó la voz—. ¿Estás loca? Ay, Ly, si yo pudiera ir a esa boda iría hasta de guardaespaldas o niñera.

Justo en ese momento me entró otra llamada. Cuando vi la pantalla me di cuenta de que era él y, de pronto, me puse nerviosa como niña chiquita.

—Es él, está en llamada en espera. ¿Qué hago?

—Te lo dije. ¡Qué suerte! Al rato que vayas al súper en helicóptero ni me vas a saludar.

—Eres una tonta. Ya, ¿qué hago?

—Me cuelgas a mí y le contestas a él, Ly. No se necesita ser astrofísico para llegar a esa conclusión. Bye, me marcas cuando hayas terminado de hablar con él.

—No, espera... Sophie...

Sophie me colgó. El teléfono siguió timbrando y yo no sabía qué hacer. Me comenzó a temblar la mano y mi dedo pulgar no pudo ubicar el botón para atender la llamada. Tomé aire hasta llenar mis pulmones cuando de repente se terminó aquel escándalo. Por un segundo pensé que no insistiría. Estaba equivocada.

¡RIIIING!

Tal vez si lo dejaba sonar igual que la vez anterior mis problemas se esfumarían... Mi mente comenzó a divagar, y por un segundo pude ver el color de sus ojos frente a mí. Luego recordé su sonrisa...

—¿Hola? —Contuve el aliento. No exhalé hasta que escuché su voz.

Su voz. Y esa manera en que articula las palabras; parece como si estuviera hablando con un catedrático de la lengua española. Todo correcto. Hace que por un segundo se te olvide que es alguien de tu misma edad. Bueno, ligeramente mayor.

Conversamos más de cuarenta minutos, y a mí se me fue el tiempo como si hubieran sido cinco. Hablamos de mil cosas menos de la boda de su primo, cosa que me hizo dudar de si Sophie me había gastado una broma. Cuando se despidió, yo me sentí algo desilusionada.

—Ah, por cierto, antes de dejarte para que hagas la tarea quería preguntarte una cosa —me dijo.

—Claro, dime.

—Este fin de semana tengo la boda de mi primo. El sábado. Quería saber si te gustaría ir conmigo.

En automático el corazón se me aceleró y sentí que quería salir de donde está resguardado.

—¿Este sábado? —Fue lo único que mi mente pudo construir como respuesta.

—Sí. Si no tienes nada planeado...

—Espera... ¿no tienes novia?

—¿Yo? Claro que no, por qué piensas eso...

—El día de la fiesta, la chica que te tomó de la mano...

—¿Ana? —me preguntó, recordando ese momento—. No, Ana no es mi novia.

Después de eso hubo un silencio incómodo que duró unos segundos.

—Volviendo al tema, ¿tienes algo planeado para el sábado?

—¡No!

—¿No, no tienes nada planeado? O...

—No, no tengo nada planeado.

—Genial. Entonces es una cita.

Sentí que se detuvo el tiempo, ninguno de los dos dijo nada durante unos segundos.

—Bueno, si te parece te llamo el viernes para ver los detalles.

—Sí, claro. El viernes está bien.

Después de que colgué me quería meter bajo la almohada.

No pasaron ni cinco minutos cuando me llegó un mensaje de Sophie preguntándome cómo me había ido en la llamada. Le conté todo, y le dije que necesitaba su ayuda para ir en busca de un vestido adecuado para el evento.

Al día siguiente fuimos de compras. Yo no me complico la vida. Eso de buscar ropa cara o de diseñador nunca ha sido lo mío, pero según Sophie, si había alguna ocasión en la que valiera la pena gastar un poco de mis ahorros era ésta. Le sugerí que podía utilizar uno de los vestidos que normalmente uso para los eventos de la fundación y me miró como si fuese un bicho raro.

—¿Quieres que piensen que vas de mesera? De ninguna forma, Ly. Tienes que ir como si fueras a los Óscar de la mano de Leonardo DiCaprio. La idea no es que te mezcles entre la gente, sino que sobresalgas.

Me sentí como en una escena de la película *Mujer bonita*, la de Julia Roberts, saliendo de los probadores para modelarle a Sophie cada vestido que nos parecía lo suficientemente elegante como para llevar puesto a una cena en el palacio de Buckingham. Yo creo que me probé al menos quince vestidos.

—¡Ése! —Sophie finalmente aplaudió—. Ése es perfecto.

Al vestido se le quitó lo hermoso cuando vi la etiqueta que marcaba el precio.

—¿Qué haces? —me dijo Sophie, cuando vio que lo puse de regreso donde lo encontré.

—No me voy a gastar esa cantidad de dinero en un vestido, Sophie. Nunca.

—No estás gastando en un vestido, lo estás gastando en ti.

Sophie tiene la habilidad de convencer a cualquier persona de cualquier cosa con sus discursos. Pero esta vez no le funcionó.

—Me gusta más éste. —Señalé uno de los que me había probado primero. Era más sencillo, pero a la vez elegante. Y lo mejor de todo era que se ajustaba a mi presupuesto.

—Pues no es lo mismo que el otro, pero... te ves igualmente hermosa, amiga.

Supe que decía la verdad por la manera en que me examinó de arriba abajo con una sonrisa. Cuando me miré en el espejo del probador me convencí de

que había escogido correctamente.

La boda estaba a la vuelta de la esquina, y yo todavía no encontraba la manera de explicarle a la directora de la fundación lo de mi cita con Pablo. No importa lo que piense Sophie, yo estoy consciente de que no está bien que yo salga en una cita con uno de los benefactores. De verdad me causa un problema, se puede prestar a que piensen mal.

Como quedamos, Pablo me habló el viernes para avisarme que pasaba por mí a mi casa a las ocho y media de la noche. Cuando me pidió mi dirección, le propuse que mejor pasara a buscarme a casa de Sophie, pues iba a estar con ella desde temprano esa tarde; mi amiga me ayudaría a maquillarme y peinarme para la ocasión.

Y así fue, llegó por mí justo a la hora acordada. Sophie se despidió de mí con un abrazo largo, como si yo fuera a salir de viaje un mes.

—Te ves increíble —me dijo ella una vez más—. Esta noche te llevarás las miradas de todo mundo.

—Yo lo que quiero es que esto se acabe rápido —le contesté—. No sé en qué momento acepté acompañarlo. No está bien. No tengo nada que hacer con esa gente, ni en esa sociedad.

—Respira hondo y saca el aire despacio. Pareciera que no te has visto en el espejo, Ly. Pareces princesa de Asturias.

—Gracias, Sophie.

—Me tienes que contar todos los detalles mañana mismo.

Sophie siempre me hace sonreír, no importa cuál sea mi situación emocional.

Pablo ya estaba esperando del otro lado de la puerta. Me recibió con un beso en la mejilla y luego dio un paso hacia atrás para escanearme de arriba abajo.

—Te ves hermosa.

Sentí un rubor en mis mejillas.

—Gracias.

—¿Nos vamos?

Asentí, y con eso salimos rumbo a la boda.

Cualquiera diría que con la experiencia que tengo en eventos para gente con mucho dinero ya debería estar acostumbrada a ver tanto lujo, pero nada me hubiera podido preparar para lo que presencié. El evento se llevó a cabo en el salón principal del Club de Veraneo. Para entrar al salón había que cruzar primero un jardín lleno de tulipanes y amapolas de distintos colores, y luego un túnel de enredaderas que conducían hasta el área de las mesas y la pista de baile. Aquello parecía salido de una revista de esas que cubren los acontecimientos de la realeza europea.

Hicimos fila para felicitar a los novios. Calculo que nos tardamos quince minutos, no menos. El primo de Pablo me saludó afectuosamente y agradeció mi presencia. Su reacción fue muy distinta a la de la novia, quien, como no me reconoció, únicamente correspondió a mi felicitación sin emociones y continuó siendo abrazada por sus amigas.

Cuando entramos al salón me sorprendí al ver que estaba preparado para una verdadera multitud. Calculo, sin exagerar, que la lista de invitados no era menor a mil personas. Los arreglos florales en cada mesa, los manteles, las sillas, todo parecía sacado de un cuento de hadas.

Apenas llegamos a la mesa que teníamos asignada cuando se nos acercó un camarero.

—Buenas noches. Mi nombre es Christian, y me toca atenderlos el día de hoy. Estoy para lo que se ofrezca.

Lo hizo, más que como camarero, como una escolta. Lo que más me llamó la atención fue que Christian permaneció toda la noche en posición de firmes, a un lado de la mesa. Miré a mi alrededor y pronto caí en cuenta de que cada mesa tenía su propio camarero; estaban acostumbrados a dar una atención personalizada a cada uno de los invitados. Todo eso no dejaba de causarme una extraña fascinación.

Entonces comenzó a sonar la música que anunciaba que los novios estaban por entrar al salón. Pablo, con una señal, me invitó a caminar hacia la orilla de la pista para atestiguar el primer vals de la pareja.

Los novios bailaron al son de un cuarteto de violines. Las cuerdas se escuchaban tan hermosas que parecía que habían bajado del cielo sólo para amenizar el evento. Todo aquello era verdaderamente de cuento.

Pablo se portó como un caballero toda la noche. Nunca me dejó sola, cosa que puede suceder cuando se trata de la boda de un familiar y tu pareja no se acopla porque no conoce a nadie. Me presentó con todas y cada una de las personas que en algún momento se acercaron a saludarlo. Fue increíblemente tedioso para mí, pero, a pesar de todo, me pareció un buen detalle de su parte.

Una pareja de tenores amenizó la cena. Los dos cantaban hermoso, nos hacían flotar con su música. La entrada, que tenía un nombre casi impronunciable, consistía en un paté de salmón acompañado con queso a las finas hierbas. Como nunca antes había probado el paté, ni siquiera en las cenas de lujo con los benefactores de la fundación, estaba dispuesta a dejarlo pasar y continuar con el siguiente platillo, pero Pablo se aferró a que lo probara. Al ver que no había poder humano que pudiera convencerme, me hizo una apuesta.

—Si lo pruebas y no te gusta, me subo al escenario y le quito el micrófono al señor de bigote, el que lidera el grupo, y me pongo a cantar.

—No lo dices en serio.

—Cien por ciento en serio.

—No te creo. No te atreverías.

—Puedes preguntarle a cualquiera de esta mesa. —Señaló a todos alrededor—. Te van a decir que sí me atrevo.

La oferta era tan tentadora...

—Pero hay una condición. Tienes que prometerme que vas a ser sincera: si es verdad que no te gusta, yo cumplo. Pero si te gusta, tienes que aceptarlo.

—Trato hecho.

Le puse la pasta de paté a la orilla de la galleta y me dispuse a darle una mordida.

—Espera... tienes que probarlo bien.

Pablo tomó mi galleta y la cubrió entera con el paté.

—Listo, ahora sí. Adelante.

Estuve a tres segundos de echarme para atrás con el trato, pero la idea de ver a Pablo cantando como tenor en el escenario y armando un escándalo me ganó. Me metí la galleta completa a la boca para que no hubiera duda ni tuviera razones para no cumplir. Al final Pablo no se apoderó del micrófono porque resultó que el paté no sabía tan mal, incluso diría que estaba delicioso.

—Te lo dije. A veces nos privamos de tantas cosas por el temor a no experimentar. Yo era así antes, ya no.

Sus palabras me retumbaron en los oídos.

9

PABLO

El final de la cena lo marcó la banda en vivo que comenzó a tocar, al mismo tiempo que el vocalista invitaba a la gente a la pista. Justo en el momento en que me disponía a invitar a bailar a Lily, llegó Ana a la mesa.

—Hola —saludó primero a Lily.

—Hola. —Lily se notaba un poco confundida.

Me di cuenta de que Ana no iba acompañada de nadie.

—¿Cómo la están pasando? —Su tono era como el del *bully* del salón.

—Muy bien, gracias. —Lily no se dejó intimidar.

—Pablo, espero que no me dejes bailar sola cuando la banda toque nuestra canción. —Me dijo Ana, y me sonrió coqueta. Luego se dirigió a Lily—: Espero que no te importe. Hay mucha historia.

Ana se fue sin despedirse, como si alguien la hubiera llamado de repente. Conté segundo y medio para que Lily le diera seguimiento a lo que acababa de suceder.

—¿Su canción?

—Ana y yo fuimos novios —le dije—. Y teníamos una canción.

Lily permaneció pensativa por unos segundos.

—Ana y yo terminamos hace meses, y no hay...

—No tienes que darme explicaciones, Pablo —me lo dijo tranquila, sin ningún indicio de sarcasmo en su voz—. Tú y yo somos amigos, ¿no?

Qué pregunta tan incómoda. Decir que sí automáticamente me mandaba a esa zona a la que nunca quieres entrar con la chica que te gusta. Decir que no me colocaba en una situación todavía peor.

—Ya sé que no tengo que darte explicaciones pero, si no te molesta, prefiero hacerlo. No quiero que pienses mal de mí.

—¿Qué quieres que piense de alguien que está dispuesto a subirse al escenario, arrebatarle el micrófono a un solista de ópera y ponerse a cantar frente a una multitud, todo sólo a cambio de que yo me coma un paté de pescado?

Lily sonrió, y en ese momento no me quedó duda de que era la mujer más hermosa de todo el salón. Y por mucho.

—Ok, tienes un buen punto —le dije.

En el segundo que la vi dirigir su mirada hacia la pista, aproveché para invitarla a bailar.

—Tengo dos pies izquierdos —me dijo, y luego se encogió de hombros—. No es excusa, lo digo en serio. No bailo ni siquiera a solas en mi habitación.

—Qué suerte. Yo tampoco.

—¿Y por qué suerte?

—Porque si sólo uno baila mal, entonces la gente se da cuenta. Pero si ambos bailamos mal, pueden pensar que estamos haciendo una coreografía.

Lily soltó una carcajada.

—Sobre aviso no hay engaño. Si te piso, no me vayas a echar la culpa.

De pronto la banda comenzó a tocar una de mis canciones favoritas. Algo se activa en nuestro cerebro cuando escuchamos a todo volumen una canción que nos gusta, algo que nos hace sentir que no existe nada más y que el mundo gira únicamente alrededor de nosotros. Es como una pequeña descarga de adrenalina que nos hace sentir invencibles durante unos segundos.

—¿Vamos? —Le extendí la mano.

Cuando con la suya tomó la mía, sentí una descarga eléctrica. Nunca he tenido un accidente de ese tipo, pero estoy seguro que así se siente.

No hay cosa más atractiva en esta vida que ver a la chica que te gusta bailar una de tus canciones preferidas. No importa que no sepa bailar, el momento se convierte en algo memorable. Y así me sentí yo, encantado de verla divertirse; no podía ni hilar dos pasos sin distraerme con la manera en que movía sus hombros y giraba la cadera, sonriendo por fin. Esa imagen se quedó grabada en mi cabeza y jamás se va a borrar.

Después de casi media hora bailando, la banda comenzó con canciones noventeras, y Lily y yo lo consideramos como una señal de que teníamos que tomarnos un descanso, así que regresamos a la mesa. Yo aproveché para pedirle al camarero un vino tinto y ella un martini seco.

—No lo haces tan mal —le dije—. Bailar, quiero decir.

—Lo dices para no hacerme sentir que he hecho el ridículo.

—Me descubriste.

Lily sonrió y me golpeó delicadamente en el hombro con la servilleta de tela.

—Pues a ti no te caerían mal unas clases de baile.

Yo solté la carcajada.

—¿En serio, tan mal estoy?

—Pues...

Ahora el que la golpeó con la servilleta, delicadamente, claro, fui yo.

—Pablo, ¿te puedo hacer una pregunta?

—Por supuesto.

—¿Por qué a mí? —Sus ojos se adentraron en los míos.

—¿Te refieres a por qué te invité?

—Sí. No me lo tomes a mal, pero éste es un evento familiar. Tú y yo ni siquiera nos conocemos. Si acaso habíamos cruzado dos palabras antes de esta noche, es mucho. ¿Por qué?

Mi mente se aceleró buscando una respuesta que no me pusiera en evidencia. No podía decirle la verdad: que desde que la vi por primera vez me provocó un ligero temblor en las manos y una aceleración en el ritmo del corazón. Eso no se le dice a una chica hasta que ya es tu novia, pues corres el

riesgo de que con un par de frases se derrumben los castillos en el aire. Así que tuve que improvisar.

—Pensé que sería un buen detalle después de todas tus atenciones a la hora de hacer el donativo en la fundación.

Tan pronto terminé de decir eso supe que lo de la improvisación, al igual que el baile, no se me da.

—La que está agradecida contigo soy yo. Bueno, todos en Beautysoul. Tu donativo realmente hará mucha diferencia.

—Me da mucho gusto.

Lily frunció el ceño.

—Deberías venir conmigo un día a visitar el centro.

—¿El centro?

—La casa hogar. Es una experiencia maravillosa.

—Me encantaría.

—Pues entonces hay que organizarlo. —Me sonrió—. Disculpa, ahora vengo. No me tardo. ¿Me pides otra limonada, por favor?

No le pregunté, pero seguro iba al baño. Aproveché ese momento solo para pensar en lo increíblemente bien que me la estaba pasando con ella. ¿Cuál es la probabilidad de que te toque conocer a una chica con tantas cualidades? Es inteligente, noble, trabajadora, y con un corazón que no le cabe en el pecho. Además de todo eso, es poseedora de la sonrisa más hermosa que yo jamás haya visto en mi vida. Una sonrisa sincera y cálida.

Estaba pensando en eso cuando llegó Ana.

—¿Qué haces? —Se sentó en la silla de Lily.

—Esperando a Lily. ¿Y tú? ¿No vienes con nadie?

—No.

—¿Y eso?

—No lo creí prudente.

—¿De qué hablas? —pregunté.

—Pablo, es la boda de Fer, tu primo. —Se me acercó para que su voz se escuchara por encima de la música—. ¿Cómo crees que me vería desfilando con un desconocido a mi lado? ¿Te imaginas a la hora de presentarlo? No hay manera.

—No le veo lo malo.

—Eso me queda claro.

Como cosa hecha adrede, en esos momentos la banda cambió de ritmo y siguió con las baladas. Sonó *"La Vie en Rose",* que había adquirido el título oficial de *nuestra canción*, ya que fue la primera que bailamos juntos.

—Esa canción... Ven, vamos a bailar. —Ana me tomó de la mano e intentó jalarme hacia la pista.

—No, Ana, no puedo. Lily está por regresar.

—Anda, sólo es una canción. Dura tres minutos. No me puedes decir que no te causa algo escucharla aquí conmigo. —Se me acercó y colocó sus manos sobre mi pecho—. Antes de que ella regrese tú ya estás de vuelta en la mesa.

Sabía que hacerlo era un error, no sólo por el riesgo de dejar a Lily sola, sino porque aceptar sería darle pie a la idea que Ana tiene en la cabeza de que algún día, más pronto que tarde, vamos a volver.

—Ana, no creo que sea la mejor idea.

De repente, Ana se me acercó y me plantó un beso en los labios. Me sorprendió tanto que ni siquiera tuve tiempo de rechazarla.

—¿No me digas que no me extrañas?

—Ana...

Ana, ante mi silencio, se levantó molesta de la mesa y se marchó. Yo miré hacia todos lados en busca de Lily, considerando la posibilidad de que hubiera atestiguado lo que ocurrió. No estaba por ningún lado, lo que en ese momento me tranquilizó un poco. Esperé unos minutos a que llegara, pero pasó el tiempo y no ocurría. Entonces pensé que lo más probable era que se hubiese encontrado con alguien conocido y se hubiera quedado conversando en alguna mesa, así que decidí recorrer el salón para buscarla.

Con casi mil invitados, no me fue fácil encontrarla; después de casi media hora, la hallé sentada en una mesa. Estaba sola, con el semblante desanimado.

—¿Dónde estabas? Te busqué por todos lados —le dije al verla. Me imaginé que se había perdido, o que ella misma había salido a buscarme cuando llegó a la mesa y no me encontró.

—Hola —me dijo a secas.

—¿Qué pasa? —Me senté a su lado.

—Si no te importa, quiero irme a casa —me contestó en voz baja. Tuve que acercarme para escucharla por encima de la banda que tocaba en el escenario.

—¿Pasó algo?

—No, nada. Sólo que me siento un poco mal. Lo siento, Pablo.

—No te sientas mal. No te preocupes, ahora mismo te llevo a tu casa.

—No. No quiero que te pierdas la boda de tu primo por mí. No te preocupes, en serio, ya pedí un coche.

—Claro que no, Lily. No voy a dejar que te vayas en un taxi con cualquier desconocido. Yo te llevo, no tengo ningún problema. Como quiera, la boda va para largo, puedo regresar y nadie notará que me fui.

Lily miró su teléfono.

—Ya está aquí. Me voy. Muchas gracias por la invitación.

Se levantó de la mesa y caminó hacia la salida. Obviamente yo me fui detrás de ella.

—Lily Rose, por favor, déjame que te lleve.

Volvió a rechazar mi oferta.

—Al menos dime qué pasó. ¿Por qué estás así?

Me volvió a confirmar que no había pasado nada, y que sólo se quería marchar por un simple dolor de cabeza. Claro que no le creí, su mirada de tristeza la delataba. Algo había sucedido, de eso estaba seguro.

10

LILY ROSE

Pablo me siguió hasta la salida y permaneció a mi lado hasta que llegó el coche. Insistió una última vez en que él podía llevarme, pero me mantuve firme en que no fuera así. Me costó mucho dejarlo de esa manera y procuré no mirar por la ventana mientras avanzábamos; casi lloro durante el traslado a casa. Pero no quería, de ninguna manera, que se enterara de lo que me pasaba.

Me sucedió cuando me fui al baño de damas, mientras me arreglaba el labial frente al espejo. De pronto el espacio se llenó de mujeres, cada una con su tema: los problemas con la pareja, qué divertida estaba la fiesta, cosas de la casa y los hijos, conversaciones normales. Entonces comencé a sentir que la cabeza me daba vueltas. Luego que mi respiración se acortaba y el aire no me cabía en los pulmones. Tuve una sensación de miedo, como si supiera que algo malo estaba por suceder. Mi corazón comenzó a latir aceleradamente y estuve a segundos del desmayo.

La primera vez que me ocurrió esto tenía ocho años. Estaba en el patio de mi casa cuando, de repente, comencé a tener un presentimiento, como si mi mente estuviera alerta de algún peligro que mis ojos no podían ver. Empecé a sentir que me hacía falta aire. Luego vino un miedo a algo que no sabía qué era, como cuando ves una película de terror y te encuentras sola en tu casa. El

problema es que no había visto ninguna película de terror ni estaba sola en casa. Después mi cuerpo se paralizó y no pude ni siquiera correr a pedir ayuda. Comencé a hiperventilar y a sentir claustrofobia incluso estando al aire libre. Cada vez que lo recuerdo me da pánico revivirlo.

Cuando me sucedió por segunda vez, hace años, me llevaron con el médico. "La niña no tiene nada malo físicamente", dijo el doctor. Sin embargo, en su diagnóstico le puso nombre a mis demonios: depresión y ansiedad.

Soy víctima de la depresión y la ansiedad desde entonces. Cuando era más pequeña los ataques sucedían de manera esporádica, pero últimamente han sido más recurrentes. Aunque cortos, cuando llegan, son los peores dos minutos de tu vida: sientes que te vas a morir, es imposible acostumbrarte a ellos, aunque ya sepas que vienen y de qué tratan. Por lo general ocurre cuando estoy sola y lo único que puedo hacer para tranquilizarme es practicar unos ejercicios de respiración. Esa vez frente al espejo, rodeada de mujeres desconocidas, no pude controlarme y sentí que tenía que salir de allí lo antes posible a respirar aire fresco.

Me moría de la pena con Pablo. ¿Pero cómo explicarle que estaba con una chica que sufre de ataques de pánico? No quise exponerme de esa manera. No con él. No en ese momento.

Tardé un poco más de lo normal en recuperarme, en volver a respirar a un ritmo tranquilo. No fue hasta que llegué a mi habitación y me recosté en la cama cuando pude finalmente relajarme un poco.

Recibí varios mensajes de texto de Pablo preguntándome si ya había llegado y si ya me sentía mejor. Todo un caballero, no dejó de pensar en mí en todo momento. Yo le contesté que sí, que ya me sentía mejor, y le pedí una y otra vez disculpas por haberme marchado de esa manera.

Esa noche no pude dormir. Entre sueños me desperté una y otra vez con la misma pesadilla. Siempre sueño que el bosque se vuelve cada vez más largo y mis piernas se acalambran cuando intento detenerme. No puedo hacerlo. Tengo que continuar. Es como si escapara de algún depredador que me viene siguiendo y cada vez se encuentra más cerca, a punto de devorarme. La sensación de pánico corriendo con el peligro pisando mis talones es lo que siempre me despierta en medio de la noche.

Pablo me llamó al día siguiente, pero no le contesté. Alrededor del mediodía me llamó Sophie muy entusiasmada para que le contara hasta el último detalle de la boda. Sentí que la defraudé cuando no pude describirle de qué tamaño era el pastel, ni quién atrapó el ramo o los detalles del vestido de la novia.

—¿Y por qué no dejaste que él te llevara?

—¿Es en serio?

—Ah, perdón. No pensé en eso, Ly —dijo Sophie al reconocer la ironía en mi voz.

—Bastante hice con abandonarlo así de feo a la mitad de la fiesta como para encima pedirle que se salga de la boda de su primo —contesté.

—Bueno, en eso tienes razón. Pero hay una manera de enmendar tu error.

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

—Ahora tienes que ser tú la que lo invite a salir.

—Estás loca. Yo no lo voy a invitar a ningún lado. Esta salida fue por cortesía y agradecimiento.

—¿Por qué no? Dices que se portó como un caballero, que antes de que pasara lo que te pasó te estabas divirtiendo como nunca.

—Sí.

—¿Pues entonces qué estás esperando?

—Bastante hice con aceptar la invitación a la boda. Tú no has entendido que salir con él puede causarme problemas, yo no puedo salir con ningún benefactor de la fundación. Además, su tipo de gente no es mi tipo de gente.

—¿Ah, sí? —Noté el sarcasmo en su voz—. ¿Y cuál es tu tipo de gente, Ly?

—Tú.

Con eso terminó la discusión. Sophie me dijo que estaba para mí como mi mejor amiga y que me apoyaría en todo lo que decidiera en el futuro respecto a mi vida amorosa.

Por la tarde recibí dos llamadas más de Pablo que no quise contestar. Pensé que de esa manera entendería que no quería hablar con él y me dejaría en paz. Pero la sorpresa vino al día siguiente, lunes en la mañana, cuando antes de entrar a la primera clase llegó a mi salón.

—Hola. —Fue todo lo que pude decir cuando lo vi frente a mí.

—¿Cómo estás?

—Bien —respondí a secas.

—Me quedé preocupado todo el domingo. Te estuve marcando, pero no contestaste.

Odio decir mentiras. No me salen. Siento que soy tan mala que me van a descubrir en el instante. Quería decirle que no vi sus llamadas porque tenía el teléfono en silencio, o que se me había extraviado lejos, sin posibilidad de recuperarlo. No me salieron las palabras.

—Cuéntame, Lily. ¿Hice algo malo?

—No, claro que no.

—Entonces, ¿por qué te portas así conmigo?

Me sentí como un bichito escondiéndose bajo la tierra. Sus ojos se clavaron en los míos, esperando mi respuesta. Entonces hice lo primero que se me vino a la mente, lo que acababa de prometer que jamás haría.

—Te invito a un partido de futbol este jueves.

Pablo se sorprendió.

—¿Al estadio?

Casi se me sale la risa.

—No. Digamos que no es un partido profesional.

—¿El jueves? —Pablo repitió las palabras como para confirmar que la invitación era real.

—Sí. Nos vamos después de clases. ¿Te parece?

Pablo me contestó con una sonrisa, una que se quedó en mi mente hasta el primer descanso.

—¿Qué estás planeando? —me preguntó Sophie cuando le confesé mis intenciones de llevar a Pablo a la casa hogar a ver el partido semanal de futbol.

—Si es tan buena persona como pienso, no creo que le moleste convivir con los niños. Además, que sea uno de los benefactores es una buena razón para invitarlo. De esa manera no habrá malentendidos.

—Ni tú sola te entiendes con tanto enredo que traes en la cabeza, Ly —dijo Sophie.

Me encargué de hablar con la responsable de la casa hogar, la madre Teresa, para explicarle que Pablo Cooper, uno de nuestros bienhechores, el más importante hasta el momento, asistiría el jueves a las instalaciones. Tan pronto como supo la noticia, mandó llamar a todos los maestros y encargados para pedirles que se comportaran a la altura. Además, pidió que los niños ensayaran una canción para interpretarla acompañados del piano en el salón de cantos y juegos.

—¿Qué más? —me preguntó—. ¿Qué más se te ocurre que podamos hacer para que el señor Cooper se lleve una buena impresión?

—Yo creo que con eso es más que suficiente. —Me aguanté la risa. Y es que la madre Teresa puede llegar a ser un caso complejo, todo la pone nerviosa. Cualquiera pensaría que luego de tantos años de lidiar con niños ya estaría acostumbrada a hacer frente a situaciones críticas. Pero no es así.

El jueves Pablo y yo salimos del estacionamiento del colegio rumbo a la casa hogar a las dos y cuarenta y cinco de la tarde. No le dije a dónde íbamos, sólo le di la instrucción de que me siguiera con su auto.

—¿Qué hacemos aquí? —me preguntó cuando llegamos a la casa hogar—. Creí que íbamos a un partido de futbol.

—Sí —le confirmé—. Espero que hayas traído un par de tenis.

Pablo frunció el ceño.

En la puerta nos recibió la madre Teresa, muy apurada porque recién habían terminado de limpiar y acomodar lo mejor posible los salones de la casa hogar. Pablo se presentó casi haciendo una genuflexión, como todo un caballero.

—Bienvenido, señor Cooper.

—Pablo, madre. Llámeme Pablo. —Se giró para mirarme. Todavía no se relajaba por completo.

—Adelante, Pablo. Ésta es tu casa.

Pablo estaba nervioso, pude notarlo. O tal vez no eran nervios, pero definitivamente se veía que no estaba en su ambiente natural.

La madre Teresa nos invitó a dar un recorrido por las instalaciones. Visitamos los salones de clases, la biblioteca, la enfermería, las habitaciones de los niños y terminamos en el comedor.

—Me imagino que te quedas a comer con nosotros —dijo la madre Teresa.

Para ese momento Pablo ya estaba más cómodo y, con una sonrisa, aceptó la invitación.

—Tengo que decírselo, madre: el trabajo que hacen aquí es maravilloso. Deberían traer a todos los posibles benefactores a que conozcan de primera mano este lugar. Estoy seguro de que doblarían el volumen de sus ingresos en menos tiempo de lo que se imaginan. No quiero decir que Lily y Joanna no hagan bien su trabajo —Pablo sonrió—, pero creo que batallarían menos en conseguir capital para sostener algo tan noble.

—Lo que pasa es que no todos los que nos apoyan lo hacen con esa intención —le dije.

—¿Cómo? —Pareció sorprenderse—. ¿Entonces por qué lo harían?

—La mayoría lo hace para obtener beneficios fiscales. Tú sabes cómo es la situación económica e incluso política de las empresas en Europa. Los que no nos ayudan por eso, lo hacen para obtener otros beneficios. Son pocos los que en realidad tienen el espíritu de apoyar.

—Nunca lo habría imaginado.

—Aunque nosotras no le ponemos un solo *pero* a sus intenciones —rio la madre Teresa—. Mientras eso los lleve a enviarnos un cheque anualmente.

Pablo no se aguantó la risa.

Apenas habíamos acabado de comer cuando al comedor entró una fila de niños que pronto se acomodó frente a la mesa del invitado. Pablo se sonrojó de inmediato cuando se enteró de qué estaba pasando.

—Le aseguro que no es necesario, madre Teresa.

—No lo hacemos por necesidad, lo hacemos por agradecimiento.

Entonces los pequeñitos comenzaron a cantar "*Heal The World*", de Michael Jackson. Durante la interpretación estuve mirando a Pablo para ver su reacción. Se le notaba emocionado, con una sonrisa que no podía esconder. Yo me movía al ritmo de la música, como si fuera uno de los mismos niños que cantaban. Al final, cuando los pequeños se despidieron, uno de ellos se acercó a Pablo y le estrechó la mano. No dijo nada, sólo se despidió y se marchó con el resto de sus compañeros.

—Eso último no estaba planeado —dijo la madre Teresa.

Pablo permaneció en silencio durante unos segundos.

—¿Cómo se llama?

—Max —contestó ella.

—¿Cómo llegó aquí?

—Max es un niño muy especial. Llegó con nosotros cuando tenía apenas tres años y medio. Vino con la mandíbula rota a causa del abuso que recibía de su papá. Es el más pequeño de tres hermanos y el único que pudimos rescatar.

—¿Qué pasó con los demás?

—El padre se desapareció y se los llevó consigo. Le perdimos completamente la pista.

Pablo clavó la mirada en el suelo, como tratando de asimilar lo que acababa de escuchar.

—¿Cómo puede ser que...?

—¿Que exista tanta maldad en una persona? —Terminé lo que él iba a decir—. Lo mismo me pregunto yo todos los días.

—A veces no es maldad sino ignorancia —intervino la madre Teresa—. No sabemos qué clase de vida tuvo el papá, por eso no podemos juzgarlo. Lo único que podemos hacer es estar allí para los pequeñitos.

Se hizo un silencio durante unos segundos.

—Bueno, pues si ya estás listo, ahora sí podemos ir al partido de futbol que te prometí —le dije, tratando de que olvidara esa triste historia.

—Pensé que ya se te había olvidado. —Pablo se limpió discretamente una lágrima que empezaba a asomar.

—Para nada, si es la actividad más importante del día.

Hicimos equipos de seis contra seis. Pablo y yo estábamos en equipos opuestos.

—Tengo que confesarte algo. —Me miró desde el otro lado del patio—. No soy muy bueno para el futbol.

—No creas que por eso me voy a dejar ganar.

El partido estuvo reñido, con resultado de seis a cuatro. Pablo resultó no tan malo como pensé, aunque aún me queda la duda de si alguno de sus tropiezos fue a propósito para hacer que los niños se divirtieran.

—Si hubiera sabido que nosotros íbamos a jugar, me hubiera traído al menos un cambio de playera —me dijo mientras sacudía su camisa empapada de sudor y caminaba hacia mí.

—A dos metros de distancia, por favor —comenté, bromeando.

—Sólo quiero agradecerte todas tus atenciones —contestó, y continuó acercándose.

Cuando extendió los brazos me di cuenta de sus negras intenciones y comencé a correr por mi vida.

—¡Voy a gritar!

Del otro lado del patio, la madre Teresa nos miraba atentamente, con una sonrisa que ocupaba todo su rostro.

De pronto Pablo se detuvo en seco, mirando por encima de mis hombros.

—¿Qué es ese lugar? —preguntó.

—Estás muy mal de la cabeza si crees que voy a caer tan fácil.

—No, lo digo en serio. ¿Qué es ese lugar? —Señaló a mis espaldas.

Entonces supe que se refería al pasillo que desemboca en las escaleras que llevan hacia los dormitorios del personal de la casa hogar. Es un área que está alejada del resto de las instalaciones y que seguramente llama la atención porque está muy vieja, es la única parte que no se modernizó en la última renovación. Tiene un aire de edificio tétrico.

Pensé en la explicación durante un segundo antes de contestar, pero justo cuando iba a hacerlo, la madre Teresa nos interrumpió para preguntarnos si queríamos merendar.

—Yo todavía me siento satisfecho con la comida, madre. —Pablo se acarició el estómago. Luego miró su reloj—. Además, creo que ya la he molestado lo suficiente. Lily, ¿me acompañas?

Pablo se despidió de la madre Teresa y yo lo acompañé hasta la puerta.

—Qué te puedo decir —me dijo cuando llegamos hasta su coche—. No me lo esperaba.

—¿Qué?

—Cuando me invitaste... no me esperaba algo así.

—Ojalá lo digas como algo bueno. —Me encogí de hombros.

—No fue bueno, fue increíble. Conocer lo que haces, ver a todos esos niños y saber por lo que pasan. Jamás en la vida me hubiera imaginado que un niño como Max atravesara por algo tan trágico. Me rompe el corazón que existan estas situaciones. Me escucho a mí mismo y siento que mis palabras son vacías y que vivo en una burbuja que no tiene nada que ver con la realidad.

—No puedes culparte por tener una vida como la que tienes. Pero lo que sí puedes hacer es usar tu estatus privilegiado para ayudar a los más desafortunados.

11

PABLO

Nos quedamos un rato más conversando en mi coche. Después de conocer ese lado de ella, comencé a verla con otros ojos. Sus palabras se me quedaron grabadas en la mente y jamás las olvidaré. Me causó mucha impresión conocer su mundo, y me dio curiosidad saber qué es lo que lleva a alguien tan joven a dedicar su vida a ayudar a los demás. Seguramente no cualquiera tiene la capacidad de hacerlo.

Quedé con ella en hablar el fin de semana para ver si hacíamos algo juntos. Me contestó con un "ya veremos", cosa que me causó gracia, me lo dijo en tono juguetón. No podía hacerme el tonto, Lily comenzaba a gustarme más de lo que pensé. De pronto me di cuenta de que no me la podía sacar de la cabeza, que todos mis pensamientos giraban alrededor de ella. Si en clase de Matemáticas hablaban de raíces y ecuaciones, yo no entendía ni siquiera la mitad por estar distraído y deseando verla. Lo sé, no hay momento más cursi en el mundo que cuando recién te das cuenta de que estás enamorado. Además, es una cursilería que pasa desapercibida para la persona que carga con ella. Para los que están a su alrededor, es lo más evidente del mundo.

—Llevas más de diez minutos en la misma posición. Te estuve observando a ver si parpadeabas, pero ni eso —me dijo Jesse—. Pareces estatua de museo. Te preguntaría en qué estás pensando, pero es demasiado obvio.

Me aclaré la garganta y me acomodé en mi lugar. Tomé mi vaso casi lleno de cerveza y traté de disimular que el partido me interesaba más que Lily.

—Te trae bastante mal esa chica.

—No sé de qué me hablas, Jay.

El grito de gol en la tribuna interrumpió nuestra conversación y, por suerte, ya no la retomamos durante el resto del partido. Luego Jesse y yo nos quedamos en el palco hasta después de que toda la gente abandonó el lugar. No era la primera vez que eso sucedía: en distintas ocasiones Jesse y yo hemos utilizado ese palco y la soledad de un estadio entero vacío para conversar sobre temas trascendentales para nosotros. El estadio ha sido nuestro lugar especial desde siempre, y más porque el personal de mantenimiento nos hace el favor de no apagar las luces que iluminan la cancha directamente, cosa que resulta en una vista espectacular que cualquier fanático de nuestro equipo moriría por presenciar. Es de gran ayuda que papá sea uno de los accionistas.

—¿Ana ya lo sabe?

—No.

—Me imagino que piensas decírselo.

—Lo he estado pensando.

—No creo que haya mucho que pensar. Estuviste con ella varios años, casi desde niños. Además, ya sabes cómo es y lo que puede suceder si no aclaras las cosas.

Jesse tenía razón: si en mis planes estaba iniciar una relación con Lily primero tenía que hablar con Ana. Ella es muy sentimental y no alertarla de algo así podría afectarle bastante. Así que, incluso cuando no estaba seguro de que Lily sintiera lo mismo por mí, decidí primero hablar con Ana antes de volver a invitar a Lily a salir.

Pero hablar con Ana no sería tan sencillo, eso lo tenía muy claro. No sólo por cómo podía reaccionar ella, sino por los sentimientos encontrados que me inquietaban. Por nada del mundo quería hacerle daño. Decidí seguir uno de los consejos que mi padre le dedicó una vez a uno de sus empleados: "No importa

qué tan grave sea el problema. Si tarde o temprano debes enfrentarlo, será mejor que lo hagas antes que después; de esa manera te evitas el tiempo de preocupación, y mejor te ocupas en lo que tienes que ocuparte".

Esa noche tuve otro sueño. Igual, el bosque y la carretera llena de coches varados. La misma escena del accidente y la ambulancia. Cuando llegué al interior de la ambulancia, me topé con dos figuras cubiertas cada una con una sábana blanca. No lo vi pero, de pronto, escuché el sonido de un coche estrellándose estrepitosamente contra el tronco de un árbol gigante. La explosión me hizo temblar y sentir pánico. En ese instante las dos figuras se acercaron a mí para que yo las protegiera del accidente. Por el ángulo en el que estaba pude alcanzar a ver, por primera vez desde que tengo este sueño, la parte baja del rostro de un pequeño ser.

Me despertó el timbre de llamada de mi teléfono. Para cuando reaccioné y pude enfocar la mirada en la pantalla, el aparato dejó de sonar. Era de Lily. Me moría de ganas de devolverle la llamada, pero decidí no hacerlo hasta haber hablado con Ana y aclarado mi situación. Tenía que ser pronto.

Pasó aquella semana y por una cosa u otra no logré hablar con Ana. Durante ese tiempo recibí un par de llamadas de Lily que no contesté. Como ya no podía dejar pasar más tiempo, decidí visitar a Ana en su departamento. Cuando llegué me recibió Lisa, su compañera, y me dijo que Ana había salido a cenar con un chico. La noticia me dio mucho gusto, pues eso quería decir que Ana por fin había encontrado a alguien y que sus ideas de volver conmigo habían quedado atrás. Cuando regresé a mi coche me la encontré en la calle, mientras bajaba de otro auto.

—¿Pablo? —Me recibió con una sonrisa.

Nos saludamos con un abrazo, como siempre.

—¿Qué haces aquí?

—Vine a buscarte. Te llamé toda la semana, pero no contestaste. Ya veo por qué. —Apunté con la mirada al coche que se alejaba y sonreí.

—Nada que ver, Pablo. —Ana casi suelta la carcajada—. Es Arnold, un amigo del salón. Hicimos un trabajo en grupo y me trajo de regreso a casa, eso es todo.

—¿Podemos hablar?

—Claro. ¿Quieres pasar?

La noté diferente, más alegre de lo normal.

—No quisiera molestar.

—¿Cuándo has molestado? Anda, pasa y nos preparamos un expreso.

Pensé que era una mala idea, pero tampoco podía hablar con ella en plena calle sobre el tema que quería abordar, por eso acepté su invitación. Una vez dentro le pedí que no pusiera la máquina de café, y le advertí que lo que tenía que decirle era algo que no tomaría mucho tiempo. Nos sentamos en el sillón y, antes de que yo dijera nada, me preguntó:

—¿Es ella?

Por un momento no supe qué contestar. Su pregunta me tomó completamente por sorpresa.

—La chica esta... Lily Rose —dijo.

Me quedé sin palabras.

—No te sorprendas tanto, las mujeres nos damos cuenta de estas cosas. ¿Ya sales con ella?

—No quiero hacerlo hasta no hablar contigo.

—¿Vienes a pedirme permiso? —Sonrió.

Bajé la mirada. De pronto me sentí avergonzado, como si estuviese haciendo algo malo. Al mismo tiempo me sorprendió ver que Ana se lo estaba tomando bastante bien, que irradiaba confianza al hablar, como si supiera algo que yo no.

—Pablo, tú sabes que yo te quiero mucho. Lo que quiero es que seas feliz. Me encantaría ser yo la que provocara en ti ese sentimiento, pero si no es posible y debe ser alguien más, entonces que así sea.

La tomé de la mano.

—Lo último que quiero es hacerte sentir mal. Ojalá puedas encontrar a alguien que te quiera como te mereces. Alguien mejor que yo. Alguien que...

—Pablo, no tienes que sentir pena por mí.

—Ana, yo... no lo quise decir así.

Ana apretó mi mano y con eso supe que debía dejar de hablar.

Cuando abandoné el departamento, ella estaba tranquila. No la había tomado por sorpresa, y creo que ambos nos sentíamos mejor dejando poco a

poco lo que había sido una relación de muchos años. Yo tenía esperanza de comenzar algo nuevo, y no quería seguir dejando pasar el tiempo.

Había dejado de recibir llamadas de Lily días atrás. Estaba esperando que volviera a llamar para contestarle y, ahora sí, explicarle mis sentimientos. El problema fue que Lily no volvió a buscarme.

Dejé pasar una semana, mi idea era darle su tiempo y espacio.

Nada sucedió.

No sé por qué permití que transcurriera tanto tiempo, si lo más fácil era levantar el teléfono y hacer yo la llamada. Con lo fácil que sería que las personas nos dejáramos de rodeos e hiciéramos y dijéramos las cosas que sentimos en el momento. Me refiero a cuando sentimos atracción por alguien y aceptamos el juego de dejar el asunto a la interpretación. Todo sería más sencillo si fuéramos directos y habláramos sin restricciones o sin estrategias.

Cuando al fin le marqué me respondió su buzón de voz. Le mandé un mensaje de texto y tampoco hubo respuesta. También le mandé un mensaje por Facebook, uno que a los dos días todavía estaba marcado como no leído.

Así pasó otra semana.

Entre semana la fui a buscar a su salón de clases y tampoco la encontré.

—Pablo, ya no le hables, ya no la busques. Si no te contesta, ella se lo pierde —me dijo Jesse.

¿Por qué será que es tan fácil aconsejar a alguien en materias del corazón cuando no se está experimentando el sentimiento?

—Mejor regresa con Ana —me sugirió mi amigo.

—Ana y yo ya hablamos. No vamos a regresar. Creo que por fin se lo tomó con calma.

Entonces me acordé de que Jesse tenía el teléfono de la mejor amiga: Sophie.

—No deberías, te vas a ver muy mal si le hablas.

—¿Me voy a ver mal con quién?

—Pues con... con... no sé, pero te vas a ver mal.

Al final lo convencí de que me diera el número de teléfono de Sophie. El problema fue que ya con su número registrado y a punto de marcar, me

arrepentí. Sin duda, las palabras de Jesse influyeron en mi decisión, así que continuaría dándole espacio a Lily Rose.

Al día siguiente me salí quince minutos antes de la clase previa al primer descanso para esperar a Lily fuera de su salón.

—Hola. —La intercepté tan pronto cruzó la puerta.

Me miró a los ojos por medio segundo y luego rompió el contacto.

—Hola —dijo fría, y continuó su camino.

—¿Cómo estás? —insistí.

—Bien, gracias. —No dejó de caminar.

—¿Hice algo malo?—Me crucé en su camino para forzarla a detenerse.

—No.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué?

—¿Por qué no me contestas las llamadas? Te mandé mensajes también, y nada. ¿Qué pasó?

Entonces me clavó la mirada, y yo sentí como si me hubieran atravesado dos lanzas.

—Pablo, discúlpame si te hice pensar que entre tú y yo había algo más que una relación laboral, pero...

—¿Relación laboral? —la interrumpí.

—Sí. Y eso es todo lo que puede haber entre nosotros. Lo siento mucho si pensaste otra cosa.

—¿Por qué me estás diciendo esto?

—Porque es la verdad. No puedo involucrarme con ninguna persona que participe de manera directa o indirecta en la fundación.

—¿Está escrito en el reglamento? —lo dije con la intención de sacarle una sonrisa, pero fracasé.

—No. Lo dice el sentido común. No es correcto, se presta a malas interpretaciones.

—No te imaginé como una chica a la que le importe lo que los demás piensen de ella.

La hice recapacitar por un segundo. Luego me di cuenta de que eso iba a disgustarla.

—No se trata de lo que los demás piensen, se trata de lo que yo creo. Lo siento, Pablo. Te respeto mucho y estoy agradecida por todo lo que has contribuido con la fundación, pero no quiero que pienses que por eso puede pasar algo entre nosotros.

—¿Por qué me dices esto ahora?

—Te llamé en un par de ocasiones, pero nunca contestaste. Mi intención era hablar contigo en ese entonces, no quería que pasara más tiempo.

—¿Entonces la invitación a conocer la casa hogar...?

—Fue sólo eso, una invitación para que conocieras nuestro mundo. Es muy distinto al tuyo.

Noté algo en su mirada, una gran tristeza. Era como si lo que me estaba diciendo no coincidiera con lo que sentía realmente. Además, siendo sincero, de ninguna manera me lo esperaba. No después de aquel día en la casa hogar.

12

LILY ROSE

—¿Por qué hiciste eso? —me preguntó Sophie cuando le conté mi conversación con Pablo.

—Porque tenía que arreglar lo que no debí haber descompuesto.

—¿De qué hablas?

—Olvídalo, no lo vas a entender.

—Menos voy a entender si no me lo explicas, Ly. ¿Somos amigas, no? Si no te molesta, me gustaría saber qué pasa por esa cabeza.

Lo que me dijo me hizo reflexionar.

—¿Para qué iniciar algo que sólo puede terminar mal? Entre Pablo Cooper y yo no hay absolutamente nada en común. Crecimos y vivimos en mundos completamente distintos, aunque vayamos al mismo colegio. Siempre será mejor ser realista que ingenuo.

Sophie me miró como si no hubiera entendido mis palabras, como si hubieran sido una serie de frases irracionales.

Llegué a la fundación después de clases, como todos los días. Esta vez me recibió Joanna en el *lobby* del edificio y me pidió unos minutos para conversar.

Ya en su oficina me lo dijo de una vez y sin rodeos, sin preguntar o darme el beneficio de la duda.

—Ha llegado a ser de mi conocimiento que estás comportándote de manera inapropiada con uno de nuestros bienhechores.

—¿Perdón? —pregunté muy asombrada.

—Pablo Cooper.

—Joanna, yo...

No me dio tiempo de defenderme.

—Tú sabes que eso es algo que de ninguna manera se puede permitir.

—Claro que lo sé. Por eso...

—Representa un conflicto de interés muy grande, y puede afectar sobremanera nuestra imagen con los demás benefactores.

—Joanna, todo eso me queda claro. Lo que quiero...

—El caso llegó hasta los miembros del concejo.

—¿Cómo? —Sentí que se me paralizaba la sangre, mis manos quedaron frías del susto.

—Y acordaron que se deben tomar medidas inmediatas para evitar cualquier posibilidad de que esto nos afecte.

—Joanna, ¿de qué estás hablando?

—La sugerencia fue nombrar, al menos temporalmente, a otra coordinadora de relaciones públicas.

—Ni siquiera me has dado tiempo de hablar, Joanna. No has escuchado lo que tengo que decir.

—No lo necesito. Te conozco muy bien, por eso mismo les dije que me parecía una decisión muy precipitada y les pedí que me dejaran solucionarlo. Tuve que prometerles que no iba a presentarse ningún inconveniente en el futuro, que cualquier cosa que imaginaban no sucedería.

—Tú sabes que yo sería incapaz de hacer algo que perjudicara a Beautysoul. Entre Pablo Cooper y yo no hay ninguna relación más que la profesional. Honestamente, no entiendo el motivo de estas acusaciones sin fundamento.

—¿Pablo y tú no van al mismo colegio?

—Sí.

—¿No fue contigo a visitar la casa hogar hace un par de semanas?

—Sí, pero como cualquier otro benefactor. Eso no quiere decir que esté pasando algo.

Joanna permaneció en silencio durante unos segundos, reflexionando.

—Por favor, Joanna, sabes que la fundación es mi vida. Podré ser joven, pero no soy ninguna niña, y sé perfectamente que debo comportarme a la altura de las circunstancias.

Ella continuó en silencio, meditando mis palabras.

—Yo lo sé de sobra, Lily, por eso las acusaciones me tomaron completamente por sorpresa.

—¿Acusaciones? —Carraspeé. No imaginé que el asunto llegara tan lejos.

—Sí. Fueron a través de otro de nuestros benefactores. Podrás entender la seriedad con la que las recibí.

—¿Quién...? ¿Cómo...?

—No te puedo descubrir el nombre de la persona porque sería ir en contra de su deseo, sólo puedo manifestar que fue muy claro al decirme que la situación representaba un problema serio para él y podía afectar su decisión de seguir apoyándonos. Lo peor que nos puede pasar es que su opinión influya en los demás benefactores.

Casi se me salen las lágrimas. Por un segundo imaginé todo lo que mis acciones podían afectar a la fundación y el tiempo que llevaba en ella. Comencé a sentir que me faltaba el aire.

—Yo no sé qué esté pasando, sólo sé que tienes que hacer algo para terminarlo. Por favor, entiende que, al menos por ahora, debes ser muy discreta y cuidadosa en tu vida personal —me dijo.

—Gracias, Joanna —contesté cabizbaja.

Joanna siempre ha sido recta e inquebrantable. En esta ocasión se le notaba que de verdad le afectaba lo que estaba sucediendo.

A mí se me cayó el mundo.

Pude aguantar hasta que regresé a mi coche, donde se me encogió el pecho y la sensación de cosquilleo en los brazos se volvió insoportable. No me quedó más que llorar, necesitaba desahogar la frustración que sentía. Momentos

después pude controlar el ataque de pánico, pero el sentimiento de vacío me duró mucho más tiempo.

Pasé el resto de la tarde recostada en mi cama, con la mirada fija en el techo, dándole vueltas a la situación. Quería hablar con Pablo para ver si él sabía algo, pero me daba miedo que eso sólo empeorara todo. Por más que reflexioné sobre lo que pudo haber sucedido no logré llegar a una conclusión. Nada de esto tenía sentido.

Necesitaba hablar con alguien que pudiera ver las cosas desde una perspectiva distinta, y que fuera lo suficientemente inteligente como para dar un buen consejo. Por eso fui con la madre Teresa. En ella confío más que en mí misma, siempre ha sido una verdadera madre para mí. Además, no conozco a nadie más objetiva. Sus palabras siempre me han traído paz y tranquilidad en los peores momentos de crisis.

Su consejo fue claro y sencillo, tal como me lo imaginé. Hablando de mi trabajo en la fundación, me dijo que de momento no podía hacer nada más que esperar a que todo se aclarara.

—Estos asuntos son muy delicados, sobre todo tratándose de ese tipo de gente. Joanna es una mujer muy prudente, sin duda alguna, no dejará que las cosas se salgan de control.

—¿Pero qué pasa si esto no se aclara? —le pregunté.

—Si hay algo cierto en esta vida, hija, es que tarde o temprano la verdad siempre sale a la luz.

La madre Teresa tiene un don para hacerte sentir mejor.

—Pero eso es lo de menos, Lily. Si yo fuera tú, estaría pensando en aquello que es más importante en esta situación.

—¿A qué se refiere, madre?

La madre Teresa sonrió.

—La pregunta que te debes hacer a ti misma es: ¿qué pasa contigo y Pablo?

Para nada me esperaba esa pregunta, y menos de la madre Teresa.

—Y si no pasa nada —continuó—, ¿te gustaría que pasara?

Yo me puse más roja que una fresa.

—¿Por qué lo pregunta, madre?

—Porque todo el tiempo que estuvieron jugando futbol en el patio te vi la cara. Parecías una niña de cinco años deslizándose por un tobogán. No hay nada más evidente que el rostro de una persona cuando está viviendo momentos felices.

—No, madre, se equivoca. Entre Pablo y yo no puede haber nada.

—Yo ya estoy vieja, y en mi vida me he equivocado un millón de veces pero ésta no es una de ellas, hija.

Me dejó sin contestación.

—Pero lo que me llamó más la atención de ese día es que él, Pablo, tenía la misma cara que tú.

—¿De verdad? —Las palabras me salieron sin pensarlo. La madre carcajeó.

—Ay, mi niña. —Me cogió de la mano—. Lo que tienes que hacer es hablar con ese muchachito y explicarle lo que sucedió. De esa manera evitarás que la noticia le llegue por otro lado y se vuelva un inconveniente.

Agradecí las palabras de la madre Teresa y esa noche regresé a la cama pensando en ellas. Tenía razón: hablar con Pablo era un paso lógico para evitar más problemas. Además, tal vez él sabía algo de quién o por qué se había corrido ese rumor.

No pretendía discutir el punto por teléfono, así que le mandé un mensaje de texto para pedirle que nos viéramos al día siguiente durante el primer descanso, en la parte de arriba de las escaleras del colegio.

—¿Cómo estás? —Escuché su voz a mis espaldas. Giré y me encontré de golpe con sus ojos. El sol pegaba justo en ellos, lo que los hacía lucir casi como si fueran de otro color.

—Gracias por aceptar verme —le dije—. Tengo algo que decirte.

Me miraba con atención mientras le hablaba acerca del rumor y lo sucedido con Joanna y la fundación.

—Lo siento mucho, Lily. Mi intención jamás fue crearte problemas.

—No te preocupes, eso lo sé.

—¿Sabes quién fue la persona que habló con Joanna?

—No, y no me lo quiso decir.

—Si hay algo que yo pueda hacer para ayudarte...

Entonces recordé las palabras de la madre Teresa cuando mencionó nuestras caras de niños al jugar futbol.

—Puedo hablar con la directora —continuó—. Puedo explicarle que sólo son habladurías y no hay nada de verdad en ellas.

—Prefiero mantenerlo así, no me gustaría que el escándalo se hiciera más grande. Estoy segura de que todo se va a aclarar pronto.

Pablo estuvo de acuerdo conmigo y aceptó no decir nada.

—¿Sabes quién pudo haber sido? —No me aguanté las ganas de preguntarle.

—¿Quién pudo haber sido? —repitió mi pregunta, como analizándola.

—Me refiero a quién fue la persona que habló con la directora.

Pablo reflexionó durante unos segundos y luego se encogió de hombros, rendido.

—No tengo la menor idea.

Lo que siguió fue un silencio incómodo, de esos que aunque son breves se sienten eternos.

—Debes haberla pasado muy mal —me dijo.

—En un principio sí, mucho. Si no es porque conversé a tiempo con la madre Teresa, hubiera terminado en el valle.

—¿En el valle? —Pablo frunció el ceño.

—El valle es el lugar a donde voy cuando quiero alejarme de toda realidad y estar yo sola en el mundo. Es un espacio de bosque que está rumbo a la carretera nacional.

—¿Y por qué allí? —Pablo seguía con el ceño fruncido—. ¿Por qué no cualquier otro lugar?

—Porque es el mismo lugar que visito desde que tengo memoria, me transmite mucha paz. Allí parece que los árboles enormes me acogen entre sus ramas y me siento segura. Es como si todo alrededor desapareciera, incluyendo mis tormentos.

—Eres afortunada por tener un lugar así.

—Tengo mucho tiempo de no ir. A veces lo visito en sueños.

—Eso es algo bueno, ¿no? Me refiero a que si no has ido a ese lugar en todo este tiempo es porque no has tenido la necesidad de hacerlo.

—Tal vez.

El timbre que marcaba el regreso a clases interrumpió nuestra conversación.

13

PABLO

Antes de despedirnos logré que me prometiera que me mantendría al tanto de cualquier novedad. El rumor que le llegó a la directora sobre nosotros dos me tenía sin cuidado, lo que sí me dejó preocupado fue el hecho de que la afectara en su trabajo. Sentía mucha impotencia al saber que no podía hacer nada al respecto, sobre todo porque así me lo había pedido ella.

A la hora de la salida, en el estacionamiento del colegio, Ana me alcanzó para pedirme que la llevara a su departamento porque esa mañana había dejado su coche en el taller. En el camino me contó que estaba pensando seriamente en solicitar una plaza en la escuela de artes.

—Me estuve informando y resulta que todavía hay tiempo de inscribirme para iniciar el próximo año, pero tendría que cambiarme de inmediato para hacer un curso introductorio.

—¿Y qué es lo que te hace dudar?

—No lo sé. Tal vez lo veo muy apresurado.

—Si yo encontrara algo que me apasionara tanto como a ti la pintura, no dudaría ni dos segundos en tomar la decisión. Mi problema es que no puedo ni siquiera decidir qué es lo que voy a estudiar una vez que pase a nivel profesional.

—¿A ti te gustaría que me fuera, verdad?—me dijo de repente.

—¿Por qué me dices eso?

—Porque me insistes demasiado.

—Ana, si lo hago es porque quiero verte feliz. Yo sé lo que te provoca la pintura. Has pasado mucho tiempo prestando atención a cosas del pasado, es hora de que mires hacia tu futuro, que parece ser muy bueno.

—Eso, o te gustaría que desapareciera de tu vida de una vez.

Sentí como si sus palabras me hubieran golpeado con un martillo.

—Creí que ya habíamos... Tú sabes que eso no es cierto.

Ana bajó la mirada.

—Lo siento, Pablo. No quise decirlo así.

Tal vez no quiso expresarlo de esa manera, pero la intención sí le salió del alma, de eso no había duda. Ana siempre ha sido muy directa, es del tipo de persona que no se anda con rodeos a la hora de decir lo que siente. No pude evitar sentirme culpable por hacerla pasar un mal momento.

—No entiendo por qué me dices eso, Ana.

Ana me miró directamente a los ojos y permaneció así por unos instantes. No parpadeó en ningún momento. Luego, después de varios segundos incómodos, me lo soltó:

—¿Estás feliz con Lily Rose?

—Entre ella y yo no ha pasado nada —le dije.

—¿Y por qué te estás tardando?

Su insistencia me sorprendió.

—Por qué no mejor cambiamos de tema —respondí.

Casi como si lo hubiera coordinado, justo en ese instante llegamos frente al departamento. Ana no contestó a mi petición y sólo bajó del coche. Una vez afuera, se asomó por la ventana.

—Tal vez deberías pensar bien las cosas. Dices que tu problema es que no sabes lo que quieres. Yo creo que, en realidad, tu problema es que no miras en la dirección correcta para darte cuenta.

Ana dio la media vuelta y se marchó.

Sus palabras me retumbaron en la cabeza. Justo antes de llegar al semáforo en la esquina, giré hacia la izquierda en lugar de a la derecha. Ya no me dirigía a casa, eso estaba claro. Luego marqué por teléfono.

—Necesito hablar contigo —le dije.

—¿Ahora?

—Sí. Es importante. ¿Dónde puedo verte?

Atendió la puerta don Emilio, del personal de intendencia.

—Busco a Lily Rose.

—Un momento —respondió.

Lily salió minutos después.

—¿Qué pasa, Pablo? ¿Todo bien? Me preocupó tu llamada.

Le ofrecí la mano.

—Ven conmigo.

Lily frunció el ceño, contrariada.

—Por favor —insistí.

—¿A dónde vamos?

—Ven conmigo, Lily, te aseguro que no es nada peligroso o que pueda provocarte más problemas. Es sólo que quiero hablar contigo y aquí no es el lugar, necesitamos otro espacio. Por favor.

Ella asintió y subió al auto. Puse un poco de música para distraernos, aunque constantemente preguntaba si ya estábamos cerca o hacia dónde nos dirigíamos. No estaba molesta, de otro modo no hubiera subido conmigo. Por fin llegamos al estacionamiento del hangar.

Hice una llamada y el encargado salió para recibir y resguardar mi coche y llevarnos dentro. Lily iba a mi lado, pero muy sorprendida de estar ahí. Dentro del hangar nos esperaba el helicóptero de la familia, preparado ya para emprender el vuelo.

—Pablo, tienes que explicarme lo que hacemos aquí —me dijo tajante.

—Por favor, ven conmigo.

—No pienso subirme a esa cosa. —Dio un paso hacia atrás.

—¿Tienes miedo?

—Claro que no.

—No te pasa nada. Los helicópteros son muy seguros.

—No es eso. Es que no le veo sentido a que estemos aquí, así tan de repente.

—Por favor —volví a decirle y la miré a los ojos.

Aceptó a regañadientes. Despegamos lentamente y comenzamos a sobrevolar el helipuerto.

—¿Ya me puedes decir a dónde vamos?

Las luces de la ciudad comenzaban a encenderse mientras el sol se escondía entre las montañas, creando una especie de cama de luces hasta donde nos alcanzaba la vista. El helicóptero sobrevoló la ciudad y se mantuvo estático justo en el centro de la metrópoli.

—A veces vengo aquí cuando necesito un tiempo para mí.

Me miró, y casi se le escapa una sonrisa.

—¿Se supone que debo impresionarme con un paseo en helicóptero? ¿O por el hecho de que, en lugar de sentarte en tu habitación a pensar en tus problemas, lo haces desde las alturas?

—No. No pienses que esto es un asunto de presunción.

—¿Entonces?

—Lo que quiero es que veas las cosas desde otra perspectiva. Desde aquí los problemas no parecen tan importantes.

Lily se giró hacia la ventana y permaneció admirando la vista por unos segundos. No podía negar que estar ahí era algo impresionante. Entonces se le escapó una sonrisa que le duró sólo unos instantes.

—Tus problemas son muy distintos a los míos, Pablo.

—Lo sé. Pero no por eso los míos dejan de ser problemas.

Lily volvió su mirada de nuevo hacia la ventana.

—Tú me juzgas porque pertenezco a un mundo muy diferente al tuyo sin darte cuenta de que, en realidad, tenemos más en común de lo que te imaginas.

—Pertenecemos a mundos distintos, Pablo, es un hecho.

—Lo único que quiero es que me des una oportunidad de demostrarte que no somos tan diferentes. Estoy seguro de que, igual que yo, sientes algo que te remueve el estómago cuando estás conmigo. Eso no se encuentra todos los días, y sería tonto ignorarlo.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que yo me siento así? —Me clavó la mirada—. Apenas me conoces. No sabes nada de mí ni de mi pasado. No tienes idea de cómo soy cuando estoy sola, ni de mis gustos o costumbres.

—Tal vez no, pero lo que sí sé con toda seguridad es que me muero de ganas por conocer eso y más de ti, de una manera que nunca me había ocurrido con nadie.

—Las cosas no son tan sencillas, Pablo.

—¿Por qué no? Siempre he pensado que somos nosotros mismos los que nos complicamos la vida. Tan sencillo sería tener un sueño y perseguirlo hasta alcanzarlo. Tan fácil sería ir tras lo que nos hace felices.

—Precisamente eso es lo que nos hace tan diferentes a ti y a mí. Para ti todo es fácil, siempre lo ha sido. Nunca te ha faltado nada, siempre has tenido lo que quieres.

—Eso no es cierto.

—Claro que lo es. Míranos, estamos sobrevolando la ciudad en un helicóptero. ¿Cuántas personas pueden decir lo mismo en este momento?

—Si mis sueños se limitaran a volar sobre la ciudad, entonces te daría la razón. Pero eso no es así.

—Cuéntame cuáles son tus sueños —me dijo.

Me incliné hacia ella y besé sus labios. Cerré mis ojos y permanecí en un estado de trance por unos instantes. Entonces se me aflojaron las piernas cuando sentí cómo sus labios besaron los míos de regreso.

—Si me dices que no sentiste lo mismo que yo, entonces...

No me dejó terminar, ahora fue ella la que se inclinó y me interrumpió con un beso. Esta vez nuestros labios permanecieron juntos por mucho más tiempo.

—¿Ves cómo las cosas no tienen que ser tan difíciles? —le dije, todavía flotando sobre mi asiento.

—Sí lo son. Porque aunque haya sucedido esto, la realidad es que no puede pasar nada entre nosotros. No cuando mi trabajo en la fundación está en riesgo. Beautysoul es mi vida. La casa hogar es mi mundo, y no puedo poner eso en peligro, por más que mis instintos me digan lo contrario.

—Si me dejas, yo puedo solucionar ese problema.

—¿Cómo?

—Hablando con Joanna.

—Hablar con ella sólo empeoraría las cosas.

—¿Confías en mí?

—Sí.

—Entonces déjame hacerlo.

Lily lo pensó un momento y luego me tomó de la mano.

—No. Si alguien debe hablar con Joanna soy yo.

—¿Estás segura?

—Es la única manera.

Hice una señal al piloto, y continuamos nuestro vuelo sobre la ciudad. Un par de horas después, ya de vuelta en el coche, la llevé de regreso a la casa hogar. Allí nos despedimos con otro beso.

—Me puedo acostumbrar a esto. —Reí.

—Pues no te acostumbres tanto. Primero debo hablar con Joanna. Tengo que aclarar las cosas con ella antes que nada.

—Lo entiendo, no te preocupes. Prometo no volver a hacerlo.

Lily se paró de puntitas (soy más alto que ella por casi diez centímetros) y me besó de nuevo.

—Yo no prometo nada.

Manejé de regreso a casa con una sonrisa de oreja a oreja. Sabes que estás en problemas cuando te ataca ese sentimiento en la boca del estómago, como cuando estás nervioso antes de un examen. Repetí una y otra vez en mi cabeza el momento de nuestro primer beso, y me imaginé lo trágico que sería no volverlo a experimentar. Lily se había apoderado completamente de mis pensamientos.

14

LILY ROSE

Tenía que hablar con Joanna. Aunque sentía la necesidad de hacerlo lo antes posible, sabía que lo inteligente era encontrar el momento adecuado. Mientras tanto, Pablo y yo no nos dejamos de ver, no después de lo que aquel primer beso me hizo sentir. De pronto mi mundo comenzó a girar a su alrededor, y la vida se volvió mucho más sencilla.

Sabes que encontraste algo increíblemente especial cuando hasta los más pequeños detalles de tu vida empiezan a cambiar. Te levantas de mejor humor y con unas ganas incontenibles de iniciar el día. Sonríes más de la cuenta, y parece que vas flotando a medio centímetro del suelo. Sophie, por supuesto, fue la primera en notarlo y cuestionarme al respecto. Tuvo que esperarse para conocer los detalles hasta el primer descanso, cuando fuimos a la cafetería. Apenas estaba por comenzar a contarle cuando llegó Pablo y se sentó con nosotras.

—¿De qué hablan?

A las dos se nos escapó una ligera carcajada.

De pronto se volvió normal tenerlo a mi lado, como si toda la vida hubiese estado allí, y lo extraño fuera que no estuviera. Pablo me tomó de la mano y

me dio un apretón. Sophie se dio cuenta inmediatamente, aun cuando Pablo lo hizo por debajo de la mesa.

—¿Algo que me quieran contar? —Sophie sonrió—. Oigan, pero no entiendo, ¿que no se supone que esto causaba problemas para Lily en la fundación?

—Por eso tenemos que mantenerlo en secreto. Al menos hasta que yo hable con Joanna y aclare las cosas —le dije.

—Ya entiendo. Pues felicidades a los dos, bastante se tardaron en darse cuenta de lo obvio.

—¿Lo obvio?

—Desde que los vi juntos por primera vez, cuando fue la fiesta de inicio del curso, ya se veía que estaban hechos el uno para el otro.

Pablo sonrió.

—Lo mismo se puede decir de ti y Jesse.

—Tal vez, pero no hay que apresurar las cosas.

Los tres reímos.

Pablo y yo pasamos toda esa tarde juntos. Aquella noche había partido en el estadio de futbol y me invitó a verlo desde un palco. Jamás había sido fanática del deporte, pero vivirlo de esa manera despertó en mí un gusto que no creí que algún día podría adquirir. Cuando terminó, fuimos con sus amigos a cenar a un restaurante de tapas, a media cuadra de ahí. Nunca había probado algo tan delicioso. Después de eso terminamos en su casa, en una de las áreas de juegos que tenía una pista de boliche. Lo había jugado un par de veces, en alguna ocasión que llevamos a los niños de la casa hogar a que se divirtieran un poco. Él ganó la primera ronda y yo la segunda, dejando la mesa puesta para el desempate.

No fue hasta el día siguiente en la tarde cuando le pedí a Joanna un tiempo para hablar con ella. Me recibió con una cara de pocos amigos, y entonces supe que algo malo había sucedido.

—Creí que fui muy clara cuando hablamos la última vez —me dijo. Yo sentí que se me bajaba la presión—. ¿Qué parte de que tenías que ser discreta en tu vida personal no entendiste?

—Precisamente de eso quería hablar contigo.

—Pues la que tiene que hablar soy yo, y no te va a gustar lo que tengo que decirte. Lo siento, Lily, pero voy a tener que despedirte.

—¿Cómo?

Joanna sacó su teléfono y me lo alcanzó.

—No hay nada que pueda hacer. Esto lo provocaste tú misma.

Tomé el aparato y miré la pantalla que exhibía una fotografía.

—No es la única, puedes adelantar para ver más.

En las imágenes aparecía yo con Pablo el día que fuimos al estadio. En algunas estábamos muy cerca, en otras parecía incluso que él me decía algo al oído o me daba un beso en la mejilla.

—Todo lo que tenías que hacer era guardar distancia.

—¿De dónde sacaste esto? —Experimenté un burbujeo en la boca del estómago y un repentino dolor de cabeza. Me sentí vulnerable, como si el mundo conspirara en mi contra.

—No importa de dónde lo saqué, lo que importa es lo que se ve en esas fotos. No entiendo, Lily Rose, ¿por qué?

Traté de guardar la compostura antes de responder. Sentí que me temblaban ligeramente las manos.

—Porque no he hecho nada malo. Porque no tiene nada que ver una cosa con la otra. Lo que yo haga en mi vida privada es eso, privado. No tiene por qué afectar en mi trabajo.

—Te equivocas, Lily Rose. Y eso ya lo habíamos hablado. En éste, y en todos los trabajos, se requiere seguir las reglas. Quizá tú no veas las implicaciones que esto conlleva, pero la persona que mandó estas fotos, sí.

—¿Quién es esa persona a la que le interesa tanto lo que yo hago en mi tiempo libre? —grité. Fue un acto de desesperación, de ninguna manera con la intención de ofender a Joanna.

Ella bajó la mirada.

—Lo siento mucho, Lily, pero no puedo hacer nada. Voy a tener que pedirte que dejes libre tu oficina.

Me di la media vuelta y salí de su despacho lo más rápido que pude para evitar que la situación pasara a mayores. Me sentía impotente, no por el hecho de que me acababa de despedir, sino por no saber quién o por qué me estaba

haciendo esto. Es horrible sentir que invaden tu intimidad, yo creo que no hay cosa peor que eso.

Dejé mi oficina tal y como estaba, en ese momento no estaba de humor para recoger nada. Inmediatamente le escribí a Pablo y le pedí vernos en algún lugar.

—No entiendo —me dijo cuando me alcanzó en el café a unas cuadras del colegio—. No estábamos haciendo algo prohibido. ¿En qué le afecta a la fundación que tú y yo estemos en una relación?

—Joanna dice que se presta a malas interpretaciones, que podría llegar a parecer que salgo con los benefactores para conseguir dinero.

—O sea...

—Sí, como prostituta.

—Yo no iba a decir eso.

—No hace falta, al parecer eso es lo que piensan.

—Eso es lo más tonto que he escuchado en mucho tiempo.

—Lo mismo digo, pero la persona que tomó las fotos parece que sí lo piensa de ese modo.

—¿Qué podemos hacer?

—No lo sé. Ese trabajo es mi vida. Y lo digo literalmente, Pablo, con él me pago mis estudios y mis compras personales. Todos mis gastos salen de ahí. Sin ese ingreso tendría que abandonar el colegio y buscarme otro trabajo de tiempo completo. Yo no tengo a nadie en quién apoyarme económicamente.

—Me tienes a mí.

—Jamás de los jamases aceptaría dinero de ti, eso lo sabes muy bien.

—Puedo ofrecerte un trabajo en el corporativo.

—¿Y qué trabajo crees que pueda realizar? Si no he acabado ni el colegio. El trabajo en la fundación es algo especial, algo que comencé desde hace tiempo, y he ido creciendo con él hasta tener el puesto que he perdido. Sería imposible encontrar algo igual.

Pablo me abrazó, y yo me dejé envolver por sus brazos. En ese momento sentí que no había otro lugar en el mundo que pudiera brindarme más tranquilidad.

—No te estreses antes de tiempo, Lily. Déjame tratar de averiguar qué está sucediendo. Estoy seguro de que si hablo con Joanna puedo hacerla entrar en razón. Tú no has hecho nada malo, no tienes por qué sentirte culpable.

Las palabras de Pablo hicieron que, al menos durante unos minutos, mis problemas no parecieran tan graves.

—No sé qué voy a hacer —le dije.

—Yo tengo una idea. ¿Te parece si te invito a cenar?

Me lo preguntó de una manera que me hizo pensar que se trataba de algo más que una simple cena. No me equivoqué, poco después nos encontrábamos de nuevo en el hangar de su familia.

—¿Puedo saber a dónde vamos?

Pablo me contestó sólo con una sonrisa.

Esta vez no subimos al helicóptero sino a un jet privado de grandes proporciones.

—No puedo creer que esté haciendo esto —comenté.

Una hora y media después aterrizamos en un pequeño aeropuerto en medio de la nada. Al abrir la puerta del avión, ya nos esperaba un chofer junto a una camioneta negra, listo para llevarnos a donde fuera que Pablo tenía planeado.

Tardamos media hora avanzando por un camino de carretera en medio de unas montañas de gran altura. Supuse que estábamos en la parte de la cordillera del país sin haber salido de él, la frontera opuesta al mar Mediterráneo. Llegamos a un pequeño restaurante, muy modesto: era un lugar adornado con series de luces que le daban un aire romántico.

—¿Ya me puedes decir dónde estamos?

Pablo me explicó que estábamos en un pequeño pueblito, justo en el corazón de las montañas en el extremo de nuestro país, en un lugar que era el secreto mejor guardado de esa zona.

—Nadie sabe que existe. No está abierto al público general.

—¿Y entonces cómo se mantiene?

Cuando pasamos al interior me di cuenta de que sí, era un lugar especial. Conté cuatro mesas, no más. Estaba decorado a detalle, con un estilo clásico que le daba un toque casero. De inmediato se nos acercó un camarero que nos

llevó hasta la única mesa que estaba preparada con servicio para recibir comensales.

—Bienvenido, señor Cooper —dijo el camarero—. Es un placer tenerlo de nuevo por aquí. Ya tenía mucho tiempo que no venía.

—Dos años —respondió Pablo. Luego me presentó—. Ella es Lily Rose. Lily Rose, él es Connor.

—Mucho gusto, señorita.

—Mucho gusto, Connor.

—Connor nos ha atendido desde que tengo memoria, cuando de niño papá me traía aquí.

—El señor Cooper viene muy seguido, es como de la familia.

—Connor, Lily se encuentra un poco triste. ¿Qué nos recomiendas?

—Señorita, la vida es tan corta que no vale la pena caer en tristezas. Nada, absolutamente nada debe tener la capacidad de robarnos la paz. Si le parece, joven Pablo, les prepararemos la especialidad de la casa: costilla de cerdo tierno en jalea de piña.

A Pablo se le iluminó el rostro.

—No sabes lo que había estado esperando este momento.

Pablo tenía razón, aquél era un lugar tan exclusivo que jamás habría de olvidar. Yo creo que no exagero si digo que lo que cenamos esa noche ha sido lo más delicioso que he probado en mi vida. Y no sólo los alimentos se quedarán en mi memoria, sino todo el concepto y el trato que nos brindó Connor: la escena parecía sacada de una película de príncipes y princesas. De pronto mis problemas no parecían problemas, y todo alrededor se conjuntó en armonía para convertir ese momento en algo increíblemente especial.

Regresamos a la ciudad dos horas después, al filo de la medianoche.

—Espero que con esto te haya hecho feliz, y te pudieras distraer lo suficiente como para no pensar en Joanna y la fundación aunque sea por unas horas —me dijo Pablo mientras recogíamos mi coche donde lo había dejado.

No tenía palabras para contestarle y mejor decidí expresarle mis sentimientos con un beso.

—Eso lo voy a tomar como un sí.

Yo asentí.

—Ya es tarde. ¿Te escolto hasta tu casa? Sirve que conozco dónde vives.

—Hoy no quiero llegar a casa —le dije.

—¿Entonces? —me respondió, inocente.

Segundos después, Pablo recapacitó y entendió lo que quise decirle.

No tardamos en llegar a su casa. Entramos por la parte trasera, por un portón que normalmente se utiliza para la casa de huéspedes. Su habitación estaba en un extremo, por lo que nadie podía verlo a la hora de entrar o salir.

Cuando me besó por primera vez, pude sentir que sus manos, que acariciaban mi rostro, temblaban ligeramente. Yo sentí que me robaba el aliento. En un momento ya estábamos recostados en la cama. Se quitó la playera. Yo recorrí sus brazos con mis manos y sentí lo suave de su piel. Comenzó a desabrocharme los botones del vestido y a besar mi pecho. Cuando me acarició la espalda, sentí su reacción.

—¿Qué te pasó? —me preguntó, deslizando sus dedos por la áspera superficie de las cicatrices. En algún punto había olvidado que estaban ahí.

—Un accidente, cuando era pequeña.

Pablo me dio la vuelta ligera y delicadamente y comenzó a inspeccionarlas.

—Ni siquiera lo recuerdo, fue hace tanto tiempo.

Con la yema de sus dedos me acarició la herida, y luego se acercó y las besó.

—Yo también tengo una cicatriz.

—Sí, la de tu muñeca. —Lo tomé de la mano y la acaricié—. ¿Cómo te sucedió?

—Igual, fue hace tanto tiempo que no lo recuerdo del todo. Ésta y la de mi ceja siempre han estado ahí —me dijo.

Nos miramos fijamente por unos instantes y, de pronto, en el mundo sólo estábamos él y yo.

Siempre pensé que cuando llegara este momento sería algo muy especial. No me equivoqué: esa noche hice el amor por primera vez y fue todo lo que me imaginé y mucho más. Pablo fue tan tierno conmigo que no me quedó duda de que juntos experimentamos algo maravilloso. Nunca se lo pregunté, pero podría jurar, por la manera en que acarició mi cuerpo, que él también vivió su primera vez.

Después de lo que hasta ahora puedo considerar el momento más mágico de mi vida, Pablo y yo permanecimos recostados en la cama hablando. Cuando uno encuentra a la persona que le embona a la perfección, la intimidad no sólo se experimenta con el cuerpo, sino también con el alma y la mente. Hablamos de todo y nada, de tonterías y cosas serias. De nuestros miedos y lo que nos hace felices. Miramos a través de la ventana un cielo lleno de vida, jamás lo había visto tan hermoso, esa noche había lluvia de estrellas. La conversación fue tan profunda, que por primera vez desde que tengo memoria le confié a alguien el secreto de los sueños que me atormentan por las noches. Mientras relataba el escenario de mi pesadilla él me miraba con asombro, como si le estuviera describiendo un cuento de terror.

—No puede ser —me dijo—. A mí me pasa lo mismo todas las noches, me atormenta una pesadilla que me obliga a levantarme empapado de sudor. Es en la carretera a un lado de un bosque. Estoy solo, de pie ante una tragedia.

—Nunca pensé que alguien como tú viviera pesadillas de ese tipo.

—¿Alguien como yo?

—Me refiero a alguien que no tiene problemas... que de alguna manera tiene la vida resuelta.

—No sé cómo debo tomar eso.

—Lo siento, no quise decirlo así. Me refería a...

—Entiendo lo que quieres decir, no tienes que justificarlo. Para ti la gente como yo no experimenta los sentimientos de una persona normal.

Me di cuenta de que si no hacía algo la conversación se tornaría desagradable.

—Olvida lo que dije. No pienso así. Si algo he aprendido al conocerte es que los prejuicios pueden ser un completo engaño.

Pablo me miró y me regaló la más bella de las sonrisas.

—Lo único que sé es que soy la persona más feliz por estar aquí contigo.

Acabamos la discusión con un beso.

15

PABLO

Nunca olvidaré esa noche. Sería imposible aunque quisiera. Todavía la revivo una y otra vez en mi mente. Recuerdo cada detalle de su cuerpo, y su mirada en el momento en el que los dos decidimos entregarnos. Ya no he vuelto a ser el mismo.

Lo menos que podía hacer por ella era solucionar su problema con la fundación, así que decidí ir a hablar con Joanna, la directora. Sin embargo, si quería lograr algo tenía que reunir al concejo, por lo que utilicé mi estatus de benefactor para ello. El concejo estaba conformado por cuatro personas, todos empresarios industriales bien conocidos en sus ramos. Todos conocían a mi papá perfectamente.

—Les agradezco mucho que me reciban. Soy consciente de que son personas ocupadas y que su tiempo vale mucho. Así que iré al grano. Sé que no ven con buenos ojos que exista una relación entre Lily Rose Miller y yo. Esto, obviamente, por considerar que puede existir un conflicto de intereses entre la empresa que represento y la fundación.

—No es un conflicto de intereses lo que nos preocupa, Pablo —me interrumpió Thomas Gil, un hombre que ronda los setenta años, dueño de una empresa constructora de estructuras de acero a la que le va muy bien—. Lo que nos parece inapropiado es el hecho. No puedes negar que está mal visto que un nuevo benefactor, el cual aportó una cantidad considerable de dinero, inicie una relación precisamente con la persona que se dedica a captar fondos.

—Entiendo su punto, señor Gil, pero estoy aquí para decirles que mi relación con la señorita Miller de ninguna manera influyó en que nosotros como corporativo decidiéramos hacer nuestra aportación. Me extraña su postura, señor Gil. Usted conoce a mi papá lo suficiente como para saber que no somos ese tipo de gente.

Thomas Gil asintió, y en ese momento supe que había ganado la partida.

—Vengo a pedirles que me vean como un aliado, no como un obstáculo. Si decidimos aportar fue porque consideramos que la labor humanitaria de esta fundación es indispensable para el futuro de nuestro país. El hecho de que yo haya encontrado en Lily Rose Miller a una persona que quiero tener a mi lado no debería causarles problemas.

—Agradecemos que te hayas presentado ante nosotros, Pablo. Y creo que hablo por el resto de los miembros del concejo cuando digo que, si estás aquí, es porque esto para ti no es un juego y lo estás tomando en serio. Yo no tengo inconveniente, si así lo deseas, en que persigas una relación con la señorita Miller. Tampoco tengo inconveniente en que se le devuelva su antiguo puesto como coordinadora.

Los demás miembros del concejo asintieron ante cada palabra.

—Gracias, señor Gil.

Después de eso no podía esperar para darle la noticia a Lily. Le marqué por teléfono, pero no me contestó. Le envié un mensaje de texto, pero tampoco se marcó como recibido. No sabía dónde vivía, así que no me quedó de otra más que esperar al día siguiente en el colegio.

La encontré justo afuera de su salón de clases. Se veía más hermosa que nunca, y lucía una sonrisa que no le cabía en la cara.

—Me imagino que ya te enteraste —le dije.

Tan pronto como me vio corrió a abrazarme.

—Ayer en la noche me habló Joanna. Me contó lo que hiciste y me dijo que el concejo había acordado interceder para que me dieran mi puesto de regreso.

—Te dije que podía razonar con ella.

Lily me tomó de las mejillas y me besó con la misma euforia con la que me había abrazado segundos antes.

—Gracias, Pablo.

—Ayer te marqué para compartirte la noticia, pero no tuve suerte.

—Lo siento, me quedé dormida con el teléfono en silencio.

—Me lo imaginé. Sabía que te daría tanta emoción que pensé en ir a tu casa para contártelo, pero...

—¿Pero qué?

—Me di cuenta de que aún no sé dónde vives.

Lily trató de ser discreta, pero noté cuando desvió la mirada.

—¿Qué pasa?

—Hay muchas cosas que no sabes de mí, Pablo.

—Me queda claro. Si no te importa, ahora que tenemos el camino libre me gustaría conocerlas todas.

Por alguna razón la sentí algo incómoda, como si guardara un secreto que se resistía a confesar.

—No te preocupes, no tiene que ser todo en un día —le dije—. Tenemos todo el tiempo del mundo para conocernos. Poco a poco.

Lily respiró profundamente y sonrió.

—Me encantaría, Pablo.

Regresé a mi salón de clases justo a tiempo para que el maestro no me anotara un retardo.

Al siguiente descanso salí del salón en busca de Lily lo más rápido que pude. En el camino a las escaleras me topé con Ana, que bajaba en mi dirección. Me saludó con un abrazo, como siempre, y nos detuvimos los dos un breve momento a conversar.

—¿Tienes algo que hacer hoy por la tarde? —me dijo. Antes de que le preguntara por qué, continuó—. Necesito que me ayudes a revisar algunos

requisitos para la escuela de artes. No había tenido oportunidad de contarte, pero me animé a meter mi solicitud y acabo de recibir la noticia de que me aceptaron para el siguiente curso propedéutico.

—¿Te vas? —respondí, incrédulo.

—Sí. Ahora debo ir a la dirección para darme de baja y que me entreguen la papelería que necesito. También debo enviar una carta de motivos para que mis nuevos profesores la lean. Ya la redacté y me gustaría que me dieras tu opinión, tú me conoces mejor que nadie y me encantaría contar contigo en este paso tan importante.

Me dio mucho gusto verla tan contenta y entusiasmada.

—Claro que te ayudo —le dije.

—A las cuatro y media en mi departamento, ¿va?

—Allí te veo.

Ana se despidió con un beso y continuó su camino apresurada.

16

LILY ROSE

Me vi con Pablo a la salida del colegio. Quería darle una sorpresa para agradecerle lo que había hecho por mí, y se me había ocurrido el plan perfecto. Lo invité a que fuera conmigo a la fundación, para después de allí irnos a un lugar que es muy especial para mí.

—No puedo acompañarte —me dijo—. Tengo que... ir al corporativo a atender unos asuntos. Pero para las seis y media o siete debo estar libre. ¿Te parece si nos vemos entonces?

Así quedamos.

Ya en la fundación, Joanna me recibió muy cordial. Evidentemente le dio mucho gusto que las cosas se hubieran solucionado y que ya me tuviera de vuelta.

Reinicié labores de inmediato, pues había que mandar correos atrasados de manera urgente. Yo no tenía mi computadora en mi oficina, así que Joanna me ofreció la suya para hacerlo.

—Los correos tienen que salir antes de las cinco de la tarde, así que queda poco tiempo. Puedes usar mi computadora, yo salgo de la oficina y regreso en una hora.

Los correos no eran una tarea difícil, simplemente tediosa. Como son personalizados para cada benefactor, había que hacer pequeños ajustes en el

texto, uno por uno. Cuando abrí la aplicación del correo advertí que estaba configurada con la cuenta de Joanna. En el momento en que me iba a desconectar de su sesión, identifiqué un mensaje que me llamó la atención.

Con sólo leer el encabezado supe que se trataba de la persona que había enviado mis fotos con Pablo. Dudé por un segundo si dar clic en el correo para averiguar más información. Me puse tan ansiosa que me sudaron las manos, y comencé a mirar hacia los lados para asegurarme de que nadie me estuviera observando, como si estuviera haciendo alguna fechoría.

Obviamente no me pude resistir.

El correo con las fotos venía de parte de Esteban Lankenau, uno de los benefactores más importantes. Obviamente por eso causó tanto revuelo con Joanna. Sin embargo, que viniera de él no me hacía mucho sentido, pues es una persona a la que no veo perdiendo el tiempo con algo así. Además, ni siquiera es reconocido por su calidad moral, se la pasa haciendo comentarios innecesarios con doble sentido. Entonces me deslicé hacia abajo para ver si había algo más que me pudiera dar una pista. Antes del correo con las fotos había otro del mismo señor Lankenau. En ese correo avisaba a Joanna de mi comportamiento "inapropiado".

Al ver ese correo me di cuenta de que la dirección era distinta a la anterior. Por esa razón no estaba en la misma línea de tiempo. Volví al correo de las fotos y descubrí que ése había sido enviado desde su correo personal, y no desde el de la empresa, como el primero. Al darle clic noté que había otro correo anexo al suyo, uno desde el cual él había reenviado los archivos.

El correo de donde salieron las fotos originalmente pertenecía a Ana Lee.

Entonces todo me pareció muy claro. Había sido ella quien, seguramente por celos, trataba de entorpecer cualquier indicio de relación entre Pablo y yo.

Antes de continuar con eso terminé de mandar los correos de la fundación. Una vez finalizada mi tarea llamé a Pablo para contarle lo que había descubierto. Se me congelaron las manos y los pies cuando escuché la voz que me contestó.

—¿Hola?

No me salieron las palabras.

—¿Quién habla?

Permanecí pegada a la bocina sin poder reaccionar.

—Mi amor, alguien te está llamando pero no se escucha nada.

¿Mi amor?

Por mero instinto terminé la llamada. Respiré profundamente y me masajeé las manos para que se me desentumieran. La voz que me contestó el teléfono de Pablo, la misma que lo acababa de llamar "mi amor", era la voz de Ana.

De pronto mi mente comenzó a dar vueltas y recordé que Pablo me había dicho que no podía acompañarme a la fundación porque tenía trabajo que atender en el corporativo. ¿Acaso me había mentido? ¿Qué estaba haciendo con Ana?

La mente es el arma más poderosa, y puede ser muy peligrosa cuando la utilizamos en nuestra contra. En ese momento me comenzó una paranoia que me hizo dudar de las intenciones de Pablo hacia mí. ¿Acaso me estaba engañando con Ana? O peor aún, ¿estaba engañando a Ana conmigo?

El ataque de pánico no se hizo esperar. Los síntomas son tan puntuales y específicos que ya es imposible confundirlo. Traté de controlar mi respiración y de distraer mis pensamientos, pero la voz de Ana se me quedó grabada y no me dejaba de dar vueltas en la cabeza.

Yo sabía dónde vivía Ana, en alguna ocasión escuché que tenía un departamento cerca del colegio, en un edificio a seis cuadras, uno que en su mayoría está ocupado por estudiantes. Salí de mi oficina rumbo a ese lugar, con la esperanza de que mis sospechas fueran equivocadas. Pero cuando vi el coche de Pablo estacionado allá afuera entendí que no había ninguna confusión, y que lo que estaba sucediendo era precisamente lo que me temía.

En ese momento me quebré por completo.

17

PABLO

—¿Sonó mi teléfono? —le pregunté a Ana cuando salí del baño.

—Sí, pero se equivocaron de número.

—Ah, qué extraño. Bueno, ya terminamos con todo, ¿no? Ya me tengo que ir.

—¿A dónde vas?

—Voy con Lily, quedé de verla a esta hora —le dije mirando mi reloj.

Ana se me acercó. La amabilidad con la que me pidió apoyarla con los requisitos de su inscripción a la nueva escuela y la apariencia serena que tenía hacía unas horas habían sido sustituidas por los celos y el enojo.

—¿Qué tiene ella que no tenga yo?

—Ana, por favor, no empecemos otra vez con esto.

—Es una pregunta válida. Quiero saber por qué me cambiaste.

—No te cambié. Yo te quiero mucho, eso lo sabes de sobra.

—Me quieres, pero no lo suficiente como para querer hacerme el amor.

—Ana, por favor.

Ana se me acercó todavía más, quedó a centímetros de mi cuerpo.

—Si tú quisieras, sería tuya. Lily Rose no tiene por qué saberlo.

—Nunca te engañé, Ana. Jamás le haría a ella algo así.

—¿De verdad soy tan poca cosa? ¿Qué hombre rechaza a una mujer que se le entrega como yo a ti?

—Uno que está enamorado.

Me di la media vuelta y salí de su departamento lo más rápido que pude. Cuando llegué al coche saqué mi teléfono para marcar a Lily. Entonces me di cuenta de que la llamada que contestó Ana mientras yo estaba en el baño había sido de ella.

Intenté marcarle un par de veces, pero me mandaba directo a buzón. Primero me entró la duda de si Ana había hecho algo cuando contestó la llamada, luego tuve la seguridad de que así había sido. ¿Qué habría pasado?

Me fui directo a la fundación para ver si todavía estaba allí. Me topé con Kate, la asistente de administración, que me informó que Lily ya se había ido.

—Pero si te puedo ayudar en algo... —Me sonrió.

—Gracias, pero tengo que hablar con Lily.

Salí de allí rumbo al único lugar que tenía como opción: la casa hogar. En el camino intenté llamarla de nuevo, pero no tuve suerte. Cuando llegué me recibió don Emilio, de intendencia.

—No me diga, viene a buscar a la señorita Miller.

—Sí.

—La verdad es que no la he visto.

—¿Y no sabe dónde puede estar?

—Tal vez en su cuarto pero, como le digo, no la he visto entrar.

—¿En su cuarto?

—Sí, en el área de los dormitorios.

—¿Le importaría si paso para ver si está?

—Lo lamento, joven, ya son pasadas las seis. No se permiten visitas a estas horas.

—Por favor, necesito hablar con ella. Es importante.

—¿Pablo? —Escuché la voz de la madre Teresa.

—Madre, vengo a buscar a Lily Rose. ¿Sabe si está aquí?

—No la he visto llegar —me dijo—. Emilio, ¿sabes si Lily se encuentra en su dormitorio?

—Es lo que le estaba explicando al joven, madre. No sé.

—Por favor, madre. ¿Puedo pasar a buscarla?

La madre Teresa evaluó mi petición por unos segundos y luego le pidió a don Emilio que me dejara pasar.

Cruzamos el área de recepción y luego llegamos al patio donde anteriormente habíamos jugado futbol. Don Emilio me llevó hasta el otro extremo del patio y llegamos a un área de un arco de concreto que llevaba hasta unas escaleras que conducían a un sótano.

Unos metros más adelante desembocamos en un pasillo con puertas cada cuatro o cinco metros. La madre Teresa me llevó hasta la puerta tres. Toqué con los nudillos en dos ocasiones. Mi curiosidad me ganó y, después de unos segundos de no recibir respuesta, abrí. Era un cuarto muy pequeño, si acaso de cuatro por cuatro. Tenía una cama, un pequeño escritorio con libros encima y un vestidor de metro y medio.

—¿Esto es...?

—Sí. —La madre asintió—. Ésta es su habitación.

—Pero... ¿Lily vive aquí, en la casa hogar?

La madre Teresa me miró con curiosidad, como si algo no le hiciera sentido.

—¿Lily no te lo dijo?

—¿Decirme qué?

—Creo que sería mejor que lo escucharas de ella misma.

—¿Dónde está? —pregunté, ya sintiéndome un poco desesperado—. Hubo un malentendido y quiero aclararlo con ella antes de que...

—Si mi pequeña la está pasando mal, sólo puedo imaginarme un lugar en el que pueda estar.

—Por favor, madre, dígame dónde.

Seguí las indicaciones de la madre Teresa y tomé rumbo a la carretera nacional. De pronto, durante el trayecto, comencé a reconocer el lugar. No era la primera vez que veía aquellas montañas y el bosque.

18

LILY ROSE

Cada vez que me sentía con algún tipo de crisis, visitaba el mismo lugar. Caminaba a un costado del arroyo, escuchaba el sonido de los autos que recorrían la carretera nacional, a no más de doscientos metros de distancia. Había tantos recuerdos.

Cuando comencé la terapia con la psicóloga para tratar mis ataques de ansiedad, recordaba este sitio. La doctora me dijo que regresara poco a poco, primero desde la distancia, hasta que me tranquilizara y pudiera andar sin ansias por este bosque, para confrontar mis miedos. Uno de ellos era la cabaña de madera que alguna vez estuvo por aquí.

Me senté sobre la hierba para relajarme, habían sucedido demasiadas cosas en poco tiempo: el trabajo, el final de la escuela, Pablo y Ana. Pablo.

Cerré los ojos y creí escuchar su voz llamándome, pero no era una alucinación, en verdad se trataba de él, estaba ahí repitiendo mi nombre.

—¡Pablo! —grité como respuesta, luego lo volví a escuchar llamándome—. ¡Pablo!

—Lily Rose —dijo.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo me encontraste?

—La madre Teresa. Vine por ti, necesito que hablemos.

Me quedé en silencio. No quería hablar con él, quería volver a recuperar la calma, la tranquilidad que tenía antes de conocerlo.

—Lily, por favor, escucha. Ya supe lo de la llamada, me di cuenta al ver tu número y supuse que había habido un malentendido. Fui por ti a la casa hogar, quería explicarte. Te busqué y no di contigo, incluso llegué a tu dormitorio, pero tampoco estabas.

Tal vez Pablo notó que estaba sonrojada. No me avergonzaba que supiera que no sólo trabajo en la casa hogar, sino que vivo ahí porque soy huérfana; peor aún, que yo no fui tan sincera con él, como él lo fue conmigo. Durante muchos años había tenido que lidiar con la compasión que otras personas sienten ante los huérfanos, y no quería que eso me sucediera con Pablo, temía que me juzgara de otro modo al saber que prácticamente estaba sola en el mundo, pero aquellas ideas estuvieron en mi cabeza mucho antes de afianzar nuestra relación y recibir tanta dulzura de su parte.

—Tenemos que dejar esto así, Pablo —le contesté—. No quiero resultar más dañada. Tú estás con Ana. Me mentiste cuando dijiste que ibas al corporativo. No quiero seguir esperando algo que tal vez jamás llegará.

—Por eso vine, Lily Rose. Lo de la llamada fue un malentendido, necesitaba explicarte. Ana sabe que quiero estar contigo, no sé si lo comprendió totalmente, pero a la larga lo hará. Me había pedido que la ayudara con los requisitos de su inscripción a una escuela de artes, llamaste y vio la oportunidad de hacer lo que hizo, pero no volverá a suceder. Quiero estar contigo, empezar de cero.

Pablo sonaba sincero, honestamente preocupado por mí. No le importaba que hubiera omitido detalles de mi vida, él estaba ahí para apoyarme. Temía que el problema siguiera siendo Ana, había un lazo muy fuerte entre ellos, eso lo sabía, y no quería enamorarme más y salir afectada de toda esta experiencia.

—Ya no quiero que los celos de Ana vuelvan a perjudicarme. Ella fue quien mandó las fotos a la fundación e inició el rumor de que entre tú y yo había una relación más allá de lo laboral. Di con los correos. Fue ella la responsable.

Le conté a detalle lo que Joanna y yo habíamos hablado después de que ella recibiera las fotografías: toda mi decepción, el miedo que tuve de perder mi

trabajo, por el que había luchado tanto, lo que hasta ese momento, antes de conocer a Pablo, le había dado alegría a mi vida.

—Te pido perdón en nombre de Ana, y te juro que nunca más volverá a perjudicarte. Te doy mi palabra y no quiero defraudarte. Confía en mí, Lily.

Confiar. Tal vez nunca había confiado en nadie hasta ahora. Tal vez mis miedos me mantenían paralizada ante situaciones como ésta, y ahora me encontraba frente a alguien que me ofrecía su cariño, su protección, un nuevo inicio. No pude hacer más que decirle que sí, y recibir el abrazo por parte de Pablo, un abrazo que me hacía mucha falta. Un abrazo sincero, de amor.

—¿Éste es el lugar que ves en tus sueños? —preguntó Pablo. Antes de poderle contestar, continuó—: Es que me parece familiar, siento que también he estado aquí.

—Mi sueño siempre es el mismo: voy corriendo desesperadamente por el bosque, como si estuviera escapando de alguien. Después de cruzar el arroyo, bajo por el acantilado y entro a la parte más oscura, donde los árboles cubren el cielo. Finalmente llego hasta un camino de concreto que cruzo rápidamente hasta llegar al otro lado. Mi sueño es tan detallado que...

—¿Camino de concreto? —Pablo permaneció pensativo.

—Sí. Hacia allá, abajo, el bosque cruza con la carretera nacional.

—¿Estamos lejos de ese camino? —preguntó Pablo, mirando a ambos lados.

—No más de doscientos metros. Llevo tiempo visitando este lugar, por recomendación de mi terapeuta, sé cómo acceder al arroyo desde la carretera y por otros caminos.

Pablo comenzó a avanzar en esa dirección.

—¿A dónde vas?

Pablo no contestó y apresuró el paso. Lo seguí, temía que algo llegara a sucederle.

—¿Qué pasa, Pablo?

Él continuó avanzando y yo detrás, hasta que estuvimos cerca de la carretera, el sitio idéntico al de mis sueños.

—¡Aquí es!

—¿De qué hablas? ¿Cómo sabes que aquí…?

—Mi sueño: éste es el lugar. Yo he estado aquí antes.

—¿Tu sueño? Pablo, estamos hablando de mi sueño, mis pesadillas.

—No, Lily. Aquí sucedió un accidente.

Me quedé helada escuchando sus palabras.

—¿Cómo sabes del accidente? Pablo, comienzas a asustarme.

—Un coche se estrelló contra un árbol. Eso sucedió hace muchos años. Algunas personas murieron…

Las manos me temblaban, pero Pablo siguió hablando.

—Yo estuve aquí. Más que un sueño, es un recuerdo.

Como continuos flashes, comencé a revivir las imágenes que me atormentaban en sueños, las que le había compartido a mi psicóloga, aquellas que la madre Teresa intentó explicarme en un par de ocasiones, pero que yo no comprendí y quise dejarlas como una fantasía. No obstante, después regresaron como pesadillas. Aquello sucedió en una casa de madera, una cabaña cerca de la carretera, en medio de la oscuridad. Los gritos de mis padres, un hombre que corre hacia mí, una barranca. Soy muy pequeña y estoy huyendo, llego al arroyo y hago todo lo posible por cruzar por donde la corriente es baja hasta que lo logro, aunque había resbalado y algo se clavó en mi espalda, rasgándola, dejando la cicatriz que hasta el día de hoy me recuerda ese episodio. Pero no estoy sola, escucho al hombre cada vez más cerca, de mis padres ya no queda ni el eco de sus voces, pero veo el camino de concreto y el corazón se me va a salir del miedo y las prisas. Veo las luces de un auto, oigo ruido, ruido más fuerte; algo terrible ha sucedido: un accidente que ha dejado vidrios por todas partes, algunos encajados en mi mano infantil al momento de huir, causando otra cicatriz que tengo desde la mano a la muñeca. Y otra vez en otro tiempo la madre Teresa explicándome las cosas y yo resignada a que no ocurrió en realidad, que mi travesía tan vívida es sólo una pesadilla, que tal vez lo vi en alguna parte o lo escuché como un cuento; pero no, no es ninguna fantasía, ese hombre detrás de mí, los gritos, el estruendo infernal pertenecieron a una realidad que quise enterrar. A pesar de la investigación policiaca que aclaró un poco la historia, lo que permaneció en mí fue el dolor de la pérdida, que siempre se manifestó en forma de pesadillas.

Mientras Pablo repite que estuvo ahí en el accidente todo da vueltas en mi cabeza. Necesito sentarme, no puedo con tanta confusión.

"Llegará un momento en que tengas que confrontar tus miedos", me había dicho mi psicóloga, y jamás pensé que sería junto a Pablo.

—También fue muy rápido para nosotros —dijo Pablo—. Aquella noche sólo escuché el rechinido de las llantas de nuestro auto… Algo terrible había sucedido más adelante: un coche giró para evitar un accidente y terminó destrozado contra un árbol. Estoy seguro de que las cicatrices en mi mano y en la ceja provienen de ahí, porque hubo cristales rotos por todas partes, del auto hecho añicos.

—Así fue, Pablo. No es pesadilla, ni fantasía ni cuento. Eso sucedió.

Pablo tuvo que sentarse también. Estaba en *shock*. No podía entender cómo él y yo hablábamos del mismo accidente, cómo había sido posible que estuviéramos en el mismo lugar. Pablo respiraba confundido, dándose cuenta de que estábamos unidos por una tragedia, la tragedia de mi vida.

19

PABLO

Cuando regresamos a la ciudad, Lily y yo nos detuvimos a tomar un café para conversar con calma. Parecía imposible que a los dos nos unieran esas pesadillas, pero lo lógico estaba delante de nosotros: había una conexión de mucho tiempo atrás, nos unía el recuerdo de una tragedia. También a Ana, pero ella sí lo borró de su memoria en cuanto pudo: ella había sufrido la misma pérdida irreparable que Lily.

—Le sigo dando vueltas a esto, Pablo. Quiero comprenderlo mejor, quiero que esto tenga sentido.

—Lo tiene —le dije, sujetando su mano, que ya estaba relajada—: tú eras muy pequeña, una niña, y todos esos recuerdos se quedaron en tu subconsciente como pesadillas. Cuando la madre Teresa trató de explicarte, no lo pudiste comprender debido al *shock*. Tuvo que pasar mucho tiempo para que tu psicóloga tratara de ayudarte, pero ya eran las pesadillas de siempre, más que recuerdos.

—¿Por qué tú, Pablo?

—Estaba ahí, iba en el auto con mis padres, y los padres de Ana fueron los que chocaron. Ellos frenaron de improviso, querían evitar atropellar a alguien,

pero fue demasiado tarde, y además de eso se estrellaron contra el árbol. Ana sobrevivió porque iba en el asiento trasero con el cinturón de seguridad. Cuando mis padres y yo salimos para auxiliarlos, no te vimos, no supimos que había otra niña además de Ana, una que iba huyendo y atravesaba la carretera. Mis pesadillas no son más que un recuerdo de lo que viví aquel día. Eso es lo que sucede contigo también.

—No puedo creer que a los dos nos haya pasado esto.

Lily me contó lo que sucedió a partir de entonces. Iba herida, tenía la espalda lastimada por la caída en el arroyo, y la muñeca llena de sangre por haberse cortado con los cristales que quedaron tras el choque. Ella había sangrado demasiado y eso provocó que, cuando pudo correr un poco más y estar a salvo, inmediatamente cayese desmayada. Después la encontraron, ya lejos del lugar. Ella apenas recordaba a sus padres, no tenían familia en la ciudad, ni parientes cercanos, por eso terminó a cargo de la madre Teresa en la casa hogar, pero nadie la adoptó recién llegada, y años después se resignó a permanecer ahí. Eso no la decepcionó, le dieron la oportunidad de trabajar en la fundación desde que ingresó en la secundaria y, gracias a su trabajo y a la astucia que tuvo para aprender cuanto pudo acerca del trabajo, fue subiendo de rango hasta llegar a su puesto actual. Algo sorprendente para una joven de su edad.

Conforme me hablaba de sus años en la casa hogar, me sentía más enamorado de ella. La admiraba.

Unos meses después de aquel episodio, la vida tenía que continuar. Lily y yo formalizamos nuestra relación, ella poco a poco dejaría de tener las crisis de ansiedad y una parte importante de su pasado por fin estaba esclarecida, o al menos los fragmentos se irían uniendo hasta completar el rompecabezas. Le conté lo que sabía de la historia a mi papá, y en muy poco tiempo, con la ayuda de un investigador que trabajaba para él de vez en cuando, dimos con el resto de la información: en aquella época había un tipo demente que se encargaba de secuestrar y extorsionar familias, a varios de sus integrantes los asesinaba, y pasó de un simple delincuente a un asesino serial. Con los papás de Lily Rose hizo lo mismo: aquella noche los tenía cautivos en una cabaña cerca de la carretera pero, como no había quien pagara el rescate, se iba a desquitar

asesinándolos. Justo en ese momento Lily logró liberarse y salir huyendo. Lo último que debió haber escuchado fueron los gritos de sus papás antes de que él acabara con sus vidas. Ella salió corriendo, atravesó esa parte del bosque, el pequeño arroyo y el hombre iba detrás de ella cuando los papás de Ana maniobraron para no lastimarla en su huida. Sin embargo, no lograron frenar y atropellaron al asesino antes de estrellarse. Lily ya estaba del otro lado de la carretera, no había dejado de correr, y la policía la encontró mucho después desmayada a un lado de otro camino, más lejos. Cuando ya la tenían los servicios para menores, hallaron a sus padres, pero no había nada que hacer, habían fallecido.

La historia de Lily era terrible, dolorosa, pero la vida da muchas vueltas, y así como a Ana le hice las promesas de cuidarla cuando quedó sola, de estar siempre con ella, quererla y ayudarla a perdonar, tenía un juramento, tres promesas para Lily, porque quizá mi destino se trataba de eso, y al final Lily iba a ser con quien yo escogería que sucediera.

Cuando por fin supe toda la historia, la parte de Lily, la mía y la de Ana, decidí visitarla para hablar con ella y contársela. Toda su vida, Ana tuvo un sentimiento de culpa que nada podía reparar: pensaba que sus papás habían chocado porque dentro del auto ella les mostró, con la inocencia de una niña, un dibujo que estaba haciendo mientras iban por carretera. La mamá de Ana era artista, una reconocida dibujante, y Ana seguiría sus pasos. Ella no lo vio como el gesto tierno de una niña que muestra su dibujo, sino como el motivo del choque. Aunque con los años fue enterrando en su memoria los detalles del accidente, el sentimiento de culpa siguió, se hizo más grande, y por eso decidí prometerle cuidarla toda su vida, la ayudaría a perdonar. Durante los años que estuvimos juntos Ana y yo, no mencioné a otras personas la soledad que ella tenía en su vida, que era huérfana desde pequeña, porque me concentré en cuidar cada uno de sus pasos, haciendo a un lado conflictos y problemas. Mi cariño hacia ella era incondicional desde siempre, y jamás dejaría de serlo.

Ana ya estudiaba en la escuela de artes, comenzaba a destacar entre sus compañeros, exponía dentro y fuera del país, había planes para incluirla en una selección de artistas europeos y tenía una gran noticia que darme, tan

importante como lo que yo había ido a decirle. Habían pasado unos meses desde que dejé de verla, pero ya sentados en la terraza comencé a contarle, y no me detuve, hasta que llegamos al punto en que su tragedia era la misma que la de Lily Rose; a ambas las unía el accidente, la pérdida de los padres, la culpa y el dolor.

—No tenía idea de todo lo que me estás diciendo —respondió—. Durante años me sentí como la única culpable del accidente. Ahora es como si me quitaran un peso de encima, y me siento aliviada.

La abracé, mientras ella lloraba y se perdonaba a sí misma.

—Quiero contarte algo —dijo, apartándose—. Me ofrecieron una beca para estudiar en una de las mejores escuelas de artes de Nueva York. No sabía si tomarla, aquí estoy muy cómoda. Estuve pensando en eso toda la semana, pero creo que es una señal, creo que a partir de hoy puedo comenzar de nuevo, irme del otro lado del océano. Me siento más tranquila, ya no hay culpa que me detenga para ser libre.

Me dio mucho gusto saberlo. Ana merecía la paz que le prometí cuando le dije que la ayudaría a sanar toda la culpa y el resentimiento que sentía, y así fue. Mis promesas continuaban en pie, la cuidaría y querría siempre, como la amiga y cómplice que fue durante tantos años, y la apoyaría en cada paso importante, con un amor diferente, pero duradero. Nos dijimos adiós, estábamos cerrando un capítulo en nuestra relación, pero volveríamos a vernos en una de sus exposiciones. Ella sería para entonces una de las jóvenes más brillantes del arte contemporáneo. Luego de un último abrazo, Ana me deseó toda la felicidad del mundo al lado de Lily Rose.

El tiempo pasaba y cada uno debía continuar con sus planes. En mi caso no fue tan sencillo, pues tardé mucho en decidir qué es lo que quería hacer con mi vida. Y es que hay tantos caminos por elegir, que me costó trabajo apuntar sólo a uno. A fin de cuentas tomé la decisión que creo que es la que me traerá más satisfacción en el futuro.

Terminé la carrera en Leyes. No cumplí con el sueño de mi padre de perpetuar el apellido en la empresa, sino que fundé mi propio despacho, comencé desde cero, enfocando mi tiempo, trabajo y atención en diferentes fundaciones, todas de beneficencia. Estoy feliz de haber tomado ese camino,

que no será sencillo, pero sí gratificante. No puedo imaginarme toda la vida realizando un trabajo que no me da satisfacción. No puedo imaginarme levantándome todos los días para empezar la mañana sabiendo que durante la tarde o al caer la noche no habré logrado un cambio en la vida de las personas que lo necesitan.

Lily finalmente dejó de tener las pesadillas que la atormentaban por las noches. Con las pesadillas se fueron también los continuos ataques de ansiedad que le hacían la vida imposible, lo que la tiene más feliz que un niño en parque de diversiones. No puedo llegar a comprender lo que se siente al vivir ese tormento, pero sí puedo decir que Lily Rose es completamente otra chica desde entonces.

Ella fue de las mejores de su generación en el colegio. Se graduó con honores y consiguió una beca en una universidad muy prestigiosa, para estudiar Administración y Finanzas. Sigue trabajando en la fundación, desarrolla proyectos que han beneficiado a muchos niños.

Protagonizó grandes cambios: uno de ellos fue dejar la casa hogar para irse a vivir a su propio departamento en el centro. De todos modos, los visita un par de veces por semana, ya que es difícil desprenderse del vínculo con los niños y la madre Teresa. La vida no siempre funciona como esperamos, los caminos pueden cambiar mientras los andamos, y no por eso hay que tener miedo, ya que pueden ser mucho mejores. Lily es testigo de eso.

Una noche la cité en un restaurante, el mismo donde nos vimos cuando la invité a comer por primera vez. Quería hablar con ella de cosas importantes, al menos para mí. Sentía una combinación entre angustia y emoción: no sabía cómo iba a reaccionar, mucho menos podría intuir su respuesta. Estaba a punto de dar un cambio radical a mi vida, tal vez Lily Rose no deseaba lo mismo, tal vez podría sentirse igual de feliz y emocionada como yo, pero aquello no lo sabría hasta hacerle la pregunta. La ansiedad crecía cada minuto mientras la esperaba, quizá sí era el momento preciso para demostrarle una vez más cuánto la amaba, y la respuesta únicamente estaba en manos de Lily Rose. Le había dicho que sería una noche especial, la más especial de todas hasta ese momento, y me deslumbró cuando por fin la vi entrar, bellísima, feliz, con el

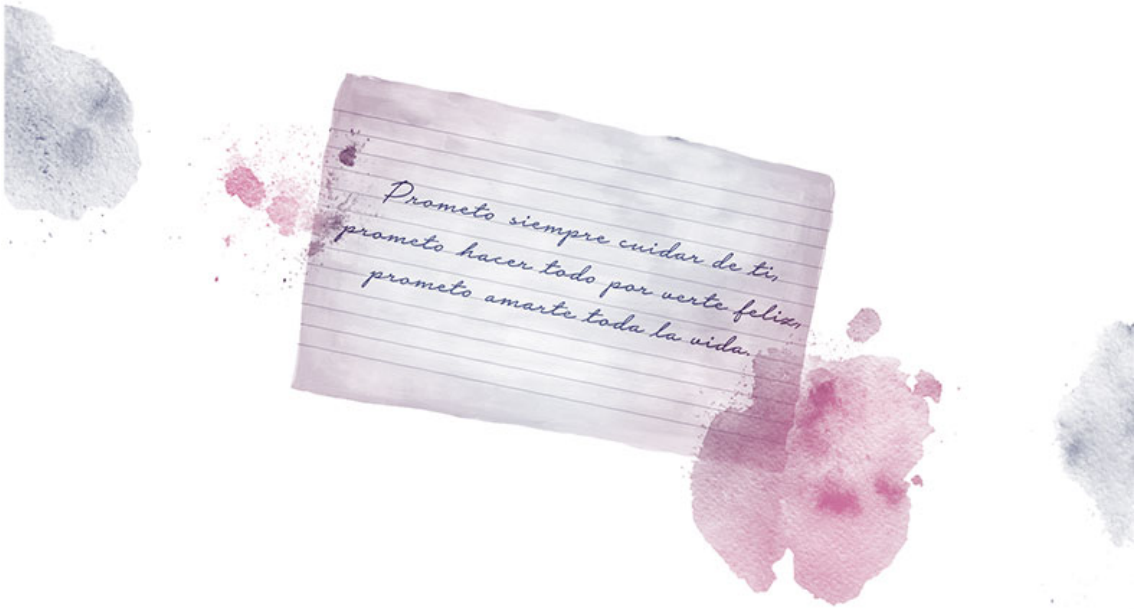
cabello castaño recogido, usando un vestido *rose gold* que la hacía ver mucho más perfecta de lo que era y con una mirada de ilusión que iluminó el lugar.

No quise alargar más la expectativa y le dije lo feliz que me sentía en ese momento, y que había algo que ella tenía que saber.

—Lily Rose, quiero que sepas esto: prometo siempre cuidar de ti, prometo hacer todo para verte feliz, prometo amarte toda mi vida.

Abrí delante de ella una pequeña caja forrada de color turquesa y con el interior negro. Ella vio el anillo con un diamante en forma de corazón y no tuve que esperar para oír su respuesta y prometerle lo que tanto había anhelado:

—Entonces comenzamos nuestra historia a partir de ahora.


Prometo siempre cuidar de ti,
prometo hacer todo por verte feliz,
prometo amarte toda la vida.

AGRADECIMIENTOS

Doy gracias a la vida por enseñarme tantas cosas en el camino, por todos los procesos que he pasado junto a mi familia y a ellos por entender mi manera de vivirla, teniendo presentes los valores que mis padres me han inculcado. Muchas personas pensarán que estamos locos o que es algo pasajero, algo momentáneo; pero dentro de nuestra locura existe la belleza de cómo vemos la vida. Siempre trato de aprovecharla al máximo, compartiendo lo más hermoso de ella y transmitiendo —aunque sea a una sola persona— mi forma de disfrutarla.

Karen, hermana mía, gracias por escuchar y ayudar a darle forma a las locuras e ideas de tu hermana menor, que ahora comparte esta historia, la cual debía ser contada. Sin ti no me hubiera atrevido a escribirla. Eres tan única que con solo hablar transmites esa seguridad implacable que te caracteriza; eres una bella y admirable mujer.

Rafa, de ti he aprendido mucho, hermano. Todos los días me contagias de tu pasión y genialidad para ver la vida. Gracias a ti sé que no existen los "no" porque siempre se puede lograr lo que uno quiere con esmero, dedicación, sacrificio y constancia. Eres la mente más inusual e increíble que me ha inspirado a hacer lo que más me gusta.

Conscientes de que la vida y los planes pueden cambiar de un momento a otro. Que el destino es una fuerza poderosa que entrelaza a quienes parecieran ser los más distantes, los protagonistas de esta conmovedora historia tendrán que sanar las heridas a través de la lealtad, el perdón y el amor para alcanzar la verdadera felicidad.

TRES PROMESAS, DE LESSLIE POLINESIA, ES UN REGRESO AL PASADO DE LILY, PABLO Y ANA, PERO AL MISMO TIEMPO UN VIAJE AL FUTURO QUE LES PERMITIRÁ COMPRENDER QUE EL CAMINO QUE CREÍAN TRAZADO PODRÍA DESVIARSE REPENTINAMENTE.

Lesslie Velázquez, mejor conocida como Lesslie Polinesia, nació en la Ciudad de México el 18 de abril de 1996. Junto a sus hermanos, inició su carrera en internet en 2011.

Lesslie, la creadora de contenido más importante de Hispanoamérica, es una mujer multifacética y romántica que ha cautivado con su personalidad a millones de jóvenes en redes sociales alrededor del mundo con su mensaje de amor, respeto y tolerancia.

Ella busca inspirar a todas las personas a seguir siempre sus sueños y cumplir sus metas.

Tres promesas

Primera edición digital: agosto, 2019

D. R. © 2018, Lesslie Polinesia
G73 S.A. de C.V.

D. R. © 2019, derechos de edición mundiales en lengua castellana
excepto en Estados Unidos:
Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. de C.V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C.P. 11520,
Ciudad de México

www.megustaleer.mx

D. R. © Penguin Random House / Amalia Ángeles, por el diseño de portada
D. R. © 2019, Mónica Loya, por la ilustración de portada e interiores
D. R. © 2019, Dylan Perlot, por la fotografía de la autora
D. R. © 2019, XGUIDES Brand Identity into Lifestyle Products,
por la ilustración del diamante - corazón

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio procedimiento así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización. Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, https://cempro.com.mx).

ISBN: 978-607-317-408-4

Penguin
Random House
Grupo Editorial

/megustaleermexico @megustaleermex

Conversión eBook:
Tangram. Ediciones Digitales

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Agradecimientos

Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos